



Arxiu històric FUNDACIÓ JAUME BOFILL

Barcelona 1935-1959

Memoria e investigación

Esteban Pinilla

FEBRER 1993

FUNDACIÓ
Fundació
JAUME
Jaume
BOFILL
Bofill

B a r c e l o n a 1935 - 1959

MEMORIA E INVESTIGACIÓN .

VOLUMEN PRIMERO.

- I. 1 - Introducción general : ¿Por qué continuamente se está reescribiendo la Historia ?

- I. 2 - Parte primera : Los tipos humanos y sus horizontes.
 - I. 2. Memoria y documento: mi testimonio.
 - I. 2. 1. Del pluralismo cultural al aniquilamiento del enemigo de clase.
 - I. 2. 2. Los oasis de libertad .
 - I. 2. 3. Un mínimo arte de vivir .
 - I. 2. 4. Estrategias de supervivencia .
 - I. 2. 5. Otro país.
 - I. 3. Notas y precisiones sobre la Parte primera .
 - I. 3. 1. La reescritura de la microhistoria y el determinismo.
 - A) Segunda nota
 - B) Nota tercera
 - I. 3. 2. La idealización del grupo de referencia.
 - I. 3. 3. Escisiones cultural-políticas intra-clase.
 - A) Participación catalana en la Comisión Flores de Lemus.
 - B) Estrategias diferentes en el conflicto rabassaire.
 - C) Economistas y aficionados.

- I. 3. 4. La revista Leviatán.
- I. 3. 5. El editor González Porto.
- I. 3. 6. La representación burguesa del movimiento anarcosindicalista.
- I. 3. 7. Periodistas, políticos, y politicastos.
- I. 3. 8. Clases medias, anarcosindicalismo, y stalinismo.
- I. 3. 8. (A) Gestión de la CNT en grandes empresas.
- I. 3. 8. (B) Una carta de Stalin.
- I. 3. 9. Otras mitologías, empezando por una italiana.

II . Parte Segunda : La cuadratura del círculo.

II. 1 . Pragmatismo.

II. 1. 1. Algunas palabras desapasionadas sobre las formas en lugar de las ideas.

II. 1. 2. La gente retro y los poderes caseros.

II. 1. 3. Pecunia tua tecum sit.

II. 1. 4. La travesía del desierto: primera etapa.

II. 2 . Ficciones teóricas.

II. 2. 1. Duplicando la experiencia.

II. 3 . Tesoreros y aves de rapiña.

II. 3. 1. Sobre conductas predatorias compatibles con oratorias místicas.

II. 3. 2. Las cuentas de la lechera.

Los cuatro cuadernos manuscritos que contienen una especie de Diario cubriendo el periodo que va desde la primavera de 1947 al invierno de 1950, son cuadernos que conciernen sobre todo la microhistoria de la vida política internacional: reuniones de ministros o jefes de gobierno, conferencias internacionales, tensiones de la Guerra fría, etc. Es comprensible que así fuese puesto que en el interior de España no había otra cosa que comportamientos de resistencia: la del Régimen frente al bloqueo político de las Potencias vencedoras en la Segunda Guerra Mundial, y la resistencia de una parte de la población contra el propio Régimen. La vida política, cada vez más acelerada, y no pocas veces engañosa en sus aparentes generalizaciones sociales y culturales, transcurría fuera, en el ámbito transpirenaico y en el transatlántico.

Releídos ahora esos cuadernos, encuentro poco que sea original. Y es que su función era precisamente nada egoísta: residía en reunir juicios u opiniones emitidas por personas mucho mayores que yo, en reuniones en privado. Frases de naturaleza diferente a las de consigna o lugares comunes que podían leerse en la prensa. Algunos de los opinantes habían tenido cargos políticos, o habían desempeñado posiciones públicas de cierta relevancia, en el ámbito económico o financiero privado, antes de la Guerra civil y durante los años de la Segunda Guerra Mundial. Su lenguaje era inevitablemente retro. En torno suyo había algunos jóvenes abogados con ambiciones políticas. Y jóvenes aprendices u oyentes, como era mi caso.

En la imposibilidad, y en la irrelevancia hoy en día, de reproducir todos los textos, se ha procedido a un riguroso extracto. Riguroso, primero, porque lo que se envía a imprenta

es una fracción mínima de un conjunto mucho mayor, i.e., las frases ocasionales que conciernen a Barcelona y/o España. Y segundo, riguroso porque no se ha corregido o actualizado nada; las expresiones quedan reducidas a su mínima entidad con tal de que sean inteligibles, siendo siempre, empero, las mismas del original.

Se imponía también una abstracción negativa muy rigurosa porque hay sesgos evidentes en el caos manuscrito de los cuadernos. La política europea occidental ocupa un espacio desmesurado, y con ella referencias bastante pormenorizadas a la coyuntura política y social en Inglaterra. También Argentina recibe ecos que por entonces debieron reflejar, no sólo la posición de este país en la arena internacional, sino otra causa: que quienes hablaban tenían intereses, activos financieros, o lo que fuera, tanto en Londres como en Buenos Aires (algo muy común entre familias de la burguesía barcelonesa desde los años veinte, y que en el caso argentino permanece hasta que se hace ya visible la decadencia del país a finales del decenio 1951-1960).

A partir de los sucesos de 1951 en Barcelona (huelga general) el Diario cambia de forma y de contenido. Se transforma en un trabajo quincenal o mensual semiprofesional, clandestino, mecanografiado, que en copias al carbón / no había fotocopiadoras disponibles / se enviaba a diversas personas de Barcelona y Madrid. Aquí hay ya puntos de vista que implican una cierta ideología y unos valores, por lo menos reformistas, aunque ciertamente no revolucionarios. El texto debía mantenerse dentro del abanico tolerable por el exiguo colectivo de eventuales lectores: personas que formaban parte del bloque de clases vencedoras de la Guerra Civil pero que se habían distanciado de la dictadura y de las oligarquías del Partido Único, y que pretendían crear las condiciones de una alternativa institucional.

La selección de textos es menos drástica que en el caso precedente. Se han eliminado páginas de interés individual puramente coyuntural, referencias a la vida privada de algunos personajes públicos, ecos de rumores o pseudonoticias que, en una época de censura previa, despertaban una atención innecesaria, páginas escritas por otras personas. Etc.

I. 1.

¿Por qué continuamente se está reescribiendo la Historia?+.

A). En 1960 el filósofo polaco Adam Schaff publicó en la revista internacional Diógenes (edición francesa: Diogène, num.30, Paris, Gallimard) un ensayo bajo el título "Pourquoi récrit-on sans cesse l'Histoire?".

Era un trabajo erudito en el cual se compactaban en reducido número de páginas una cantidad de problemas. Adam Schaff se proponía la refutación de dos tesis que él juzgaba erróneas, a saber, las codificables bajo los conceptos de "presentismo" y de "perspectivismo".

Digo codificables, pues la simple lectura del ensayo de Schaff y de los autores que él citaba, muestra una pluralidad de dimensiones (no solamente historiográficas sino asimismo filosóficas y epistemológicas) subyacentes a cada concepto.

A causa de esta pluralidad debo proceder aquí a una simplificación. Si ésta no se hiciese nos perderíamos en un bosque de problemas de diverso orden, naturaleza y jerarquía, y no podríamos atenernos a lo que debe ser claro, distinto y fundamental.

La primera tesis está sobre todo vinculada al nombre de Croce y dice, en lo substantivo, lo siguiente: La Historia constituye una proyección, sobre el pasado, de la política del presente. Por esta causa no existen verdades históricas objetivas: la

+ - En lo sucesivo Historia (mayúscula) designa el resultado de un trabajo normado por una disciplina universitaria, e historia (minúscula) designa el flujo de eventos. Algun autor anglosajón ha dicho que este último es el input de aquél (que sería el output) .

la producción de Historia está subordinada a la política del periodo en que se produce. Se reescribe sin cesar la Historia a causa de que se transforman las condiciones (a veces coactivas) sociales, ideológicas, corporativas, y políticas, desde las que se hace descripción, interpretación, o análisis histórico. El historiador pertenece a una estructura social dada, está adherido por ascription o por achievement a unos grupos, a los que se debe, y respecto a los cuales refleja o asume los intereses políticos y sociales, tal como éstos actúan en el presente.

La segunda tesis está vinculada sobre todo al primer historicismo alemán, y dice en lo substantivo lo siguiente: (++)

a) - El objeto histórico carece de existencia intrínseca: es una construcción intelectual del historiador. Esta construcción es discrecional e incluso, a veces, arbitraria: él selecciona periodos, datos, fechas, documentos, ideas, procesos, y los nombra, clasifica y adjetiva con categorías que forman su instrumental profesional;

b) - esas categorías que él emplea para la construcción del objeto no son puros instrumentos lógicos o científicos; ellas mismas son históricas, y además de su función cognitiva conllevan ideas que traducen o reflejan, directa o indirectamente, la cultura del tiempo y del contexto, son una manifestación de la constante creatividad humana, y con ella una novación, total o parcial, en horizontes y en perspectiva.

Como es obvio, ambas tesis tienen ciertas dimensiones comunes que se refuerzan recíprocamente. Su resultado conjunto es la negación de las condiciones requeribles para producir proposiciones o tesis que sean generalmente aceptadas como verdaderas y de modo conclusivo y cumulativo. Todo producto historiográfico estaría sesgado desde sus orígenes, tanto los motivacionales del sujeto como los cognitivos que delimitan el objeto.

(++) Los matices de diferenciación interna en las corrientes de pensamiento y de metodología designadas por el término de historicismo alemán, están ahora accesibles a profesores, estudiantes y público, gracias a la edición póstuma de lecciones de Raymond Aron en el Collège de France. Véase Raymond Aron, Leçons sur l'Histoire: Cours du Collège de France, Paris, 1989, Editions de Fallois, pags. 13 y siguientes.

Hasta aquí mi resumen de las tesis combatidas por Schaff. No entraré en la exposición de las soluciones que daba el filósofo polaco, algunas brillantes y otras muy endebles (ingenuas). Ello exigiría varias docenas de páginas, y éstas que ahora escribo tienen por meta una justificación de mi estudio y de la técnica empleada. El lector deseará además, sin duda, que se le hable lo más pronto posible de Barcelona (y por extensión de Cataluña y de España) durante un periodo de algo más de tres decenios, primero bajo la Guerra civil que yo viví siendo apenas un adolescente, y luego bajo el Régimen que en tiempos más cercanos quedó archivado con el término de 'franquista'.

Ahora bien, mi justificación exige que hablemos todavía de estas cosas que, en apariencia, son solamente querellas del mundo académico.

B) . Las tesis negadoras de la probabilidad de objetivación de verdad histórica generalmente aceptable de modo conclusivo y cumulativo, son repensables en dos versiones, una que llamaré débil, embellecedora o estética, y que concierne sobre todo el perspectivismo, y la otra que llamaré fuerte, escéptica, o política, y que concierne al presentismo.

B. 1 - Por el estímulo de sus necesidades y capacidades culturales que trascienden el substrato biológico, el hombre ha devenido actor que se redescubre y se reinterpreta discontinua y sucesivamente. Desde cada lugar y tiempo piensa las acciones de otros hombres (que fueron protagonistas individuales y colectivos), y al hacerlo enriquece no sólo sus motivaciones (las de aquéllos) sino también sus cogniciones: cómo ellos percibían las otras gentes y las cosas, y sus propios problemas, y valoraban sus medios en relación a sus fines, etc. Este enriquecimiento a posteriori en motivación y en cognición añade una realidad virtual a la realidad fragmentaria y mal conocida de los actores desaparecidos. En qué medida esta realidad virtual es (fué) verdadera, no podemos ni saberlo ni demostrarlo. Y con todo, tiene una parte cada vez más importante en la reescritura

de Historia.

B. 2 - Si la vida cultural de una formación social es sierva de sucesivos dogmatismos políticos, no actúa como valor vigente el amor a la verdad, una especie de lucidus ordo interiorizado. Lo que se produce es la alternancia de vencidos humillados y vencedores arrogantes. En la radicalización de esta situación lo que hay no es ya creatividad, reinterpretación, enriquecimiento, etc., sino una forma burda y miserable del presentismo que puede incluir la fabricación tanto de la Historia remota, más abstracta, como de la Historiografía más reciente y concreta.

C) - En el último decenio asistimos, en el contexto cultural en el que escribo, a una gigantesca empresa de reescritura de la Historia. Casi cada semana uno puede constatar, y más particularmente oír por alguno de los medios locales de comunicación de masas, a historiadores (o a gentes que usurpan la dignidad del historiador) para decir cosas que le dejan a uno atónito, sea porque se hallan en oposición con hechos de los que uno ha sido coetáneo pasivo, sea porque uno los ha vivido comprometidamente.

Esta percepción no es efecto de un solipsismo. En un libro de notable valor literario, biográfico e histórico, aparecido hace poco, el primer volumen de las memorias del arquitecto Oriol Bohigas (que lleva el significativo, inteligente, título de Combat d'incerteses), puede leerse el siguiente párrafo:

"Ja ho he dit moltes vegades: les falsedats imposades pels historiadors franquistes han quedat -- desgraciadament -- compensades pels favoritismes documentals i per les memòries voluntàriament i esporuguidament vindicadores dels que abans o ara han fet militància de l'anti-franquisme". (Op.cit., pag. 85, edició de Octubre 1989, Barcelona, Edics. 62).

Estas frases de Oriol Bohigas no hacen sino confirmarnos que todo el problema sigue en pié, y que no era una constatación gremial, eventual y efímera aquel famoso juicio de uno de los fundadores de los Annales, Marc Bloch (autor no citado por Schaff en su ensayo) juicio que dice que desde 1830 no se hace Historia, sino que se hace política.

Las dimensiones del problema no respetan tampoco a los historiadores que pretenden no estar atados por el principio de solidaridad (o en otras palabras, que aspiran a no ser etiquetados en una facción política). Pondré un ejemplo que viene de la circunstancia misma que alberga los materiales de mi objeto de estudio. En 1945, recién terminada (en Europa, no el Océano Pacífico) la Segunda Guerra Mundial, empezó a publicarse en Barcelona una revista cultural titulada Leonardo: Revista de las Ideas y de las Formas. Esta revista, inicialmente muy ceñida (como sugiere la inspiración d'orsiana de su título) a materias de arte y de estética, fué introduciendo cada vez más contenidos políticos, algo que era coherente con la preocupación de muchas gentes del país que, en aquellos momentos, se preguntaban cómo le sería posible al Régimen subsistir frente a la presión internacional, en el aislamiento político y con una situación interna de degradación económica.

En el volumen X de Leonardo: Revista de las Ideas y de las Formas, aparecido en Enero de 1946, hay un artículo del escritor catalán Joan Estelrich, una de las figuras intelectuales más conocidas por su colaboración en la Lliga Regionalista y por su amistad con Cambó. En este artículo, titulado Un diálogo político, Estelrich planteaba con toda transparencia el problema del observador, o del político, que se mantiene fiel a sí mismo en tiempos de continuo cambio de ortodoxias.

"Cuando los tiempos se muestran tan rápidamente mudables, el hombre que no cambia se pone en trance de resultar el más inconsecuente. (...) Imaginad un político idealista que, en España, entre 1920 y 1940, haya tenido por norte y guía de sus actos un programa concreto de reformas económicas, sociales o culturales. Durante dicho periodo España ha tenido monarquía constitucional, dictadura militar, república democrática, guerra civil, régimen falangista. Cada cambio ha producido una verdadera revolución de programas y de personal político; después de cada cambio las ideologías y las fuerzas políticas ofrecían un panorama absolutamente nuevo. El hombre que durante este periodo no haya hecho ningún cambio de posición o de táctica, se ha eliminado sin más ni más. Y para quienes han cambiado de fines, incluso sin darse cuenta, llevados de los acontecimientos cuando no de las pasiones, aquel que, por no cambiar de objetivos, haya cambiado sus amistades, colaboraciones y alianzas, aparecerá como un inconsecuente". (Loc. cit., pag. 19).

En otros números de la misma revista aparecen reiterativamente reflexiones sobre el problema de la Historia como ciencia (en su mayoría debidas al historiador, profesor en la Universidad de Barcelona, Rafael Ballester Escalas). En estas reflexiones se hallan, súbita y aisladamente, relámpagos geniales que quedan sin desarrollar ni sistematizar, perdidos en medio de un mar de frases circunstanciales sobre Hegel, Nietzsche, Spengler, etc. El autor no se pregunta por qué se reescribe continuamente la Historia, pero dice cosas que contribuyen a pensar otras respuestas que las vulgares sobre la subordinación de la Historia a la política del presente. Tengamos en cuenta que aquellos ensayos estaban escritos cuando acababan de derrumbarse todas las utopías fascistas, desde la del Reich de los Mil Años hasta los fascismos caseros y folklóricos de otros países menores (no solamente en el Sur de Europa). En uno de aquellos ensayos, Rafael Ballester Escalas hacía un lúcido exámen de la relación entre Utopía y Ucronía. Y escribe que en Historia, como en teoría de la relatividad, tiempo y espacio son una misma cosa, y por tanto que la Utopía exige la Ucronía:

"A la utopía le estorba el tiempo, que no constituye para ella nada esencial. La característica de lo utópico es la perfección, y el tiempo es algo demasiado delator. (...) En cambio la tragedia sin el tiempo no se concibe, porque la tragedia es historia" (R. Ballester Escalas: Utopía y Tragedia. Ensayo sobre dos modos de concebir la Historia, en Leonardo, Revista de las Ideas y las Formas, Barcelona, vol. V, Agosto 1945, pag. 152).

Lo que el autor está sugiriendo (aunque no lo diga literalmente con estas palabras, o más bien lo diga únicamente con referencia a Inglaterra) es que cada espacio territorial (y social y político) tiene su tiempo, un tiempo que le es propio y que está ligado a su constitución como entidad histórica. Al contrario de la ilusión racionalista y positivista, no hay una historia lineal de la humanidad, en constante progreso:

"El siglo positivista arrastraba una especie de mística cultural, y no se daba cuenta de ello. Acostumbrado a considerar la Humanidad como una Idea platónica, como una entidad homogénea destinada a evolucionar siempre hacia adelante, sin que se estancase ninguna de sus partes, había acabado por sacrificar el factor espacio en aras del factor tiempo" (Loc. cit., pag. 149). (Cursiva en el original).

Esta reflexión es aplicable asimismo dentro de un Estado y dentro de una nación, e incluso dentro de una metrópolis. Y no solamente por las distintas pertenencias, o adscripciones, de cada historiador a una clase social o a un bando político, sino por algo más esencial y que solicita un análisis más profundo: la pluralidad de espacios sociales, sea en el interior de un Estado, sea en el ámbito de una misma gran ciudad, conlleva potencialmente (y a veces necesariamente) una pluralidad de tiempos. Cada actor -- universitario, político, financiero, empresario, sindicalista, etc-- y cada aspirante a actor, es portador en alguna medida de un tiempo que es propio a su colectivo. Y con éste, es portador de una cierta manera de percibir la duración histórica, su permanencia y su decadencia.

Este criterio hermenéutico podría trivializarse hasta el ridículo de nuestros empiristas universitarios si se dice, *ex.gr.*, que la temporalidad que vive el especulador en Bolsa (que debe pagar o liquidar en la tercera semana del mes) es de alcance diferente a la temporalidad del cultivador de viñedos (que calcula no solamente cosechas sino también esperanza de vida de sus viñas). Lo que aquí importa es algo de otra naturaleza menos subjetiva y más transpersonal. Cuanto menos homogéneo, social y culturalmente, sea un contexto, cuanto más dividido esté por marcadas diferencias económicas, sociales, culturales, étnicas o lingüísticas, tanta mayor probabilidad hay de que cada sujeto se focalice sobre objetos que le son estrictamente propios, portadores de su temporalidad particular. La pluralidad de objetos (cogniciones, motivaciones, acciones) queda incrementada en los casos en que operan fracturas generacionales intensas, lo cual es a su vez inevitable cuando no hay un sistema educativo público bien institucionalizado, unificado, centralmente orientado y dirigido, y transmisor de valores generalmente aceptados, de los que se hace cargo, transitivamente, una generación tras otra. Si este sistema existe (o existió) como en Francia, entonces resulta que desde el pequeño espacio-tiempo local hasta el gran espacio-tiempo estatal, la comprensión de las acciones humanas viene en última instancia determinada por el espacio-tiempo estatal; éste es determinante nada remoto de las expectativas y carreras de los actores. En el bien entendido siguiente: lo es siempre y cuando exista y esté actuante una auténtica clase dirigente, portadora de un proyecto, dueña de un nivel de gestión pública observable y compartible. Si lo que hay es, en vez de todo éso, una ficción institucional como aconteció bajo el Régimen del General Franco, o bien no hay en absoluto clase dirigente, como acontece ahora, entonces no hay tampoco unificación de los microtiempos en la serie gobernada del macrotiempo, y aquéllos se imponen con su desorden, su caos, y sus mediocridades con figura de protagonistas.

D) - A veces el historiador se ve conducido por las características propias de su objeto y recorre el camino en sentido inverso: de lo estatal a lo local. Este es un rasgo en la carrera de Pierre Vilar. Su primer trabajo importante fué hecho en Barcelona, en 1934, y versaba sobre "Le rail et la route: leur rôle dans le problème général des transports en Espagne" (publicado en Annales d'Histoire économique et sociale, Paris, Librairie Armand Colin, pp. 571-580). Aunque en aquel estudio Vilar analizaba la política general de transportes en la dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República, es ya obvio que su atención queda atraída por particularidades catalanas y, más estrictamente, barcelonesas.

El objeto histórico no es, pues, una construcción tan arbitraria como suponen algunas de las tesis criticadas justamente por Schaff. En el análisis de la acción colectiva pueden construirse modelos portadores de una capacidad heurística. Para que ésta se produzca, no sólo han de ser operativas y verdaderas las relaciones entre conceptos y contextos; además de ello, los referentes de los conceptos han de estar ligados de un modo necesario, con coherencia sincrónica y con consistencia serial o diacrónica. La acción colectiva se inscribe en, y forma, sistemas. Tal como he dicho y escrito otras veces, si queremos poner el análisis de la acción humana al nivel científico comparable a análisis en las ciencias 'duras', hay que satisfacer no solamente normas lógicas, sino también tres procesos indispensables: conceptualización, contextualización, matematización.

- Conceptualización: selección y uso de conceptos pertinentes para el sujeto colectivo y para el objeto a explicar.
- Contextualización: situación social del sujeto y sus relaciones.
- Matematización : algo más que la mera cuantificación: correlacionar las condiciones mayores de cada estructura con la magnitud y orientaciones de la acción.

Se pierde todo rigor científico cuando resulta que, como decía Marx, abstrai-
go el abstracto de su concreto: entonces no me queda nada más que el abstrac-
to. (Ejemplo actual, la palabrería sobre la contractualidad en la post-modernidad y otras preciosidades de algunos soi disant sociólogos).

Dicho en otros términos: aunque el objeto es una construcción discrecional, ésta es sui generis porque incluye una realidad que presenta resistencia a la deformación. El investigador motivado por la verdad sabe ponerlo de manifiesto y revelar la pertinencia de la cognición de Renan: ces choses complexes où tout se tient, où les qualités sortent des défauts, et où l'on ne peut rien changer sans faire crouler l'ensemble.

Por ésto es tan esencial, si queremos comprender y explicar, que el historiador permita hablar a los propios actores dentro del contexto de problemas que eran decisivos para ellos y desde la escena donde ellos se agitaban. Esta gentileza científica del historiador incrementa la parte de no manipulación del objeto histórico. Y por ésto es también tan esencial que, cuando el historiador ha sido testigo contemporáneo a los hechos, él mismo se convierta en documento: actor frustrado que aporta su testimonio verdadero.

Claro es que esas acciones humanas, individuales y colectivas, que requieren ser comprendidas y explicadas, se inscriben dentro de procesos cuya consistencia y cuya duración y dirección escapan a la conciencia de la inmensa mayoría de los actores. Estos procesos de longue durée son como el cauce de un río respecto a cada gota anónima del agua. Pero de ésto no debemos deducir, ni como teoría ni como técnica historiográfica, que los hombres son como sonámbulos dando golpes en la oscuridad, excepto unos pocos que descubren una criatura mística que se pasea por las calles, visible solamente para ellos. La criatura mística puede ser la raza, la nación, la nacionalidad, el Volksgeist, una dinastía real, el sujeto histórico proletario, la vanguardia política del sujeto histórico, la clase social portadora de la Civilización y que es la clase final de la historia, alguna confesión religiosa, o las instancias supremas de alguna orden que domina una iglesia universal. El delirio en la materia está bien nutrido. Y claro es que la búsqueda auto-confirmada de la criatura mística no es científicamente admisible como substitutivo, ni teórico ni técnico, de los datos contextuales de la longue durée producto de acciones colectivas. La comprensión y explicación de la acción humana requiere la síntesis del microtiempo y del macrotiempo.

=+ =

E) - Diez años después de que Schaff publicase su ensayo, apareció en Paris un pequeño libro de un gran historiador francés, Maurice Bouvier-Ajam. Era el resultado de la reelaboración de ideas ofreci-

-das a los estudiantes y profesores de Poznan, con ocasión de haberle sido concedido a Maurice Bouvier-Ajam un doctorado honoris causa por la universidad Adam Mickiewicz de esa ciudad polaca.

El librito (Essai de Méthodologie Historique, Paris, 1970, ed. Le Pavillon) lleva un prefacio de Gaston Wiet, y tanto éste como el texto son, releídos ahora, una pequeña maravilla de humildad, de concisión, lucidez, y amor a la ciencia y a la razón racional.

La estrategia del autor del ensayo emerge en las últimas cuarenta páginas, de mucha mayor densidad de lo que deja traslucir un estilo sencillo y en apariencia conductor de obviedades. Después de haber postulado, bien alta, la función de la teoría en el trabajo del historiador (lo cual es algo distinto de la fabricación de una teoría de la Historia), y después de haber dicho que le théoricien a donc des droits, et même des devoirs, Maurice Bouvier-Ajam escribía:

"En Histoire, les faits n'ont jamais tort. (...) Celui qui part d'un postulat, celui qui veut plier les faits aux caprices de sa pensée, celui qui entend prouver le bien-fondé d'une thèse préconçue, celui qui ne cherche qu'à faire triompher ses conceptions (...) aucun d'eux n'est historien et tous sont des doctrinaires."

"Qu'est-ce donc que la doctrine, si souvent confondue par le grand public avec la théorie?".

El análisis de las formas de doctrine lleva al autor a distinguir seis tipos de doctrine enlazados lógicamente en tres parejas:

- + doctrine-postulat / doctrine-conclusion
- ++ doctrine-précepte / doctrine-système
- +++ doctrine-préjugé / doctrine-prévision.

Obviamente, no puedo entrar aquí en el detalle substantivo ni en los ejemplos. Lo importante para lo que estoy diciendo es observar que, después de este ataque fundamental a los doctrinarios, Maurice Bouvier-Ajam recupera la función necesaria del conocimiento de las doctrinas como integrantes de la realidad histórica, e incluso como función supletiva de la teoría:

"La doctrine est, parmi d'autres, un témoin de temps et de mouvements de l'Histoire; elle est, parmi d'autres, une cause d'actions, de réactions, d'impulsions, de réticences, de sobresauts; à un autre titre, elle joue, normalement d'une façon temporaire, un rôle supplétif

par rapport à la théorie; elle offre à la recherche scientifique des moyens d'investigation par les suppositions qu'elle soumet aux éventuels contrôles ultérieurs. Encore faut-il que, considérée sous ce dernier aspect, elle reste aussi réaliste que les données concrètes parallèlement acquises le permettent. Ses expressions les plus subjectives, ses utopies, ses normes morales ne rentrent pas dans la discipline historique, sauf, éventuellement, en tant que sources de tendances susceptibles d'engendrer des phénomènes ou d'infléchir des orientations positivement exprimées. Les 'doctrines pures' (...) requièrent évidemment l'attention, comme toutes les manifestations de l'intelligence humaine; si passionnantes qu'elles puissent être de ce fait, elles ne sont pas des instruments de la recherche scientifique".

(Maurice Bouvier-Ajam, Op. cit., pp. 81-82).

Pienso que de una lectura meditada de estos párrafos, quedan algunas cosas claras:

a) - Las doctrinas son constructs intelectuales poseidos por los actores. Corresponde al historiador examinar cuándo esos objetos son asumidos de modo acríptico y apriorístico por un actor, y cuándo resulta que son (al menos en parte) reelaboraciones de la experiencia del actor. En este último caso existe alguna clase de relación o correspondencia positiva entre una vida, un contexto, y una ideología. En el primer caso, pueden darse correspondencias irracionales o ilógicas, asociaciones sorprendentes. Las cuales se traducen en hechos erráticos, inesperados, o irresponsables.

b) - El historiador no ha de intentar probar sus propias doctrinas, en el sentido fuerte de probar, el que tiene en las ciencias 'duras'. La Historia no es una ciencia 'dura' (si bien existen, ciertamente, técnicas 'duras' para demostrar hipótesis, y decidir sobre ellas, por ej., la autenticidad de un documento, la existencia de un problema político, jurídico, etc).

c) - A estas alturas de la historia, escribir racionalmente la Historia es, más que nunca, una cuestión de civilización, esto es, de matices.

d) - Cuestión de civilización, en su sentido más exigente: porque la Historia es demasiado fácil de manipular y reinventar.

imprints

Parte Primera.

Los tipos humanos y sus horizontes .

It is an illusion that youth is happy, an illusion of those who have lost it; but the young know they are wretched, for they are full of the truthless ideals which have been instilled into them, and each time they come in contact with the real they are bruised and wounded. (...) They must discover for themselves that all they have read and all they have been told are lies, lies, lies...

W. SOMERSET MAUGHAM, Of Human Bondage (cap. XXIX).

I. 2.

MEMORIA Y DOCUMENTO : MI TESTIMONIO

En uno de sus ensayos de sexología que le hicieron famoso a finales del decenio de 1921 a 1930 y primeros años del de 1931 a 1940, decía el Dr Gregorio Marañón dirigiéndose a los jóvenes: fíjate que no te casas con un novio o una novia: te casas con toda una familia.

El Dr Marañón no hacía referencia, en aquel párrafo, al hecho social, sino al biológico, ésto es, que el muchacho o la muchacha supuestamente únicos e ideales, distintos de padres, hermanos, y otros miembros de la tribu, son en realidad portadores (para bien y para mal) del patrimonio genético de esa tribu.

En historia acontece algo análogo: hay que remontarse a la génesis de ciertas situaciones para comprender comportamientos que de otro modo resultan inexplicables.

Voy a hablar aquí de unas clases sociales que yo conocí en la Barcelona de finales del año 1935 y primeros meses de 1936 (hasta que la violencia militar y la anarquista rompieron nuestras biografías el 18 de Julio de 1936) . A algunas de las familias de clase media-alta y de la burguesía y la pequeña aristocracia rural catalanas las reencuentro en 1939, y son éstas las que tienen un cierto papel en la consistencia del Régimen resultante de la Guerra civil. Consistencia propiamente barcelonesa y que, tal como yo la veo de adolescente, y la pienso de nuevo ahora, se extingue con las grandes transformaciones económicas que empiezan hacia 1957-58.

La técnica que voy a emplear es una alternancia del testimonio, en lenguaje descriptivo, y de la ordenación clasificatoria y lógica. Estos dos extremos no son contradictorios. Decía Braudel que en Sciences humaines expliquer c'est surtout savoir raconter. Siguiendo esta norma, hablaré primero de clases sociales y de conflictos de clase, como corresponde a la vividura misma, política y social, de aquella época.

Será también un ejercicio de análisis comparativo.

I. 2. 1.

Del pluralismo cultural al aniquilamiento del enemigo de
clase .

A). La mirada infantil se focaliza en las personas, cada una única, singular e impredecible: su manera de hablar, sus gestos, su ropa, su simpatía o su hostilidad hacia el pequeño oyente, obedientemente silencioso, clavado en una silla, mientras mi padre hablaba, o los dueños de la casa opinaban de política y de los asuntos del mundo, y una cocinera (o una sirvienta como se decía entonces) traía té y pastas. Solamente más tarde la memoria de adolescente empieza a situar las personas en un contexto social e histórico.

Así resulta que la ávida curiosidad infantil (yo tenía once años cuando llegamos a Barcelona en 1935) retiene lo personal que después se descubre que no es tan personal, pues cada individuo asume modales, palabras, opiniones, incluso hábitos y maneras de reaccionar que son las propias de un colectivo muy precisamente ubicado en una estructura de clases.

Resulta así también que los acontecimientos del año 1935, en España y en Europa, los he adquirido de los libros. Y que a posteriori se descubre el sentido de frases enigmáticas que habían quedado en la memoria, o la justificación de actitudes que en aquel momento debían aparecer como razonables aunque luego el decurso histórico las desconfirmase como vana ilusión burguesa.

Estoy hablando de una, o (quizá) más de una, clase social que a primera vista se hallaba sólidamente instalada y que miraba con confianza al futuro. Le daban consejos a mi padre sobre la manera de invertir nuestro dinero, sobre los mejores médicos, sobre mis recién iniciados estudios de bachillerato, o sobre lo que había que leer además de La Vanguardia . Y sobre todo daban consejos sobre aquéllo de lo cual había que huir y apartarse. En Soria no era corriente la expresión "la chusma"; en Barcelona, sí.

Esta especie de profilaxis conversacional no debía ser inocente ni desinteresada. Era sabido que mi padre era republicano con simpatías políticas hacia la izquierda.

Creo, además, que muchas de aquellas visitas quedaban sin reciprocidad. Excepcionalmente Joaquín de Castellarnau (que había sido director de la sucursal del Banco de España en Soria) nos visitaba a veces en devolución de visitas que habíamos hecho a su casa, un gran piso antiguo y lleno de cosas antiguas, que tenía en la calle Canuda. Otras relaciones de mi padre eran más bien por cuestiones de intereses; la principal entre ellas -- que duró bastantes años -- fué con don Pelayo Infiesta, un santanderino establecido en Barcelona como agente de cambio y Bolsa; tenía el aspecto de un gentleman de la City, alto, delgado, algo distante, afable pero frío, con voz muy mesurada que atraía mi atención en aquellos tiempos que eran ya de griterío generalizado; después de la guerra civil fué, por unos años, Síndico-presidente, tuvo un gran despacho en el Paseo de Gracia y le perdimos prácticamente de vista, o casi, cuando se quedó a vivir en Sant Cugat.

Las distancias de clase eran por entonces una pauta social obligatoria. Existía un complejo ritual, codificado en libritos ad hoc, sobre cuándo y cómo había que dejar tarjeta en casa de una relación, cuándo y cómo había que enviar (si acontecía que debía hacerse) unas flores. Toda aquella gente vivía en un área bastante compacta de Barcelona: Canuda o Portal del Angel por el lado de abajo, la calle Aragón por el lado de la montaña, el Paseo de Gracia y la calle Bruch o la calle Gerona en los otros lados del rectángulo. Allí había también los médicos, los abogados, y los que entonces se llamaban fabricantes (propietarios de empresas de hilados, tejidos, u otras mercancías necesarias para la prosperidad social y familiar). Con la extensión del teléfono a cinco cifras, sucesivamente ampliado por barrios, terminaron los rituales de tarjeta o de visita inesperada y espontánea.

Mi último recuerdo de aquel mundo feliz procede de dos o tres semanas después del 18 de Julio. Empezaba a cuajar como probable la idea terrible de que el país había entrado, no en la liquidación de un pronunciamiento militar como los del siglo XIX, sino en el inicio de una guerra civil que duraría años. Acompañé a mi padre a ver a un conocido que tenía un despacho en la calle Rosellón, poco más allá de la Diagonal. Era una relación por persona interpues-

-ta, don Moisés Vitoria, un indiano (como se decía en la época) con cierta fortuna que había vuelto de Costa Rica y había construido una hermosa casa en San Andrés de Soria, al lado mismo de la que había sido la casa de mi madre. El conocido desempeñaba en Barcelona negocios que debían tener algo que ver con importación y exportación, pero actuaba también como agente financiero, sin ser agente de cambio y Bolsa. Era en 1936 un hombre ^{ain} joven, de aspecto americano, muy business-like; no recuerdo su nombre pero creo que su apellido era Mateo. Fué la primera y la última vez que le ví, y si retengo el hecho tan vívidamente es porque se desarrolló, entre él y mi padre, una escena penosa y patética, con tres espectadores silenciosos: dos ayudantes que le estaban arrinconando los muebles en una habitación y preparando las maletas, y el adolescente que yo era, devorador de novedades cada día de cada día. Mi padre fué recibido con los brazos abiertos. Había para nosotros todavía la posibilidad de embarcar en el puerto, bajo la protección del Cónsul de Costa Rica. Cuando mi padre dijo 'No' por dos o tres veces, y repitió que éste era nuestro país, sin revolución social o con revolución social, se produjo una situación difícilmente descriptible. Eran los días en que habían sido incendiadas las iglesias de Barcelona, asesinados curas y monjas, y empezaba a saberse que los anarquistas ejecutaban por docenas a empresarios, fabricantes, burgueses pequeños y medios, en un gigantesco arreglo de cuentas que culminaba las luchas laborales y de clase durante generaciones. La palabra "chusma" emergió varias veces en el vocabulario de aquel señor de aspecto de hombre de negocios americano. Y cuando mi padre dijo algo así como "en definitiva, esto es lo que ustedes han hecho de ellos, al negarles pan, trabajo, y escuela", entonces fué, primero, el estallido verbal, e inmediatamente un silencio glacial que duró minutos. Me dí cuenta que se nos contemplaba desde una distancia enorme, astronómica, con un desdén, un desprecio, una superioridad, una lástima, e incluso con un asco, que no requerían ya más palabras. Obviamente, tomamos la puerta y no hubo ni las fórmulas corteses de despedida.

La posición política que había asumido mi padre, a su pesar, debió ser conocida entre los paisanos nuestros que vivían en países hispanoamericanos. En 1938 mi padre tuvo que escribir a su hermano mayor, el cual vivía en una excelente situación en Buenos Aires, pidiéndole dinero, ya que aquí nos habíamos quedado **aislados sin una** peseta y no teníamos con qué comer. Mi tío M +++ no nos envió ni un peso (y el peso argentino era por entonces una de las monedas fuertes en el merca-

-do de divisas mundial); ni siquiera respondió a las cartas. Otro familiar más lejano, que tenía un negocio en Necochea, nos envió unos giros; éstos fueron pagados en billetes de banco republicanos, y cuando llegó el canje de billetes del Banco de España en enero de 1939 la mayor parte de aquel dinero se perdió.

Las distancias de clase iban acompañadas de tajantes, absolutos e irresolubles, antagonismos políticos. En 1942 nos reuníamos, en el pueblo de Soria donde teníamos unacasa, a jugar a cartas o al ajedrez. Un día, en el comedor de una familia que era conocida por "la Vizcondesa" (la dueña, viuda de un vizconde) se me ocurrió decir que Hitler tenía ya perdida la guerra y que cuanto antes ésta se terminase, tantos menos sufrimientos para Europa y tanto mejor. Los otros jóvenes que estaban en torno a la mesa, dejaron caer las cartas. Se me dijo que esa opinión era propia de un no español y que en cierto modo era lógica en un judío argentino (lo que era absolutamente falso) y en un cosmopolita (lo que era rigurosamente verdadero, pero yo no sabía que ese término podía ser usado como un insulto).

=+=

B) . Creo que entre 1939 y los años finales del decenio de 1951-60 no pocas familias en la burguesía barcelonesa estimaban que el Régimen establecido correspondía a la esencia misma, natural, del buen orden de las relaciones humanas. Esto lo sentían más que lo pensaban: no era la conclusión razonada de un juicio de realidad sino más bien la plenitud intuitiva y afectiva de un juicio de valor. Y no se debía sólo a que el Régimen les había devuelto sus dineros, tierras, fábricas y empresas, o que había sido vengado el asesinato de algún miembro de la familia, o que los jóvenes habían vuelto a casa en las filas del ejército victorioso entonces llamado de los nacionales (en Europa 'nacionalistas'). Se trataba además de que se había restablecido, en cierto modo, la situación de 1935, con la cual reempalmaban. Se restablecía, sobre todo para los ya adultos, una continuidad.

Dije antes que uno de los hechos sorprendentes era (fué) la confianza de esta clase en sí misma y en su futuro, como si aquel presente
de

1935 tuviese que perpetuarse, intocado en lo substancial. La idea según la cual un conjunto de cosas que son hoy así, lo serán así siempre, implica que la historia está terminada con tal de que se sepa cotidianamente reproducirla. Al parecer es ésta una idea propia de la burguesía post-revolucionaria (i.e., desde 1849) y su expresión intelectual-dogmática máxima fué la filosofía de la historia de Guizot.

En el Régimen luego calificado y archivado como franquista, llegó un periodo en el que parecía que el Régimen se había transformado de historia en Naturaleza. Esto no hubiese sido posible sin raíces subconscientes profundas. Son algunas de éstas las que trato ahora de identificar. Unas mentalidades colectivas reflejan y reelaboran ciertos hechos que son, además, selectivamente retenidos por la voluntad políticamente orientada de cada observador o de cada actor. En 1934 y 1935 se habían producido unos cuantos hechos históricos que sugerían el agotamiento del proceso revolucionario social iniciado en Rusia en 1917, y un cambio de rumbo tanto a escala española como mundial. Había continuos debates sobre el papel del Estado en la resolución de la crisis económica y sobre las transformaciones necesarias en los regímenes parlamentarios y democráticos (por entonces muy devaluados, por razones de ineficacia y charlatanismo, entre los expertos políticos europeos occidentales), pero había al mismo tiempo un acuerdo bastante extenso (luego me referiré a excepciones dentro de la propia burguesía barcelonesa) sobre el sentido inequívoco del nuevo flujo de acontecimientos. Mencionaré solamente los eventos más gruesos.

- En febrero de 1934 había sido vencida en Austria, después de días de sangrienta lucha (en particular en Viena) la insurrección obrera austromarxista, la última gran revuelta obrera en Europa central. Fué una insurrección desesperada, y la investigación historiográfica ulterior ha puesto en evidencia que la derecha que luego ha sido etiquetada como austrofascista (y que reunía elementos de orientaciones diversas, pero todos autoritarios, anti-comunistas, corporativistas y católicos) se sentía tan segura de vencer en el enfrentamiento militar abierto, que fué desde ella misma desde donde se provocó la insurrección de las milicias obreras.

- En 30 de junio de 1934, en la llamada "Noche de los Cuchillos Largos", Hitler y el ala derechista del movimiento nacionalsocialista, con ayuda de mandos militares, había aniquilado el ala "roja" del Partido; los principales dirigentes de ésta fueron asesinados. Desde entonces había la certidumbre de que Hitler ya no era, ni podría ser, una especie de portador alemán de una forma de revolución social colectivista, anti-bolchevique en la retórica, pero no menos radical que ésta. En el año desde el 30 junio 1934, Hitler multiplicó los acercamientos a las Potencias occidentales (fase históricamente inicial del "apaciguamiento"), mantuvo en el ministerio de Asuntos exteriores a un ministro y altos cargos (Von Neurath, Von Weizsäcker) que procedían de partidos cristianos; y en fin, en 18 junio 1935 alcanzó un acuerdo con Gran Bretaña (Tratado Naval) que limitaba la expansión de la flota de guerra del Tercer Reich respecto a las flotas británica y francesa. Por tanto, no había perspectiva de guerra en el Occidente europeo. Hitler era un conservador.

- En octubre de 1934, en España, el gobierno de la República había dominado en pocas horas, en Barcelona, la sublevación del presidente Lluís Companys con un grupo de amigos y exaltados, y había vencido, después de unas dos semanas de lucha, la revolución obrera de Asturias. Sobre este punto debo añadir algo: el odio a Companys era algo impactante, visceral, entre la burguesía barcelonesa que antes he descrito. Ni siquiera admitían que se trataba de un hombre sentimental, generoso, si bien arrastrado a acciones políticamente irresponsables por un pequeño grupo que le rodeaba. El 12 de abril de 1935 el gobierno de la República devolvió a la Generalitat de Catalunya una buena parte de los servicios autónomos (excepto el orden público) y en los sucesivos gobiernos presididos por un independiente, el economista y hacendista Joaquín Chapaprieta (septiembre a diciembre de 1935) la Lliga Catalana (+) tuvo siempre un ministerio, en coalición con otros partidos de centro y de derecha. Esta situación política parecía convenir tanto a la mayor parte de la burguesía barcelonesa, como a los colaboradores de Lerroux en Cataluña que actuaban en el Ayuntamiento de Barcelona y en el Consejo de la Generalitat (Pich i Pon, Alfredo Sedó, etc) y desde luego, a los terratenientes hermanados en el Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, los cuales habían ganado la batalla contra los rabassaires.

(+) Lliga Catalana era el nombre oficial que había adoptado la Lliga Regionalista (Cambó, Ventosa i Calvell, Durán i Ventosa, Vidal i Guardiola, Puig i Cadafalch, Rahola i Molinas, Solá i Cañizares, etc etc) con la Asamblea General celebrada en la Sala Mozart, en la calle Canuda, los días 3 y 4 de febrero de 1933; pero el público en general continuaba llamando a ese partido con su nombre tradicional de Lliga regionalista.

- El proyecto de reforma de la Constitución (junio de 1935) y la ley de contrarreforma agraria (26 julio 1935) implicaban: un recorte de los poderes del Congreso de los Diputados, la creación de un Senado, la legalización de actividades de las órdenes religiosas abrogándose limitaciones introducidas en 1931 por el gobierno socialista, la reforma de la ley sobre el divorcio, y la reducción de poderes del Tribunal de Garantías Constitucionales. Por lo que concierne a la reforma agraria, bajo la apariencia de proseguir un cierto reparto de la tierra en Andalucía y Extremadura, se daba carpetazo, de hecho, a todo proyecto revolucionario, y se enterraba la fórmula "la tierra para el que la trabaja" (la cual había sido, también en Cataluña, un componente de la lucha de los rabassaires).

- En fin, en otros países había un espectacular giro hacia la derecha autoritaria; en Austria monopolizaban ya el poder los corporativistas católicos del príncipe Starhemberg y de las Heimwehren; en Gran Bretaña los conservadores ganaban las elecciones; en Grecia caía la república y se restauraba la monarquía. Además la crisis económica mundial parecía reabsorberse (excepto en Estados Unidos) y en Alemania el gobierno de Hitler había conseguido terminar con el paro obrero.

No debo extenderme sobre otros rasgos del escenario, porque procede evocar aquí las dimensiones culturales propiamente barcelonesas. Ahora bien, éstas difícilmente eran posibles sin un contexto de estabilidad política y de satisfacción burguesa. La lectura de editoriales de la prensa económica (que estaba concentrada en Madrid), de entrevistas a políticos de partidos de derecha sobre temas económicos, o de artículos sobre economía en la prensa de Barcelona, muestra que en el segundo semestre de 1935 hay un desplazamiento de la acritud de los problemas desde el ámbito social al estrictamente monetario. Son cuestiones de endeudamiento exterior, conveniencia o no de una devaluación de la peseta, las que focalizan la atención de los expertos, al mismo tiempo que se va creando un ambiente de confianza que permitiría abordar el gran problema del Estado español: la reforma de la administración pública. Y es precisamente en las cuestiones monetarias, en la problemática de lo que ahora se llama (con un término tomado a préstamo) la inter-face en la relación entre precios interiores y precios exteriores, y la expansión o restricción de la masa monetaria, en donde la burguesía barcelonesa poseía expertos.

La colaboración catalana en órganos de dirección económica en la capital del Reino (y de la República) era una tradición: Cambó y Ventosa habían sido ministros de la Monarquía (Ventosa i Calvell fué su último ministro de Hacienda hasta abril de 1931), Vidal i Guardiola había sido director del servicio de estudios del Banco de España, J.M. Tallada i Paulí, P. Gual Villalbí y otros colaboraron en la comisión presidida por Flores de Lemus para elaborar un dictámen sobre el restablecimiento del patrón oro; esa tradición no se limitaba a la Lliga: basta recordar que Lluís Nicolau D'Olivera fué ministro de Economía en el primer gobierno republicano (llamado revolucionario o provisional) y luego fué gobernador del Banco de España, y que Jaume Carner fué ministro de Hacienda en el gobierno republicano después de las elecciones a Cortes Constituyentes, y que en la comisión de Economía de estas Cortes figuraban Josep Tarradellas i Joan, y Carles Pi i Sunyer (y Jaume Carner en la comisión de Hacienda). /+++++/

Texto para a 23 Bis →

/+++++/ - La relación nominativa de los diputados integrantes de las Comisiones en el Congreso de los Diputados, consta en la obra del periodista Arturo Mori Crónica de las Cortes Constituyentes de la Segunda República Española, Madrid, 1932, M. Aguilar editor, tomo primero, págs 101 a 104. En el mismo volumen hay un apéndice con la relación nominativa de todos los diputados y sus circunscripciones de origen: Tarradellas y Nicolau D'Olivera lo eran por Barcelona-capital, C. Pi i Sunyer por Barcelona-provincia, Jaume Carner por Tarragona. Obviamente, allí aparecen nombres que luego tuvieron una resonancia trágica durante la Guerra civil, o que luego prosperaron en la postguerra, bajo el franquismo.

En los documentos oficiales de las Cortes los nombres están todos en castellano.

Bis

Ahora bien, el examen de textos y de programas políticos, y el conocimiento de lo que era la Barcelona de la época, muestran que es posible afirmar con poco riesgo de error, que esta concentración de inteligencia era socialmente muy reducida; se limitaba a unas cuantas personas. El que debía ser el partido hegemónico de la burguesía catalana no había conseguido crear un espacio público relativamente uniforme de lenguaje económico ni político, con alcance colectivo. Por tanto no existía el contexto generalizado, ni siquiera semántico, para un debate progresivo que permitiese la consolidación del Estado republicano. No hay duda de que la mayoría (casi todos) los políticos de la Lliga eran sinceros demócratas. Miquel Vidal i Guardiola, pretendido ministro de Obras Públicas, concede en Madrid una entrevista al director de El Financiero, Ceballos Teresí, entrevista incluida en la recopilación Política y Economía: temas del momento (Madrid, ed. El Financiero, 1934) y allí deja bien claro que él es un demócrata, que respeta las orientaciones de las masas (sic) y que cree necesario un movimiento sindical ordenado; al mismo tiempo, empero, postula la prioridad de acabar con la anarquía en el agro y en la industria, pues sin un incremento en la productividad no puede aumentarse el bienestar social (Op. cit., pp. 258 - 259). Obviamente, este lenguaje sobre incremento de la productividad del trabajo sonaba a ininteligible dislate a los oídos de las izquierdas, en un periodo en que la crisis económica mundial aparecía como una gigantesca crisis de sobreproducción y se destruían stocks de trigo, café, etc., y se acumulaban las manufacturas invendidas, o vendidas y no pagadas.

La fragmentación del espacio semántico colectivo en unidades independientes y antagónicas, está bien percibida en un editorial de La Vanguardia firmado por José Escofet (1 de septiembre de 1935) y titulado Dos mundos. Es un texto que rebosa significación e interés porque deja entrever las perplejidades del autor y del público de su periódico, y porque la motivación (el eco en Barcelona de un congreso de intelectuales celebrado en París) trasciende discutir la

función social de los intelectuales. Aunque Escofet trata de confortar el optimismo de sus lectores pintando la situación fuera de España como peor que en España, sin embargo empieza el artículo con unos párrafos del escritor vasco José M. Salaverría publicados precisamente en La Vanguardia unos días antes:

"Hay dos Españas que en política, como en todo lo demás, giran en órbitas incompatibles. Cada una de esas dos formaciones humanas que aparentan convivir y formar una sola nación, tiene sus pensamientos propios, sus esperanzas y soluciones propias, una retina especial para ver las cosas, y una mentalidad exclusiva para juzgar los hechos y los hombres."(...)

(...) "La observación de José M. Salaverría es justa. Nunca deploraremos bastante que media España esté en guerra con la otra mitad y que un español de la izquierda y otro de la derecha se consideren entre sí tan extranjeros como pueden serlo un suizo y un japonés... (...)

Lo que más debe dolernos es el pensar que, siendo España un país que tan resuelta y unánimemente sabe escapar de las conflagraciones internacionales, no consiga mantenerse neutral asimismo ante la lucha de clases".

(Incidentalmente hay que observar que la contraposición entre un suizo y un japonés parece insignificante leída en 1990: es que en 1935 no se había producido todavía la unificación o standardización de roles a nivel mundial que acompaña el desarrollo capitalista, en particular el financiero, y su control sobre los medios de comunicación de masas y sobre las élites de expertos en cada país).

La invocación a la neutralidad en la lucha de clases reenvía a otro problema: la existencia o no de alguna clase de poder que sofoca la lucha de clases con la apariencia de neutralizarla, es decir, sin la evidencia de que una clase social se vea a sí misma como oprimida por otra, u otras. Este problema de la inexistencia de tal poder, era típicamente catalán. Uno de los grandes, más leídos, y más escuchados portavoces de la burguesía empresarial catalana, el profesor Pedro Gual Villalbí (más tarde ministro en el régimen del General Franco), termina en 1931 un prólogo al famoso libro de Manuel Pugaés Cómo triunfó el proteccionismo en España: la formación de la política arancelaria española (Barcelona, edit. Juventud, Noviembre 1931), citando a Georges Sorel:

"Si hubiese una burguesía lanzada en la vía del progreso capitalista, que considerase como una vergüenza la timidez y alardease de pensar en el interés de su clase, sobraría el papel de muchos socialistas y de muchos revolucionarios". (Op.cit., pag 25).

En otros términos: la ausencia que el profesor Pedro Gual Villalbí lamenta en 1931, y el actor social que el periodista José Escofet implícitamente auspicia en 1935, es una clase políticamente dirigente, organización emergente de una clase económicamente dominante. Había los empresarios y los expertos económicos, había un cierto número de profesionales liberales (sobre todo abogados) al servicio de los empresarios y los terratenientes, había una Iglesia combatiente contra toda ideología que no fuese estrictamente católica; los políticos eran incapaces de ganarse la confianza de otros públicos que aquéllos que les correspondían, de modo directo e inevitable, por su situación de clase, su posición social, y sus raíces familiares burguesas. Esta incapacidad de los políticos para ganar la confianza de otros públicos que los ceñida y rigurosamente conexos por un lugar bien determinado en la estructura social, era asimismo un fenómeno que afectaba a los políticos de izquierda. +/.

Es imposible establecer de manera persuasiva, o inequívoca, la importancia que tuvo el enorme pluralismo cultural de Barcelona (y, creo, de toda Cataluña) en que hubiese, además, fragmentaciones intra-clase e intra-partidos. Las luchas de tendencias en el interior de los partidos tenían que ser más intensas de lo que eventualmente trascendía a los periódicos o semanarios. Cada clase social estaba llena de contradicciones que no eran propiamente de fundamentos económicos o políticos, sino culturales.

En los grandes pisos del Ensanche barcelonés, de familias de la burguesía, ésto era algo que podía percibirse con sorpresa, incluso en las meras manifestaciones estéticas. Se observaba la biblioteca, los libros en francés de Balzac a Paul Morand, se abría una puerta y se entraba en el salón árabe, paredes recubiertas de baldosines y azulejos, espacio inhóspito donde reinaba un frío glacial, ni siquiera compensado por la imaginación de una media luna de narguilés o unas tazas de té humeando. Modas sucesivas habían ido dejando, a través de los años, su huella en la decoración de la casa, modas casi inveteradamente traídas del extranjero, fuese su fuente Pierre Loti, o fuese alguna versión vienesa del Art nouveau.

+ . Fué el drama político de L. Companys: despertó la confianza solamente de un sector de las clases medias urbanas y semirurales, y no pudo ampliar esa base.

Estas escisiones intra-clase eran asimismo, no pocas veces, intra-familia. Las clases altas no practicaban todavía la restricción de nacimientos que era característica de las clases medias urbanas catalanas (ya muy extensas, territorialmente hablando). Significa ésto que únicamente algunos de los miembros jóvenes de una familia se dedicaban a tareas de gestión de la producción y a enfrentarse con problemas laborales, de productividad, de exportación de manufacturas no absorbidas por el mercado español (ya que, como bien observaba Vidal i Guardiola en la entrevista que antes cité con el director de El Financiero, "la miseria se está enseñoreando de muchas regiones de España"). Los otros miembros de la familia burguesa que no estaban obligados a lidiar con problemas de la producción y de la comercialización de ésta, practicaban la fórmula bien conocida de "Vivir de aquí, comprar de allá" [i.e. Paris, Londres].

Este extraordinario desarrollo cultural de Barcelona, que traía a la ciudad una cantidad de figuras mundanas del gran teatro europeo, desde Keyserling en filosofía hasta Webern en música, y que llevaba a las grandes capitales europeas una procesión de intelectuales, artistas, y hombres de negocios catalanes, requería necesariamente una situación política de pleno orden público, nada de barricadas en las calles (como era la tradición anarquista), nada de huelgas revolucionarias ni de encuentros de pistoleros en las esquinas del Paralelo entre sindicalistas amarillos y sindicalistas revolucionarios; requería asimismo un clima de libertad cultural, tolerancia para el infinito abanico del pluralismo cultural intra-clase, y dinero bastante para alimentar una creatividad autóctona. Uno de los leit-motive que aparecían en las conversaciones de los adultos era una especie de añoranza de los años de prosperidad y de tranquilidad que habían caracterizado el periodo de la dictadura de Primo de Rivera, el esplendor de la Exposición internacional, la transformación de Barcelona en urbe que era a la vez centro y límite, centro de cultura plenamente europea, y límite periférico meridional de aquélla, urbe inacabada pero cuya perfección podía presentirse, hermosa en su propia indeterminación final. Más abajo empezaba ya otra cosa, que para los menos enterados en cuestiones históricas era "l'Afrique", y para los más instruidos era una larguísima cuña oriental en el Oeste del Mediterráneo: no Africa, sino una proyección de Arabia y de Siria sobre la Península ibérica. Lo cual implicaba a su vez que había que

mantenerse a la defensiva frente a aquel híbrido ibérico-africano-oriental. La relación con esa otra cosa que empezaba más allá del Ebro estaba cargada de ambivalencia, la clásica contradicción latente en la relación amigo-enemigo. Tanto más cuanto que el enemigo de clase, los anarquistas, los terroristas, los apiladores de barricadas, y todos los agitados y lunáticos reunidos bajo el calificativo-substantivo de "murcianos", se hallaban también dentro del término municipal de Barcelona: empezaban a unos metros más allá del bar "La Pansa", al pie de la plaza de toros de Las Arenas. Traducido en otros términos: aquella burguesía barcelonesa, que estaba culturalmente muy dividida, por desconocimiento de la realidad social practicaba una unificación imaginaria de todo cuanto no era burgués.

Dije antes que se nos daban consejos sobre lo que debíamos hacer, leer, visitar. Recuerdo la clasificación de las gentes en función de la prensa que cada uno leía. La buena gente era el colectivo de quienes estaban suscritos a La Vanguardia, a Las Noticias, o a La Veu de Catalunya. La gente de quien había que apartarse eran todos los que se amamantaban de Solidaridad Obrera, periódico de la revolución social y del comunismo libertario (libertario, ésto es, anti-Marx, anti-Lenin y anti-Stalin), y los lectores de El Diluvio. Estos últimos, se concedía, podían ser en el fondo buena gente, pero eran unos soñadores peligrosos que te echaban en seguida un discurso sobre la fraternidad internacional a través de la difusión del esperanto, sobre la federación ibérica, o sobre el amor libre. Y por supuesto, había toda la prensa y los semanarios anticlericales, bien exhibidos en los kioscos con sus dibujos y caricaturas de curas y monjas fornicando (una especialidad del semanario La Traca) y la prensa erótica, y los semanarios que mezclaban chismografía política y erotismo (como uno de Madrid titulado Crónica, muy vendido en Barcelona). Bien entendido que todo ésto era basura (sic).

La explosión cultural y de los medios de comunicación se produjo en cuanto se entró en periodo electoral y empezaron a salir más periódicos, unos cuantos (incluidos vespertinos) en catalán, y se multiplicaban las manifestaciones pidiendo la libertad de Companys (que había sido condenado a 30 años) y de otros presos políticos. Los estudiantes de bachillerato que íbamos al pabellón del Balmes, entre el edificio de la Universidad y un viejo cine, grande y destartalado como un hangar de aviación, al principio de la calle Aribau, hacíamos

nuestro aprendizaje político de partidos y de banderas. Había tantos partidos políticos de izquierdas que la manifestación no se ponía en marcha hasta que estaba presente un representante al menos de cada partido. Años después una chica universitaria me contaba hasta qué punto todo el asunto era divertido e infantil. "Véte a buscar al federal". (El local del Partido Federal se hallaba en la Plaza Universidad, en una planta baja donde hoy hay un anexo del "Bar Estudiantil", luego hubo una academia de aprendizaje de conducción, y después una agencia de viajes en autobús a Montserrat). El muchacho cruzaba la plaza y volvía: "Que ya viene. Es que está en otra manifestación". Finalmente llegaba el federal, parvo testimonio de su partido, con su bandera republicana estrellada, y con el último ejemplar de la Depêche de Toulouse, recién comprada en el kiosco, asomándole por el bolsillo. Esto era para demostrarnos que el federal era una persona culta que leía francés. (Pero generalmente su periódico era El Diluvio).

Es algo fabuloso la cantidad de información que puede absorber el cerebro de un adolescente, en tiempos en que cada día era diferente del anterior y en que hasta los adultos se habían vuelto como niños. Verdaderamente se creía que todos los problemas de Barcelona, de Cataluña, y de la República española, podrían resolverse en un plazo de meses merced a la común, efusiva, ilimitada, generosidad de todos hacia todos y reciprocamente.

=+ =

C) . El desconocimiento que la burguesía y gran parte de la clase media y media-alta de Barcelona, tenían de su propia ciudad, se revela en la estupefacción con que presenciaron cómo la urbe era invadida, ocupada, violentamente asaltada, por unos millares de marginales sociales que llevaban banderas rojas y negras, insignias CNT - FAI, y fusiles Mauser asomando por las ventanillas de autos "requisados" (es decir, incautados). Que una gran urbe moderna produce cotidianamente junto con la industrialización, una masa de marginales sociales; que las depresiones cíclicas capitalistas quiebran la movilidad social ascendente de las clases bajas (en tanto que sirven de coyuntura para el enriquecimiento de otras, que son siempre una minoría respecto a las anteriores);

que la arbitrariedad de los patronos-empresarios en las relaciones laborales en plantas de pequeño tamaño lo que hace es individualizar el conflicto de clase o de disciplina en la organización del trabajo; que las mejores relaciones laborales se dan cuando hay un interlocutor institucionalizado (ésto es, sindical); que ese choque individualizado produce resentimientos permanentes y que el odio individual cuando crece en hombres de origen campesino relativamente reciente desemboca en venganzas personales; que la difusión pública, a escala gigantesca, de la idea de progreso ilimitado, conlleva necesariamente que quienes se hallan en los espacios sociales urbanos de desprivilegio absoluto quieran alcanzar también ese progreso y que si ésto no acontece, quieran remover por la fuerza los obstáculos políticos que se oponen; que la creación rápida y acelerada de una educación de ateneo de barrio estimula la formación individual de grandes ambiciones pero no da las competencias ni teóricas ni técnicas para implementarlas en la organización social e industrial; todas estas cosas se sabían, al parecer, por unas pocas personas y por unos pocos lectores de libros alemanes y franceses (casi todos social-cristianos), pero eran verdades que la clase media-alta y la clase alta ignoraban en su conjunto.

Los grandes propietarios, aunque no pocos fuesen también de origen rural, tenían a su servicio una cantidad de profesionales liberales, y en sus mismas familias los hijos que no iban a la fábrica, habían cursado, o cursaban, carreras humanísticas. Así en la clase alta y media-alta de la urbe se había creado una cultura que ya no era una mera superestructura libresca encubriendo instintos primarios rurales. Ius versus rus. Esta transformación civilizatoria sí que encubría una cómoda división de papeles. Tanto algunos (bastantes, por lo que supimos después de la guerra y lo que yo mismo averigüé mucho más tarde para mi libro sobre el empresariado catalán) ejecutivos de empresas industriales, en particular los jefes de personal, y no pocos industriales de tamaño medio, practicaban una arbitrariedad consecuente con el concepto irrestricto de la propiedad privada (la equivalencia en Cataluña de lo que en Francia, hasta hace muy poco, se ha llamado le patron de droit divin). Los jefes de personal habían asumido el hábito de ir armados; ésto era cierto (según sé por conversaciones tenidas tres decenios más tarde) en prácticamente todas las empresas de acabados textiles, el llamado ramo del agua, famoso por su conflictividad. Los pequeños patronos no disponían de un excedente monetario suficiente para

contratar permanentemente abogados, y se daba la circunstancia de que tanto algunas asociaciones patronales como algunas de las organizaciones sindicales de la misma rama, eran grupos de resistencia, con depósitos de armas. Los anarco-sindicalistas estaban armados en gran escala, con armamento procedente, en parte, de la liquidación de stocks europeos de finales de la que entonces se llamaba Gran Guerra (i.e., la Primera Guerra Mundial). Por supuesto, los profesionales liberales al servicio de la clase alta y media-alta, y los creadores de cultura autóctona y los importadores de las modas culturales burguesas europeas, ignoraban (en el sentido fuerte de este verbo, el sentido que ignorar tiene en inglés: no querer saber) que el dinero necesario para el desempeño de sus roles había estado, no pocas veces, sangrientamente disputado en la etapa industrial del ciclo del capital. Esta división de papeles reaparece en el Régimen del General Franco, en una forma homóloga, durante los primeros años de dictadura. Había universitarios, juristas, hacendistas, administrativistas, que intentaban construir un nuevo Estado siguiendo principios corporativos y católicos, y no querían saber nada de las ejecuciones, encogiéndose de hombros con un "eso es asunto de la jurisdicción militar". Volveré sobre la cuestión más adelante.

Dentro del gremio mismo de profesionales liberales y de intelectuales y profesores al servicio de la burguesía barcelonesa, la lectura de los textos de la época muestra diferenciaciones que no son meramente derivadas de la desigual calidad de los autores. Había jóvenes profesores con una cierta capacidad autocrítica y llenos de honestidad intelectual, responsables en su trabajo universitario. Creo que es un juicio adecuado cuando se leen obras del periodo como la de Juan Sardá La intervención monetaria y el comercio de divisas en España (edición La España Bancaria, Barcelona, 1936, 280 pags.), o la de Sardá conjuntamente con Lluç Beltran Els problemes de la Banca catalana (Barcelona, 1933, Institut d'Investigacions Econòmiques, 128 pp.). Y había ensayistas que repetían, o reescribían en lengua catalana, un tipo de discurso que ya se daba entre la derecha española en Madrid y en las capitales de provincia: me refiero al discurso político bajo la apariencia de ensayo sociológico, cuyo nudo central es el antimarxismo. A medida que en el ámbito de los debates políticos y sociales se dicotomiza la opinión pública en torno a la simple cuestión de la propiedad privada (de la tierra y de las industrias) o la propiedad colec-

-tiva de todos los medios de producción y de las instituciones de crédito, los defensores de la propiedad privada inevitablemente debían convertirse en correligionarios, estuviesen en Barcelona o en Madrid.

Está en el orden lógico del proceso que desembocó en la guerra civil, que una vez perdidas las elecciones de febrero de 1936, una parte de la burguesía barcelonesa y, desde luego, los terratenientes catalanes, empezasen a considerar que los políticos de la Lliga constituían una defensa más bien débil frente a la revancha social que todas las clases y los partidos no burgueses proclamaban. El resultado fué el redescubrimiento de Calvo Sotelo como economista y como líder político. Durante la dictadura de Primo de Rivera, los expertos catalanes en materia monetaria habían más bien criticado la política de Calvo Sotelo como ministro de Hacienda, pero era en cuestiones técnicas particularizadas y focalizadas en la cotización internacional de nuestra divisa; en lo demás ellos sabían (aunque fuesen pocos en decirlo) que la política de la dictadura de Primo de Rivera trajo una colosal prosperidad a Cataluña (algo que se refleja, aunque sea muy de pasada, en el trabajo de Pierre Vilar en 1934 que antes cité). Después, durante la República, dada la intensidad del conflicto agrario en el campo catalán, y dada la violencia anarquista en los primeros años republicanos, los terratenientes y la burguesía barcelonesa estaban interesados en mantener buenas alianzas, fuese con el gobierno central, fuese con los responsables del orden público, con los juristas del Tribunal de Garantías Constitucionales, y con todos los personajes influyentes en una u otra esfera de acción legal. En 1936 se descubre que Calvo Sotelo había aprendido muchas cosas como economista durante su exilio en París. Esta percepción era correcta. En el cotejo de textos de Calvo Sotelo respectivamente de 1927 y de 1935,

emerge (para el lector que tenga un conocimiento de las políticas económicas en la época) una diferencia que es realmente cualitativa. El que era un técnico en problemas de equilibrio presupuestario, en política fiscal, y en ciertos aspectos de la administración pública y de la Hacienda, portador de imágenes (en el sentido de Boulding) un tanto esquemáticas sobre el funcionamiento del sistema económico y sobre las funciones del dinero y de la Banca en la reproducción capitalista, ha devenido un hombre con visión mucho más moderna y pluridimensional. Basta leer su discurso de 30 de noviembre 1935, El capitalismo contemporáneo y su evolución, pronunciado ante la Academia de Jurisprudencia y Legislación. Ciertamente, como político asume (aunque sin demasiado dogmatismo) la ideología corporativista católica; hay que tener en cuenta que esto era lo que se hallaba entonces vigente para amplios sectores de la derecha civilizada centroeuropea y mediterránea, ideología que ganaba asimismo terreno en Francia y en los países del Este europeo tributarios de las modas francesas o italianas (i.e., Polonia, Rumania), y que acababa de ser positivamente valorada desde el propio Vaticano.

De marzo a junio de 1936 esta ideología corporativista gana adeptos entre los intelectuales de derecha al servicio de la burguesía barcelonesa. Lo que a su vez comporta e incluye el fraccionamiento político del que había sido hasta entonces fiel electorado de la Lliga, la dispersión individual de unos, la radicalización hacia la derecha más autoritaria de otros.

A 55 años de distancia es algo de sumo interés la consideración del libro de Jaume Carrera i Pujal Per un ordre polític i econòmic. Democràcia o dictadura? Economia individual o corporativa?, un grueso tratado de 398 pags. publicado hacia finales del año 1935 por Llibreria Catalònia (con un prólogo de Bartomeu Amengual, secretario-general de la Cámara Oficial de Comercio y Navegación). Se trata de un examen bastante fidedigno de las doctrinas de un extenso colectivo de intelectuales europeos desde Adam Smith hasta Henri de Man. Después del prólogo y de una larga introducción, en la primera pag. del texto numerado con cifras arábigas (pag. 1) puede ya constatarse cuál es el punto de partida doctrinal del autor: "La Revolució francesa, tot i proclamant els drets de l'home, no assegura ni la llibertat política ni l'estabilitat econòmica".

Si bien el objetivo de Carrera i Pujal es la defensa de la iniciativa privada capitalista y la crítica de todas las doctrinas colectivistas (utópicas, anarquistas, comunistas, socialistas, marxistas, etc) a lo largo de su obra muestra asimismo la degradación del sistema representativo, el falseamiento de la democracia a causa de la apropiación de los derechos políticos del ciudadano por la minoría de profesionales de la política, gente sin escrúpulos y sin competencia. Y aunque Carrera i Pujal niega la hipótesis marxista de la pauperización creciente del proletariado, no deja de exponer con cierta extensión los efectos sociales de las crisis cíclicas. La obra es además interesante por la cantidad de textos y documentos que cita. (Incidentalmente añadiré que Marx es tratado de modo poco objetivo y con una evidente ausencia de documentación directa. En un párrafo se llega a imputar a Marx la barbaridad anarcoide de la comunidad de mujeres, una idea que el Marx joven había descalificado en su tiempo como propia de lo que él llamaba el "comunismo de la envidia" o comunismo burdo y primitivo (Rohkommunismus) y que imaginaba como revolución social el simple reparto de los bienes y las mujeres de los ricos. Esta imputación a Marx de una idea anarcoide puede quizá deberse a que en Barcelona los verdaderos enemigos eran los anarquistas y anarcosindicalistas, siendo los marxistas propiamente dichos una pequeña minoría de clase media y algunos letraheridos en constantes discusiones entre ellos).

Ahora bien, lo que aquí importa citar son las conclusiones de la obra, la cual tuvo un eco público bastante intenso en los meses que precedieron, y siguieron, a las elecciones de febrero de 1936. Y estas conclusiones son inequívocas. Constituyen una apología del corporativismo cristiano, o católico, austriaco, i.e., de un sistema que asuma una doble acción y que la institucionalice: **1.** control por el Estado de los excesos del capitalismo liberal; **2.** recuperación del sistema representativo mediante la corrección del sufragio universal inorgánico por la introducción de representación corporativa. Lo que distingue al autor del modelo fascista italiano es su negativa total a aceptar el control de un partido político, o partido único, sobre el Parlamento y las corporaciones. El autor quiere salvar la democracia entonces en crisis. No quiere

una dictadura. Cita varias veces textos de Cambó tomados del libro de éste Les dictadures. (Barcelona, 1929), textos que son portadores de una doble función: contra la dictadura fascista y contra la dictadura de la demagogia. En fin, el autor quiere una democracia ordenada y jerarquizada, un sistema que es muy afin a lo que él mismo ha definido antes como democracia orgánica. (La expresión "democracia orgánica", que tanta indignación ^{nos} provocaba en los años cincuenta cuando la usaba el General Franco, no era una invención de éste. Formaba parte del vocabulario corporativista austriaco; cf. en el texto de Carrera i Pujal la pag. 279). De este resúmen no debe el lector inferir que la obra constituía una especie de preparación para un cambio constitucional radical en el Estado español, y mucho menos que sirviera de cobertura a actos que, como los de Mussolini o Hitler, eran conservadores de la sociedad burguesa usando eventualmente métodos revolucionarios. Hay que comprender el contexto ideológico de la época en toda Europa continental y que las clases medias y la burguesía buscaban caminos para salir de la crisis, tanto de las instituciones parlamentarias, como la de los mercados mundiales.

En febrero de 1936, simultáneamente con las elecciones generales para el Congreso de los Diputados que dieron el triunfo al Frente Popular, en Barcelona el profesor Pedro Gual Villalbí publicó un volúmen de 400 pags. que recopilaba sus artículos sobre política económica en La Vanguardia en los últimos tres años. La obra — Pedro Gual Villalbí: Política económica: escritos varios, Barcelona, Editorial Juventud—, lleva un prefacio del entonces presidente del Fomento del Trabajo Nacional, Luis Bosch-Labrús. El aspecto que aquí quiero destacar, en concomitancia con aspectos anteriormente citados y, sobre todo, con el principal desafío económico que entonces enfrentaban los gobiernos de la gran mayoría de países capitalistas y los empresarios, es el fuerte nacionalismo económico, el proteccionismo casi a ultranza, que impregna una cantidad de páginas de la obra. Hay verdaderos sarcasmos contra el cosmopolitismo y contra la extensión mundial del liberalismo económico; y ésto tanto en el terreno de la doctrina, como en el examen de cuestiones particulares, tratados bilaterales de comercio (con Argentina, Gran Bretaña, etc). Obviamente, la orientación fundamental era debida a presiones inmediatas, a corto plazo, empíricas: la

necesidad de preservar el mercado nacional español y de proteger el empleo en las industrias existentes. En un capítulo titulado "Males del internacionalismo" pueden leerse cosas que son incluso divertidas y que explican que en aquellos años el profesor Gual Villalbí fuese escuchado con fervor por una multitud de empresarios de tamaño medio y pequeño. El texto empieza con una cita de Mussolini, y más adelante dice:

"Lo que entorpece la vuelta a la normalidad (...) es la vana presunción de que se pueden establecer acuerdos universales estables, mediante los cuales los pueblos habrían de gobernarse con sujeción a normas uniformes, aunque contrariasen (...) su naturaleza política y, sobre todo, económica. Este afán por la internacionalización de los problemas y las soluciones uniformistas ha alcanzado tal extensión (...) que (...) se trata de un fenómeno de patología social (...) un debilitamiento progresivo del sentimiento patriótico. (...) (...) Algunos individuos acusan en este aspecto una propensión formidable. Hay quien no ha hecho más que ir a Perpiñán en rápida salida de cuarenta y ocho horas, y vuelve en un estado lamentable, que se manifiesta en el aire de insoponible superioridad, de petulancia, que toma el audaz viajero. (...) (...)

"Cuando los Estados europeos languidecían y el coloso americano insolentemente amenazaba sus economías, se pensó en hacer el bloque de Europa contra Estados Unidos. Ahora que el Japón amenaza los mercados de nuestro continente también se piensa en la unión de Europa contra el pujante Estado asiático. (...) Con estos proyectos modernos de unión europea o unión aduanera continental se quieren evitar las guerras, las rivalidades económicas; pero el principal objetivo es oponerse con todas sus fuerzas a los intentos de otras economías consideradas como peligrosas. Se pretende acabar la guerra con la guerra misma".

(Op. cit., pp. 36 a 39).

En el libro hay otros textos de denuncia del alto capitalismo internacional, el capitalismo de pura especulación financiera y sin contacto con las realidades de la producción. Estos textos expresan, en otro lenguaje, preocupaciones que también se hallan en la conferencia de Calvo Sotelo que antes cité, ante la Academia de Jurisprudencia y Legislación, en Madrid. Incidentalmente añadiré que Gual Villalbí era más bien parco en elogios a políticos y economistas; es una excepción el elogio al servicio de estudios del Banco de España (que por entonces debía de estar aún ocupado, supongo, por Fernandez Baños). Por lo demás, en este li-

-bro el profesor Cual Villalbí dejaba a los lectores que dedujeran por sí mismos la clase de régimen político que era apto para implementar unas políticas económicas tan fuertemente nacionalistas: no había declaraciones políticas sobre la organización del Estado. Es una de las ironías de la historia que un hombre que siempre se había distinguido por su defensa de aranceles altos y de una diplomacia comercial combatiente frente a los otros Estados, fuese llamado veintidós años después a ser ministro del General Franco, para un periodo de política económica que debía consistir en la progresiva apertura de la economía española al mundo exterior y en el desmantelamiento de los controles políticos, que aún persistían, sobre el sistema productivo.

D) - Con el retorno de Lluís Companys al gobierno de la Generalitat y con la victoria de una coalición de izquierdas en Francia (finales de abril y primeros de mayo, 1936), se hunden los castillos de papel, la seguridad y el optimismo que habían dado el tono vital a tantas familias de la burguesía barcelonesa durante 1935. Deja de hablarse de traer inversiones extranjeras y de fomentar el turismo. En vez de atraer capitales, se exportan capitales a Londres, a Suiza, a Buenos Aires. La escisión en el seno de las familias puede reconstruirla por fragmentos de diálogos, por instantáneas cazadas a veces al azar, perfiles humanos cargados de significación en un tiempo en que todo empezaba a ser trágico. Las chicas jugaban aún al tennis y cada muchacha con una raqueta podía creer que imitaría a Lili Álvarez. De escondidas (o quizá ya ni siquiera con necesidad de esconderla) leían La Garçonne de Victor Margueritte. Los muchachos asumían una frivolidad prematura como narcótico de una creciente perplejidad. Usando una expresión alemana más de nuestros días, la vida alternaba para ellos entre los dos polos: Makrofrust / Mikrolust. Los mayores descubrían de pronto que estaban a la puerta los años de decisión así proclamados por periodistas que habían leído a Spengler. Las mujeres tenían retornos espectaculares a la religiosidad y a la Igle-

-sia. Algun joven que habia ido a Italia volvía cantando una canción hasta entonces desconocida, Giovinezza. El poder amigo habia que buscarlo en Roma: en las dos Roma, la del Papado y la de Mussolini.

Pues era obvio que el poder capaz de garantizar la existencia como clase de todas aquellas familias, ya no existía en Cataluña. El ambiente en la calle, en las continuas y tensas discusiones en los cafés, en las barberías, en los corrillos de las Ramblas, en la acera de la Universidad y hasta a las puertas del Balmes, eran signos sin ambigüedad: los acontecimientos se empujaban unos a otros y marchaban hacia un enfrentamiento final. Uno de aquellos signos era el delirio catequístico generalizado: cada espontáneo en la acción política creía poder convencerte con apenas una hora de conversación y creía poder reclutarte para que te transformases tú mismo en nuevo activista. Al caer la tarde no había día sin una o dos visitas de algun paisano que trabajaba en Barcelona, o de algun conocido que de pronto revelaba una súbita amistad por nosotros, o de alguien con quien se había estado jugando al ajedrez en el café de la esquina. Unos traían recortes de prensa madrileña (entonces no había fotocopiadoras) con discursos de Gil Robles o de Calvo Sotelo; otro traía ejemplares de una revista de cubiertas rojas titulada Leviatán. El portador de esta revista era un perito químico, paisano de Soria; vivía en Gracia, tomaba cada día el tren en el apeadero de la calle Aragón para ir a trabajar en una fábrica más allá de El Prat, volvía a Barcelona por la tarde, y tomó la costumbre de caer por casa todos los días, dejándonos prensa socialista. Como ilustración de lo que pueden transformarse las biografías en tiempos en que el cambio político y social es como un terremoto, algo geológico, diré que este joven combatió en el ejército republicano, estuvo escondido, se alistó en la División Azul para ir al frente del Este, y se pasó a la Unión Soviética, donde desapareció. Y como ejemplo de hasta qué punto las relaciones interindividuales se hallaban ya afectadas, en unos casos quebradas y en otros casos transformadas en genuinas hermandades, diré que yo tenía una gobernanta, viuda de un alemán, que sin ser beata era una mujer sinceramente religiosa; cuando el portador de Leviatán aparecía por casa, la buena señora rehusaba hablar con él y se metía en su habitación. Si por azar coincidían dos visitan-

-tes de fé política antagónica, la situación podía devenir inmanejable. Es más: las fórmulas de cortesía desaparecieron súbitamente ya antes del 18 de julio, especie de premonición del igualitarismo generalizado. Mi padre dejó de ser "don Luis" para convertirse de pronto en "Pinilla" a secas. Algunos días a la semana venía un barbero, ya a última hora de la tarde. Mi padre tenía una colección de navajas de afeitar que se guardaban en estuches de cuero que llevaban un escudo alemán encima de la palabra Solingen. Esta palabra y el escudo se hallaban asimismo grabados en la hoja de acero, la cual debía ser pasada varias veces por un aparato, también diseñado ad hoc para aquel ritual, llamado el suavizador. Una tarde el barbero, que era un hombre que había sido repatriado de La Habana y tenía su familia en la Plaza Española de La Torratxa, dijo de pronto al terminar su trabajo: -- Pinilla, usted no necesita cuatro navajas. Con una tiene bastante. -- Mi padre se quedó silencioso, mirándole fijamente. El barbero se metió dos navajas en el bolsillo y se marchó. A los pocos días era el 18 de julio y no le vimos más. Debo añadir que no se trataba de ningún agitado; era un hombre amable, triste, y con cierto placer conversacional. Mi padre había comprado al editor González Porto (que tenía una oficina en Plaza Cataluña) la primera edición en ocho volúmenes de una enciclopedia ilustrada titulada El Libro de la Cultura. Había allí una serie de artículos sobre Cuba y sobre La Habana, con fotografías en papel que entonces se llamaba "couché". El barbero se sintió como enternecido un día que le enseñé las fotos. -- Sí, ésto es El Vedado. Sí, ésto es Camagüey, etc. -- No hizo después sino reflejar lo que era el ambiente general en el país: había llegado la hora del reparto. Todo ésto afectó mucho a mi padre; pues uno de los motivos para venirnos a Barcelona era que en el pueblo mi padre había sido objeto de amenazas tanto desde la derecha como desde la izquierda (entre ellas de un familiar casado con una sobrina ; este hombre vive todavía). Los renteros no pagaban, la miseria era general a causa de las importaciones de cereales que hizo el gobierno de la República para mantener bajos los precios del pan en las grandes urbes y entre el proletariado industrial, y cada día venía gente a pedir dinero o a que les compras media docena de huevos, por favor. En una aldea de apenas 500 habitantes había dos médicos (el de la gente de derechas y el de la gente de izquierdas), dos farmacias, dos comadronas, dos barberías, dos cafés, dos fondas, dos relojeros, cada uno tratando de subsistir y odiando al otro, y con la clientela políticamente diferenciada (y religiosamente: los que iban a la iglesia y los que no).

Con el proyecto de hacer de Barcelona la sede de una Olimpiada obrera u Olimpiada 'roja' en respuesta a los Juegos Olímpicos de Berlín que estaba organizando el gobierno alemán (con Hitler en el poder desde 1933), Barcelona se convirtió en la capital antifascista europea. La urbe se llenó de perseguidos por todos los regímenes nacionalistas, dictaduras militares o imitadores del fascismo italiano o del nazismo alemán, desde Portugal a Hungría y desde Italia a Polonia. En los jardines de Montjuich, en torno a las tres grandes fuentes luminosas, entre esculturas ya degradadas por el vandalismo, cada día festivo se reunían grupos de obreros en desempleo, marginales sociales, público para catequistas de sectas protestantes y de los partidos revolucionarios. Así un domingo vimos que ya no se hallaban en situación de monopolio los folletos de Bakunin y de Kropotkin: aparecieron folletos con textos de Lenin y de Stalin, editados por "Europa-América, Madrid y Barcelona". Se vendían a una peseta, pero si se hablaba con el activista, podía regalarlos. Algunos de aquellos folletos con una gran foto de Stalin en la portada, están todavía en mi biblioteca. Bajo el régimen del General Franco estuvieron metidos en sobres blancos, en los espacios que había en el cuarto de baño entre la bañera y la pared, ocultos por una decoración de paneles de uralita.

El asesinato de Calvo Sotelo fué correctamente interpretado por algunos de nuestros conocidos burgueses, y salieron de Barcelona en los días precedentes al 18 de julio.

En 1939 reempalmamos con algunos. Las distancias de clase se habían acrecido. Ellos, los vencedores, sabían que nosotros éramos culpables de ingenuidad o de tontería. Hablaré más tarde de todo esto.

I. 2. 2.

=====

Los oasis de libertad.

A) . Mi descubrimiento real, auténtico, de la ciudad, es un proceso que data de los meses siguientes a julio de 1936. De hecho fué una aventura cuyo horizonte se ampliaba semana a semana, trayendo a los ojos, a los oídos, y casi físicamente a las manos, objetos nuevos.

El curso de bachillerato se reabrió muy tarde, y aunque mi padre me buscó una academia que estaba en Muntaner esquina a Gran Via, dirigida por dos chilenas (una de ellas casada con un profesor francés) puede decirse que las horas de escolaridad en aquel año, e incluso en parte del año 1937, fueron tan pocas, que el tiempo se abrió de pronto como un bien casi ilimitado: tiempo, espacio, y libertad. Los adultos se ocupaban ya de conseguir comida, ir a las colas o a los mercados, tratar de localizar a conocidos que habían desaparecido, o conseguir algún favor urgente y pragmático solicitándolo a gente políticamente tratable y que poseía alguna clase de poder en los intersticios que permitían los anarquistas, todopoderosos y omnipresentes. No pocas personas de clase media se afiliaron a la UGT y al PSUC, organizaciones que sentíamos que debían ser apoyadas y fortalecidas (con deber no solamente político sino también moral) frente a los incontrolados rojinegros y frente a los pistoleros de las "Patrullas de control" .

Mi descubrimiento de la ciudad empieza por la libertad de ir al cine con algún chico o una chica. Ir al cine sin la vigilancia de un adulto había estado rigurosamente prohibido entre las familias de clase media como la nuestra. Nuestro cine era el Volga, muy próximo a casa; era una sala que tenía únicamente platea, una enorme platea, y estaba en la Gran Via entre Viladomat y Borrell, en la acera del chalet de la casa Golferichs. En la planta inmediatamente superior (y úni-

-ca) apareció hacia finales de 1936 una oficina de distrito de 'Estat Catalá'. La sesión era continua, desde 3 o 3 1/2 de la tarde hasta medianoche: tres películas largas, dibujos de Walt Disney y el noticiario Fox Movietone. Todo ello duplicado a lo largo de la tarde y la noche. Después de la guerra obligaron a este cine a cambiar de nombre (por lo visto Volga sonaba a ruso) y le pusieron Gloria. Hoy hay allí un gran edificio de apartamentos y tiendas. Tanto mi padre como la gobernanta eran personas de un puritanismo riguroso. No he podido olvidar que un día mi padre consideró absolutamente intolerable una escena de una película americana (que debía ser de 1932 o 1933, antes de la instauración de la censura en Estados Unidos), se levantó de la butaca y nos hizo marcharnos (todos) a casa. Recuerdo el film: era una comedia de la Metro-Goldwyn-Mayer, con Joan Crawford, Clark Gable y Otto Kruger como protagonistas. Su título, algo así como "Encadenada" o "Encadenados". La mayor parte de la acción transcurría en un transatlántico de lujo entre Nueva York y Buenos Aires. Clark Gable era una especie de estafador o de gigolo en trance de cazar a una millonaria casada con un hombre de negocios mayor que ella. Mi padre estaba encantado con las escenas en Buenos Aires (que entonces empezaba a tratar de imitar a Manhattan, con algunos rascacielos en el Bajo), y de pronto resultó que en unos trigales en una hacienda en la Pampa, había una escena de un realismo erótico verdaderamente inhabitual, con Joan Crawford tendida en tierra y Clark Gable encima, mientras el viento hacía ondear los trigales. Este film lo recuperé meses más tarde, con cierto alivio, como quien consigue la reparación de una injusticia.

Después descubrí que había, en las clases medias barcelonesas, chicos y chicas que estaban peor que yo: no se les había llevado nunca al cine, ni se les había permitido ir solos. Y ésto era algo de una gran trascendencia: porque en aquella época el cine era el gran portador del cosmopolitismo. Había en Barcelona una cantidad enorme de cines, desde el Paralelo hasta el Paseo de la Bonanova, y desde la calle Cruz Cubierta hasta más allá de la plaza de la Sagrada Familia. La inmensa mayoría eran de sesión continua, lo que exigía la contratación de películas à gogo, americanas, francesas, alemanas, inglesas, e incluso

rusas. Sólo una parte estaban dobladas en español; el resto eran en versión original con subtítulos. Lo cual significa que una generación de gente joven (o más de una generación) inmersa en la vida de la urbe, sabía un montón de cosas sobre América y sobre los países europeos y sobre Alemania (gracias a los films de la Ufa) y sabía de memoria docenas de nombres de artistas y de directores y las fechas de las películas importantes, etc. Dado que había asimismo films que eran como documentales políticos o sociales, y que nunca faltaba el Noticiario de la Fox o de la Paramount (el noticiario de la Ufa desapareció entre 1937 y 1939) en aquellas generaciones se construía asimismo una especie de stock de conocimientos históricos, cada adolescente identificando una cantidad de personajes y de hechos de la Europa de los que eran dos decenios últimos. Ahora bien, este fenómeno social era propio de una parte de las clases medias, las que estaban plenamente secularizadas y habían escapado al control ideológico y cultural de la Iglesia, y, sobre todo, era visible en la clase obrera urbana. En estos colectivos creo que puede afirmarse sin demasiado error, que era débil la probabilidad de que alguien dudase sobre las fechas de la Gran Guerra, sobre quiénes habían sido los Aliados y quiénes los Imperios Centrales, o sobre la sucesión de las revoluciones en Rusia, o sobre la guerra de Marruecos, o el nombre del monarca que había ido al exilio en abril de 1931 (añadiendo en este caso alguna palabra insultante). Creo que era poco probable un fenómeno como el que acontece hoy, cuando uno encuentra entre alumnos de universidad quienes ignoran (y además no les importa) si la última guerra civil española ocurrió antes, simultáneamente, o después, de la Segunda Guerra Mundial.

Había en las clases medias urbanas y en la clase obrera una auténtica fiebre de aprender. Las bibliotecas públicas estaban siempre llenas, hasta el caer de la noche. Saber era antea-la, o sinónimo, de poder.

La pasión y la reverencia por la lucidez intelectual, por la razón racional y laica, y por el conocimiento científico, no era algo súbito ni algo exclusivo de Barcelona. Estas cosas no se improvisan ni nacen por generación espontánea. La dictadura de Primo de Rivera ya había iniciado una ampliación del gasto público en educación, tendencia que fué desarrollada durante la República.

Asimismo los municipios se pusieron a construir grupos escolares o ampliar los existentes. En Cataluña la obra en materia de educación pública, durante el periodo republicano, fué no sólo impactante por su magnitud, sino también por la modernidad pedagógica, un ejemplo modélico para el resto de España. El esfuerzo en materia de educación (o "instrucción pública" como se decía entonces) fué uno de los agentes creadores de legitimidad republicana, un elemento que explica que hubiese tanta gente que sintiera que la República era algo que debía ser defendido. Al mismo tiempo, sin subvenciones públicas, una cantidad de editoriales privadas en Barcelona, Madrid, Valencia, etc., lanzaban continuamente al mercado títulos y títulos en ediciones relativamente baratas. Otra cosa es qué asimilaban los lectores de no pocas de aquéllas obras, la mayoría traducciones de todo el abanico intelectual europeo desde el siglo XIX. Ya Unamuno, en una carta a Maragall, había dicho, poco después de doblarse el siglo, que la lectura de Nietzsche por los señoritos madrileños llevaba a éstos a afiliarse al partido de don Antonio Maura (bastante poco nietzscheano, ni como persona ni como político). Sin duda había proporciones trágicas de papanatismo por todo cuanto viniese del otro lado de los Pirineos. Periféricos y provincianos, los neófitos intelectuales españoles tomaban por buen metal lo que era chatarra. En el caso de la burguesía barcelonesa emergen claramente las dos vertientes de todo el proceso. Por una parte, la construcción de una cultura clásica sólida e indispensable, propia para las élites políticas y culturales mejor formadas: era el caso de la biblioteca de clásicos griegos y latinos, Bernat Metge, con ediciones bilingües. Viendo aquellos volúmenes se palpaba la trascendencia del clásico para la formación del espíritu dirigente, de igual manera que a los hijos de las familias inglesas se les metía desde pequeños, con una disciplina durísima, el conocimiento del griego o el latín. Por otra parte, la subyugación ante manipuladores de otras fracciones de las élites, los autores o conferenciantes de moda. Era el caso del Conde Hermann von Keyserling. Este personaje fascinó en los años veinte y principios de los años treinta a un repertorio de públicos en Barcelona, Palma de Mallorca, Madrid, y Buenos Aires. Cuando se supo su muerte a principios de 1946, la revista cultural

barcelonesa, Leonardo : las Ideas y las Formas, le dedicó 23 pags., la parte central de un número (año II, vol. XIII, 1946) con el inevitable, casi fraternal, artículo de Joan Estelrich, amigo del Conde y de su familia. Aunque en los tratados de Historia de la filosofía apenas se cita a Keyserling y se le considera un epígono de Spengler (véase el desprecio con que le trata Lukács en El Asalto a la Razón) en Barcelona la élite de la Lliga lo estimaba un verdadero filósofo, su foto salía en La Vanguardia y en las revistas culturales, y había quien le seguía hasta Palma o Madrid para continuar escuchando su inteligente, brillante, discurso testimonial de la buena Europa decadente, pronunciado en francés. Parece que Keyserling salvó la vida en la Alemania hitleriana porque estaba casado con una condesa Bismarck-Schoenhausen. En 1947 el editor José Janés publicó en Barcelona la Autobiografía del escritor mallorquín Miguel Villalonga, y en ese librito extraordinario y patético hay toda una pintura de la sociedad cosmopolita de la pre-guerra en Palma, en unos años en que Palma era, en la materia, la capital, y Barcelona la sucursal. Y allí Miguel Villalonga dedicó unos párrafos a Keyserling,

"La dirección del primer hotel de la isla invitaba al Conde de Keyserling a dirigir una "Semana de Filosofía". Los huéspedes tendrían derecho a dirigir preguntas al conde filósofo, y el filósofo (los tiempos devenían duros) tendría obligación de contestarlas. Era Keyserling un gigante del Báltico, desbordante de vitalidad (...) Su inteligencia era fuerte como sus músculos, jocunda como sus carcajadas. Sabíamos que en Darmstadt dirigía una Escuela de Sabiduría. Sin negar el valor de algunas de sus obras, como Análisis espectral de un Continente, siempre me pareció cosa de circo la famosa vitalidad de Keyserling. El caballo o el atleta circense poco significan fuera de la pista. En la pista llenan su cometido y son dignos de aplauso. A Keyserling no le faltaban por entonces pistas excelentes. Era la hora del ensayismo y hasta las damas de sociedad jugaban a ser cultas. (...) Un año o dos más tarde, Keyserling volvió acompañado de otro filósofo, el conde von Kessler, y los diálogos socráticos se ennoblecieron. Von Kessler, con menos escenografía que Keyserling, poseía un verdadero talento dialéctico y una cultura de solidez y profundidad germánicas. ¡Qué lejana se nos aparece ya aquella Europa! Nadie se preocupaba, antes de esa guerra (...) del precio de las patatas o del azúcar. Todos disponíamos de actividades

.../...

sobrantes: todos éramos, por consiguiente, ricos. Azorín había visto en París chóferes de taxi que leían a Bergson. De tal manera se ha empobrecido el continente en pocos años, que las personas muy jóvenes no podrán ya entenderme y tomarán a jactancia el que les diga que de la civilización europea (...) no han conocido sino los desperdicios".

(Miguel Villalonga, Autobiografía, J. Janés editor, Barcelona, 1947, pags. 192 - 199).

Si de las palabras de Miguel Villalonga pudiera inferirse que el cosmopolitismo era por entonces asunto solamente de unos snobs y de unas élites intelectuales en las clases altas, esta inferencia sería históricamente errónea. El cosmopolitismo penetraba como la embriaguez de un buen licor en una parte de las clases medias y en la propia clase obrera. Claro es: los autores no eran los mismos. Unos leían a Keyserling, a Emil Ludwig, a Paul Morand, a Stefan Zweig, y otros leían a Barbusse, a Kropotkin, o a Trotski. Y ciertamente, había fracciones de clase media que se mantenían alejadas del océano cosmopolita y cinematográfico: los chicos y las chicas no habían ido al cine, y los adultos les permitían leer obritas de Folch i Torres, traducidas.

Las niñas del tercero no tocan el piano,
(no quieren que las oiga el vecino de enfrente,
no vaya a figurarse...) Hablan en castellano,
su padre fué intendente.

(M. Villalonga, Op. cit., pag. 62).

B) . Fué la educación cosmopolita la que, aplicada en el descubrimiento de Barcelona, usando y abusando del tiempo, el espacio, y la libertad, me permitió ver que ésta era apenas una ciudad: era, o bien urbe, o bien un agregado de barrios. Dicho en otros términos: el conglomerado de los barrios forma una urbe, sin que los barrios se fusionen en ciudad.

Digo que fué la educación cosmopolita la que me permitió ver este aspecto, porque en los primeros años de la República la enseñanza del francés era algo obligatorio, un componente indispensable entre los bienes intelectuales de adolescentes y adultos. Yo había tenido ya en Soria (y ésto en una aldea de apenas 500 habitantes, en la escuela pública) un maestro que conocía relativamente bien el francés. Al venir a Barcelona, el profesor de Lengua francesa en el Balmes, M. Mendés, un hombre alto, delgado, con bigote grande y blanco, con una figura que parecía salida de una ilustración del siglo XIX, me dió mi único sobresaliente. Y en francés está clara la diferenciación conceptual entre cité, ville, y phenomène urbain. Barcelona era más bien las dos últimas cosas, y mucho menos la primera, cité.

Era minoritaria y clasista la conciencia cívica ciudadana, la percepción de la ciudad como una unidad política, un espacio de convivencia familiar y de ejercicio de una virtud cívica, la ciudadanía. Esta imagen y esta valoración las habían poseído las familias que construyeron el moderno centro burgués, habían matrimoniado entre ellas, vivían en grandes apartamentos de alquiler pero con una relación personal e individualizada entre propietario e inquilino, de modo que éste podía ser más rico y millonario que su propietario, pero hallaba un placer estético en vivir precisamente en aquella casa del Ensanche y en ser inquilino de determinada familia. Eran las gentes que te hablaban con estudiada, estratégica reverencia, de una serie de grandes alcaldes, el último de los cuales había sido el Barón de Viver. Gentes que tenían como recurso di-

-vertido en medio de una conversación aburrida, decir pestes de los alcaldes republicanos, particularmente de Pich i Pon, paradigma del saqueo de las arcas municipales y del que, se decía, cobraba comisiones hasta por los lápices que se suministraban a las escuelas.

Era la educación cosmopolita la que te permitía, además, cierto distanciamiento. Considerabas al público de cada barrio con una curiosidad casi etnológica. Esto era singularmente así en los intermedios de un cuarto de hora a veinte minutos en los cines, cuando salías al vestíbulo (te daban una cartulina para poder volver a entrar) a comprar cacahuetes, palomitas, o algún chocolate, si la chica que nos acompañaba a los muchachos era simpática y lo merecía.

Cada barrio parecía tener su subcultura. Había alguno, como el de Gracia, que era casi exclusivamente catalanoparlante. Esto era más bien contradictorio con la programación de la larga serie de cines que poblaban la calle Mayor de Gracia, entonces llamada calle Salmerón (nombre que conservó todavía dos o tres meses durante el Régimen del general Franco, hasta que alguien estimó que el nombre del presidente de la efímera primera república, debía figurar en la lista de los definitivamente proscritos por la nueva Historia). En primer lugar, los cines de la calle Salmerón llevaban, en su mayoría, nombres ingleses como Select Cinema, Smart-Cine, etc.; y en segundo lugar, sus programas incluían una cantidad de películas abominables de folklore andaluz, de Imperio Argentina, Miguel Ligeró, etc. El problema era cuando querías ver alguna de las grandes comedias de la Metro, y este film venía el último de la sesión continua; al terminar la película, tenías que salir corriendo para encaramarte a la imperial de un tranvía y bajar lo más rápidamente posible a la Gran Vía, ya de noche.

Era otro de los efectos del cosmopolitismo en la educación. Habría que definirlo como europeísmo fanático. Mi padre no solamente no había ido jamás a una corrida de toros, sino que juzgaba la fiesta como un espectáculo bárbaro, propio de un pueblo primitivo. Había leído, cuando vivía en Madrid (en la época en que el Vizconde de Eza era alcalde de la capital) cosas de Eugenio Noel

contra las corridas de toros, y desde luego aprobaba visceralmente que el gran diario educador de las clases medias y de los públicos ilustrados (i.e., El Sol) se negase por principio a publicar una línea sobre toros y toreros. Como muy bien habían dicho Costa, y Ortega, y Marañón, y algunos entre los intelectuales al servicio de la República, los problemas de España no tenían otra solución que Europa. Debo añadir que desde muy pequeño yo viví en Soria este ambiente. En Soria-capital no había guarnición ni obispado, se votaba a diputados republicanos centristas, y allí habían vivido algunos insignes intelectuales perseguidos por la dictadura de Primo de Rivera. El principal periódico de Soria, propiedad de una rama de la familia de mi madre, llevaba el dieciochesco título de El Avisador Numantino, era de orientación republicana centrista, no tenía nada de numantino, y murió con el alzamiento militar. La idea de pertenencia a Europa era, entre la gente educada, algo tan natural en aquella pequeña ciudad como en el centro burgués de Barcelona. Las corridas de toros por las fiestas de San Juan eran desaprobadas por una buena fracción de la clase media urbana, tardía heredera de valores laicos y cosmopolitas de la Ilustración francesa. Y además la dureza del clima, con nueve meses de invierno, obligaba a leer y a comentar lo leído. Consecuentemente, existía en esa fracción de las clases medias un cierto desprecio por la superficialidad, el estetismo vacío, el desplante espontaneista presentado como prueba de hombría, el igualitarismo populista, rebelde a la ilustración y al perfeccionamiento del carácter de cada ser humano. Incluso el clero era más tolerante e ilustrado que el de las ciudades levíticas de Castilla la Vieja (hablo de antes de la Guerra Civil, cosa que es preciso recordar). Por la radio se oía más EAJ 1, Radio Barcelona, que EAJ 7, Madrid, entre otras cosas porque Radio Barcelona tenía una pequeña orquesta propia que no pocas veces incluía música de cámara, y porque un escritor barcelonés de cuentos y relatos cortos, Vicente Díez de Tejada, fascinaba a los adolescentes y a las mujeres ingenuas con su cuento dicho ante el micrófono, por el propio autor, en un castellano perfecto, bien escrito, y muy digno de los valores tradicionales de lo que la clase media aspiraba a representar en la sociedad, como clase culturalmente hegemónica. De aquí que tanta gente de Soria-ciudad tuviese una admiración implícita por una cantidad de rasgos de las clases medias catalanas, urbanas, el espíritu de trabajo y de ahorro, el europeísmo, el rechazo del folklorismo andaluz, etc.

Del Tajo para abajo
 Todos al carajo,

era un dictum popular que yo recuerdo desde mis primeros registros

mnemotécnicos. De lo que en Soria-ciudad no había ni idea era de la creatividad cultural autóctona, proceso que es posible en una gran ciudad como Barcelona y que no era posible en una pequeña capital provinciana que apenas llegaba, entonces, a diez mil habitantes. De aquí el mimetismo de la cultura francesa de un modo provinciano, asistemático, desordenado y acrítico, la aprobación beata de párrafos de Ortega, o de El Sol, cuando esta gente se ponían europeizantes, lo que implicaba la actitud históricamente fatal para un país, "¡Que inventen ellos!" del iberista Unamuno. Por supuesto, en Barcelona también había provincianos de ese tipo, jóvenes que se creían rebeldes porque nunca habían puesto los pies en Roma ni en Madrid, y que necesitaban vitalmente ir cada año por lo menos un par de veces a París. Pero al mismo tiempo había en Barcelona críticos de un nivel más avisado, capaces de cierto distanciamiento.

Volvamos a la Barcelona de la segunda mitad de 1936 y principios de 1937.

La parvedad y la endeblez de la conciencia cívica, y de su acción colectiva o ciudadanía, se demuestran en la indiferencia y en la inhibición con que todas las clases sociales asistieron a la pavorosa degradación de la ciudad en los meses que siguieron a julio de 1936. Las relaciones sociales se envilecieron con una rapidez de vértigo, haciendo excepción dos ámbitos que merecen ser citados. Uno, el de la solidaridad que de pronto descubrieron las clases altas, entre ellas. Claro es que, huyendo de la muerte, era para sus miembros una cuestión vital el esconderse unos a otros, o buscar un modo de embarcar en algún navío alemán, o italiano, o británico, anclado en el puerto, o conseguir amigos y cómplices para llegar a la frontera francesa e ir, sea a Italia, sea a otro país, en espera de la ampliación del territorio bajo control del Ejército sublevado. La solidaridad no había sido precisamente una de las virtudes cívicas que distinguiesen los comportamientos de las clases altas; fueron necesarias circunstancias trágicas y adversas para que se despertase o se practicara. El otro ámbito de relaciones sociales que merece ser mencionado era un producto de la fragmentación de la urbe en barrios con subculturas propias, y de la marcha de la guerra civil, desfavorable para las fuerzas antifascistas. En los barrios propiamente obreros, una vez que los anarquistas y trotskistas fueron barridos por la Guardia de Asalto Republicana enviada desde Valencia en mayo de 1937, se desarrolló una positiva conciencia obrera cuyo

principio de unidad era la resistencia contra el fascismo. Lo que estoy diciendo es muy importante: desapareció la quimera del comunismo libertario y primitivo. Se acabaron los tranvías pintados de rojo y negro custodiados por un auto con milicianos con fusiles: ellos hacían "su" revolución en vez de ir al frente de Aragón o al de Andalucía. Se terminaron las emisiones de papel moneda por cada comité local, de cada pueblo, de la CNT-FAI, papel que no servía en el pueblo vecino ni en los otros, pues es cosa sabida, desde siglos, que para un español el enemigo empieza al otro lado del término municipal. Se acabaron las requisiciones de pisos del Ensanche, con expulsión o asesinato de sus habitantes, saqueo de los bienes y, si podían, de las cuentas bancarias. Quienes habían estado en hipócrita silencio frente al Terror plebeyo (uso una expresión del Marx joven, aplicable al caso, si bien Marx la escribió respecto a determinada fase de la Revolución francesa), encontraron de pronto que habían recuperado la lengua. Por fin iba a establecerse una disciplina de guerra. En los barrios obreros emergió un orgullo de clase porque la clase obrera española era ya en aquel momento el solitario héroe internacional decidido a sacrificarse en la lucha contra unos fascismos triunfantes a escala europea (y asiática). Esta nueva conciencia obrera era algo materialmente palpable, casi físicamente perceptible, en cuanto salías de la cuadrícula del Ensanche y tenías que desplazarte a un barrio obrero (entre otras cosas, a buscar comida suplementaria de la que podía comprarse con los cupones de racionamiento). Pero ya entrado el año 1938, en cuanto el Ejército de la República perdió la batalla de Teruel, prácticamente todo el mundo se percató de que la unidad antifascista llegaba demasiado tarde. En la Sociedad de Naciones las democracias occidentales le habían regateado de tal modo los apoyos al gobierno republicano, que de hecho le estaban prestando cada día servicios (por la vía privada) al gobierno del General Franco. Solamente la Unión Soviética siguió ayudando con aviación de caza, armas, y camiones, hasta que Stalin decidió también retirarse ante el riesgo de un ataque alemán contra las propias fronteras rusas (algo previsible desde que las democracias occidentales accedieron a la desmembración de Checoslovaquia en septiembre de 1938). En aquellos últimos meses de la guerra civil la conciencia obrera se volvió antieuropea y xenófoba. Todo el resto del mundo eran nuestros enemigos, con la excepción de aquellos infelices ex-combatientes de las Brigadas Internacionales que un día habíamos visto desfilar, en

penoso adiós, bajo las palmeras de la Diagonal. Por doquier se producía la coalición de capitalismo, fascismo, e Iglesia, contra la clase obrera española.

Así era como se percibían las cosas.

Cuando uno, sea burgués o sea proletario, se siente acosado por todas partes, es verdaderamente difícil pensar, sentir, y actuar, como ciudadano. La defensa cotidiana del espacio vital individual, con uñas, dientes, y coces, se transformó en el pan de cada día y de cada noche. La ciudad dejó de ser un escenario hecho con amor y con arte, un espacio de libertad y de tolerancia. El propio contexto material fué arruinado, a veces por obra de la Naturaleza (como la plaga de orugas pardas y sangre verde que por miles devastaron los árboles de la Gran Vía en el otoño de 1936), otras veces por obra del vandalismo de los marginales sociales. En el Paseo central de la Exposición (antes, o ahora, llamado Paseo de la reina María Cristina) quedaron arrasadas las dos filas de obeliscos luminosos que iban desde las torres de acceso en la Plaza de España hasta la altura del restaurante La Pérgola; los cristales blancos y amarillos fueron apedreados, y la gente se llevó las bombillas por docenas. Las estatuas del parque fueron mutiladas o se les añadieron pinturas fálicas. Los combates de mayo de 1937 contra los anarquistas dejaron su testimonio, en forma de rosarios de agujeros por bala de ametralladora, en las paredes de ladrillo rojo de los edificios de la Plaza de España que debían haber albergado, en julio de 1936, la Olimpiada popular antifascista. Cuando llegaron los cortes de energía eléctrica y los bombardeos de la aviación prestada al general Franco por el gobierno de Mussolini, la gente dejó de llenar los cines y se refugió en sus casas. Y así se produjeron también cosas portentosas y sorprendentes: y es que volvimos a los libros. Casi toda la Biblioteca Freya, de la editorial Apolo, la leí por entonces: varios tomos de Stefan Zweig, novelas de Paul Heyse y de Robert Louis Stevenson, textos clásicos hindúes. Hay un acontecimiento intelectual que merece citarse, porque es la prueba inequívoca de la stimmung que iban asumiendo las clases medias barcelonesas. El ensayo del ex-marxista ruso Nikolai A. Berdiaev titulado Una nueva Edad Media, alcanzó su octava edición en noviembre de 1938 (Nicolás Berdiaeff, Una nueva Edad Media, Edit. Apolo).

Este librito debió ser (desde luego, lo fué) instrumento de confortación moral, espiritual e ideológica, para una infinidad de adultos de clases medias barcelonesas que, aunque habían sido republicanos, no habían transigido con los incendios de iglesias y los asesinatos de religiosos. Las sucesivas ediciones durante la guerra muestran que la obra de Berdiaev les aportaba ideas que ellos estimaban positivas, seguridades tanto o más necesarias que la escucha clandestina, al caer la noche, de radio Sevilla o radio Salamanca. Allí Berdiaev decía a sus lectores que estaba terminándose la época de la general ilusión en el progreso ilimitado, que volverían las religiones a informar las culturas, que el proletariado podía tomar el poder pero nunca podría mantenerse en el poder porque el poder no es un derecho y porque el poder jamás ha pertenecido ni pertenecerá al mayor número: ello se contradice con la naturaleza del poder.

Así, mientras una minoría de la población de la urbe trabajaba en el esfuerzo de guerra, en descargar barcos con alimentos o armas, y en las fábricas de municiones, y enviaba a sus hijos al frente, otra minoría de la población agotaba una edición tras otra del texto de Berdiaev, y escondía a sus hijos, o los filtraba hasta la frontera para que pasasen a "la otra Zona", o conseguía emboscarlos en empleos burocráticos en la retaguardia. Esta minoría terminó por ser la dominante.

Y al lado de ambas minorías, estaba la gran mayoría, la cual adoptó durante aquellos años infaustos para la República, el comportamiento que luego adoptaría bajo los años negros del franquismo: la frivolidad.

Se han escrito ahora tantos mitos sobre la heroica resistencia y sobre las maravillas revolucionarias, que conviene establecer la verdad de las cosas. El corresponsal de la Pravda de Moscú, Mijail Koltsov, en su Diario de la Guerra de España (traducc. del ruso, ediciones Ruedo Ibérico, Paris 1963) describe el ambiente en Barcelona hacia el final del verano de 1937 y prin-

-cipios del otoño. Emplea palabras duras sobre los ociosos, la multitud que puebla los cafés, la falta de esfuerzo en las fábricas, la indiferencia sobre la marcha de la guerra, el bajo nivel de la producción, las ausencias en el trabajo. Compara lo que contempla con la actividad de las industrias catalanas durante la Gran Guerra para abastecer al ejército francés. Critica el ultraizquierdismo igualitario que hace que un peón sin ninguna calificación cobre un jornal de 18 pesetas, y el ingeniero jefe, 19. Y al mismo tiempo habla ya del hambre en la ciudad (una maldición que en 1937 sólo asomaba su zarpa, comparada con la que sería la situación en 1938, que Koltsov no vivió). Otro corresponsal de guerra, el suizo-alemánico Anton Sieberer, en su Spanien gegen Spanien, ideológicamente con pocos rasgos comunes con el periodista ruso, hacia el final de su libro dice más o menos las mismas cosas: en los cafés los hombres discuten de política y hacen el estratega amateur; grandes masas de combatientes potenciales permanecen inactivos, etc. Todo esto, después de un capítulo de clamorosos elogios a Barcelona como matriz de civilización, "el París del Sur", y varias páginas dedicadas a Prat de la Riba. Lo que Sieberer no anota es lo que está implícito en su cuadro: se quería ignorar la guerra porque se vivía en la nostalgia.



I. 2. 3.

=====

U n m í n i m o a r t e d e v i v i r.

A) . Cuando una ciudad, o cuando un país, te ha defraudado y ha desmentido las esperanzas que te animaban al ir a habitarlo, es cuando el despecho te empuja a hacerle la radiografía. La mente lo toma como objeto, y lo mira por arriba y por abajo, por el frente y por la espalda, poco menos que como se mira por primera vez a una mujer de media virtud.

Verano de 1938. Profesores que han desertado, clases cerradas, mercados municipales sin comida a la venta, cines casi vacíos en los que alguna película soviética se va proyectando a intervalos, los intervalos que permite el suministro de electricidad, y en fin, sobre todo, muchos heridos de guerra por las calles, jóvenes a los que les falta una pierna, o un brazo, o que soportan todavía un vendaje en la cabeza. Ya en el otoño hay niñas de quince años que se bajan las bragas a cambio de un par de latas de corned beef americano de 3/4 de kilo la lata. A una de ellas la he de ver diez años más tarde, casarse vestida de blanco, ante el altar de la Parroquia de Nuestra Señora de la Milagrosa, en la calle Consejo de Ciento, dos manzanas más arriba de mi casa.

Año siniestro, año de radiografía colectiva, de horas de conversaciones lamentosas y perplejas, con algún vecino de confianza, con el médico, incluso con la portera. ¿Qué es lo que ha ido mal en este país? ¿Cómo es que se han juntado de pronto todos los tiempos históricos, las guerras de religión,

las guerras carlistas, las guerritas cantonales, las guerras ex-coloniales, las guerras fascistas, las guerras comunistas? Trozos de cada guerra de la historia española parecían haber resucitado para estar presentes en la última y más cruel de un siglo XIX prolongado. A través de Argentina habíamos tenido noticias del pueblo: los carlistas habían bajado desde Navarra hacia el frente del Guadarrama, y al pasar por Soria habían ido poniendo su firma: en un pueblo, el médico muerto, en otro un maestro socialista, en otro el veterinario republicano....

Mi padre había devenido intratable. Aunque nunca lo dijo en voz alta, era casi transparente que tenía un combate interior. En la esfera personal, nos habíamos ido de un sitio (que en definitiva era nuestra casa y el de nuestra familia) para no ir a ninguna parte. Llevábamos tres años -- los muebles todavía nuevos-- sin saber qué hacíamos verdaderamente aquí. En la esfera política, todo había sido un desengaño. El poder y la razón racional parecían divorciados para siempre. Recuerdo haber ido con mi padre un día, sábado o domingo, al Gran Price, a un mitin del PSUC. Debía ser a final de 1936 o principio de 1937. La platea estaba llena. Grandes retratos murales de Lenin y Stalin. Pero el anfiteatro y los palcos estaban casi vacíos, de modo que un palco albergaba a otras dos personas además de nosotros, una de ellas un joven con los pies encima de la barandilla y al que todo aquello no parecía importarle mucho. Mi padre aplaudió los primeros discursos, pero cuando el asunto se transformó en una especie de exculpación personal de Comorera porque no había patatas en los mercados, y en la apología de Comorera como conseller de la Generalitat (una Generalitat que carecía de poderes reales, pues el país estaba en manos de los anarquistas) mi padre dejó de aplaudir. Al final se cantó La Internacional. A la salida, unos jóvenes de Juventudes Libertarias se pusieron a darnos papeles de propaganda anarquista. Mi padre se enfrentó con uno de ellos exclamando que aquello era una provocación. No le hicieron caso. La tragedia continuó construyéndose.

-se por sí misma. Éramos nadie. Habíamos huido de la violencia rural privada y habíamos caído en plena violencia política pública.

Es imposible entender la larga duración que tuvo el régimen del general Franco, si no se hace una cuenta cabal de lo que fué el clima general de violencia que le precedió. Ese clima incluía la predisposición de los individuos a usar de la fuerza. El rasgo no era únicamente español. Fué asimismo uno de los elementos del desarrollo y triunfo del fascismo y del nazismo y de sus imitadores en otros países que Italia y Alemania. Los ex-combatientes de la Gran Guerra eran todavía relativamente jóvenes y habían sentido la terminación política de la Gran Guerra como un gigantesco fraude. En España había, paralelamente, una cultura de la violencia urbana y rural, una tradición de pronunciamientos o cuartelazos militares, y las guerras en el Norte de Africa estaban todavía vivas en la experiencia y en la memoria. La imitación de ejemplos europeos, tanto de extrema izquierda como de extrema derecha, precipitó la formación de hábitos públicos de esa naturaleza.

Mi padre había huido de inaguantables dramones rurales, por motivos de herencia, con la familia de mi madre. Disputas dementes y energúmicas por tierras de secano, unas majadas y unas vacas. Habían muerto las vacas, y seguían disputándose las vacas y el resto. Amenazas personales, alianzas o desalianzas con otras familias, todo un panorama imposible de reconstruir y de comprender.

A principios de 1938 el gobierno de la República ordenó que en los institutos de segunda enseñanza se explicase a los alumnos el sentido político de la lucha contra el fascismo. Hubo catedráticos que se inhibieron. Pero hubo quien agarró la oportunidad para convertir la hora de clase en un esfuerzo de reflexión y de diálogo. Recuerdo al profesor de Geografía e Historia, el Dr Santaló, un joven corpulento, casi rubio, con lentes, con una gran vivacidad. Era republicano y luego supimos que fué al exilio a México. Y recuerdo que un día nos dijo cosas profundas y que han quedado inscritas en la memoria. Hizo una auténtica requisitoria contra la incapacidad, la negligencia, y la falta de autoridad, que habían tenido los gobiernos de la República. La legitimidad de los modernos Estados en Europa viene de que acabaron con las milicias privadas de los señores feudales, sus luchas arbitrarias,

sus guerras continuas, y la opresión de los súbditos, ya que el señor feudal reunía el poder político, el económico, y el de su milicia. Dado lo que es la naturaleza humana, no hay orden sin violencia. Pero acabó por verse que era preferible la violencia de uno solo, en nombre de la ley general, que la violencia de muchos. Otro día el Dr Santaló dijo algo breve e impactante, unas frases que debieron ser casi literales a las que ahora transcribo: Aquí hay quienes están contra la sociedad capitalista y hay quienes están contra la sociedad sin más. Los primeros podrán quizá un día construir una sociedad no capitalista. Los segundos, por definición, nunca podrán construir nada.

Cincuenta años después, el razonamiento se aplica a tantos partidos que se dicen de izquierda, que nunca insinúan la menor crítica contra el capitalismo, que aparentan ser muy radicales porque hablan mal de la sociedad, en general y en abstracto, y que de hecho nunca construirán nada, porque han devenido el cubo de la basura de los degenerados de las clases medias y los lumpen.

B) . Claro es que la mayoría de las conversaciones que podríamos definir de autocrítica o de análisis social, volaban muy bajo. Una vez que había pasado la primera sorpresa respecto al lenguaje utilizado por una persona, la cosa ya no tenía mayor interés, e incluso la repetición traía el aburrimiento. El propietario de una peluquería que ocupaba la planta baja de uno de los chaflanes de la Gran Vía con la calle Calabria, había salvado la vida, convirtiéndose en obrero en su propio establecimiento, colectivizado por un sindicato. Su análisis político empezaba y terminaba diciendo que este era un país de bandarras, trinxeraires y saltataulells, precisamente por este orden (que implicaba una jerarquía moral, los últimos los menos malos).

Había también la autocrítica de tipo religioso sin invocación explícita a la religión. Era la reflexión preferida por un médico jubilado (el cual terminó por desaparecer, súbitamente, y luego reapareció en marzo de 1939, con su familia: había ido a la Zona llamada nacional, pasando la frontera). Este hombre conocía

un tanto el mundo de los empresarios y negociantes. Se le metió en la cabeza que esta clase social era castigada por la Divina providencia por su pasada corrupción, justamente para regenerarla. Aparte la tesis, hipótesis, o lo que fuese, yo aprendí una cantidad fabulosa de historias frívolas de la burguesía barcelonesa de los tiempos felices y dinero fácil, historias que sonaban a verdaderas. Desde el casino de La Rabassada (empleo la grafía de entonces), hasta el casino de Sant Hilari Sacalm y el de Viladrau, los burdeles de lujo con 'Madam' francesa, las quiebras fraudulentas de empresas que parecían sólidas, los negocios bancarios con capital ficticio, aquel hombre te daba la impresión de saberlo todo. Sus frases estaban bien armadas, y una vez tuve la idea de que recitaba páginas de unas memorias que debía estar escribiendo. Uno podía ver, casi materialmente, el Hispano Suiza de determinado personaje, ruedas con llantas azules, bandas blancas y plato central cromado brillando como aleación de oro y plata, cortinillas bajadas, sutil humo azul escapándose del asiento delantero, dirigiéndose a un burdel de lujo que había en un hotelito de una finca, parque privado, a las afueras de Gavá.

Esta teoría de la clase corrompida resurge parcialmente, en cierto modo y con otro lenguaje, en un poema de Jaime Gil de Biedma escrito hacia 1955 o 1956 y publicado en 1960 bajo el título "Barcelona ja no és bona" (y el subtítulo "Mi paseo solitario en primavera"). Es un poema híbrido de emotividad personal y de intencionalidad política, si bien ininteligible para quien no haya conocido aquella Barcelona del frívolo esplendor burgués:

Era ya un poco tarde
incluso en Cataluña, pero la pax burguesa
reinaba en los hogares y en las fábricas,
sobre todo en las fábricas: Rusia estaba muy lejos
y muy lejos Detroit.

.....

montaña arriba, cerca ya del castillo,
de sus fosos quemados por los fusilamientos,
dan señales de vida los murcianos.

.....

que la ciudad les pertenezca un día.
Como les pertenece esta montaña,
este despedazado anfiteatro
de las nostalgias de una burguesía. (+).

(+) Jaime Gil de Biedma, Cuatro Poemas Morales, Barcelona, Frontis & Joaquim Horta editor.

Sorprendente exhortación al destino histórico de la ciudad por parte de un miembro de la clase alta. Pues la experiencia habida cuando "los murcianos" se apoderaron de la ciudad, fué de tal naturaleza, que los partidos políticos catalanes de izquierda (en el exilio o en la clandestinidad) archivaron para siempre la dictadura del proletariado, y desde 1939 hasta 1975 de lo que hablaron fué de restaurar la libertad. No la libertad de los proletarios, ni la libertad de los lumpen (dos colectivos muy diferentes y que una buena pedagogía política debería siempre separar), sino la libertad de ellos, la de los políticos profesionales.

C) . Como no podíamos mantenerla, mi gobernanta se marchó a vivir con otra familia, y mi padre y yo nos quedamos solos. Esta situación fué el prelude de un pequeño evento que debo explicar, algo a la vez intrascendente y profundo, trivial pero inolvidable. Pues fué aquella experiencia de unas dos o tres horas, en una casa entre personas que nunca antes había visto y nunca más debería volver a encontrar, la que decidió que en definitiva esta ciudad tenía que ser amada.

Mi padre pasaba algunos días muchas horas fuera, dejándome sólo. Alguien le había encargado vender unos mapas o una especie de geografía ilustrada con la cual podía seguirse la marcha de la guerra y el desplazamiento de los frentes. Ponía un tenderte de madera en la parte alta de las Ràmbles, frente al cine Capitol, extendía la mercancía, acudían ex-soldados y extranjeros, y al caer la noche le guardaban la mesita de tabla y los taburetes en una portería de la calle Santa Ana. Un día dispuso que en su ausencia el piso debía estar cerrado con llave y que yo debía irme a estudiar, con mis libros y cuadernos, a casa de una vecina, la señora Victoria, que vivía dos puertas más abajo. Yo conocía a esta mujer por haber coincidido en las colas ante las tiendas del barrio, pero nunca había estado en su casa. La relación de mi padre, empero, no era con ella, sino con un señor que, o era su marido, o vivía a veces con ella. No creo que me dijiesen nunca el nombre de este señor, ya mayor que mi padre. Es probable que se encontrasen por primera vez en la sala de espera del doctor José María Planas,

del que todos éramos vecinos más o menos próximos y clientes. Era un hombre bajito, muy delgado, de cabello blanco y corto, rostro enjuto, más bien severo, y muy parco en palabras. El día en que llegué con mis libros, inmediatamente después de la comida de medio-día, al comedor de la señora Victoria, él estaba ya allí, sentado a un lado extremo de la mesa. Ni me lo presentaron ni él preguntó quién yo era. Estaba leyendo. Lefía una traducción en español de Renan. De vez en cuando subrayaba algo con un lápiz. A media tarde se marchó. Al día siguiente, o dos días después, me preguntó qué asignatura del bachillerato me gustaba más. Le dije que ciencias naturales y biología. Con la señora Victoria hablaba en catalán, siempre muy poco, en voz baja, aunque estuviesen tomando una taza de malta en la cocina. Una noche le pregunté a mi padre quién era aquel señor y qué profesión había tenido. Me contestó que creía que era, o había sido, juez. Después de un silencio añadió que se decía de él que era un personaje relativamente importante de una logia, pero que quizá ésto no era así. Debo precisar que mi padre no era masón ni (creo) recibió sugerencia alguna para serlo. Tampoco iba con su carácter ni con su creciente escepticismo sobre los hombres.

Una tarde el juez, o ex-juez, se encaró de pronto conmigo y me dijo: -- Eh. ¿Vamos a buscar a su padre?

Tomamos un tranvía, nos bajamos en la esquina de Pelayo y Ramblas, y llegamos cuando mi padre estaba ya metiendo los mapas en un saco. Pero el juez no nos acompañó de retorno, por lo cual deduje que tenía otra vivienda por el centro de Barcelona.

Por fin ocurrió lo siguiente. Una tarde estaba él solo en el comedor de la señora Victoria. Ésta no se hallaba en casa. A media tarde me dijo que él tenía que salir y que yo debía volverme a mi casa. Contesté que no podía, porque el piso quedaba cerrado, pero que podía ir a las Ramblas a reunirme con mi padre. Me dijo muy quedamente, muy serio, que mi padre no estaba en las Ramblas. -- Su padre está pasando una situación difícil y hoy no está vendiendo nada.

Era la época en que había escrito a su hermano mayor a Buenos Aires y no habíamos tenido respuesta. Dije que podía ir a sentarme, con los libros, a un banco en la Gran Vía (de los pocos que quedaban, porque la gente arrancaba los de madera para hacer fuego). Hubo un silencio, y de pronto me dijo: -- Ea, esta tarde usted se viene conmigo.

Salimos. Fuimos por el lateral superior de la Gran Vía

y antes de llegar a Aribau tomamos un tranvía, en el propio lateral. Era el 12. Un tranvía al que yo tenía una simpatía especial, y que incluso había dibujado. Tranvía raro, de vía estrecha, alargado, pequeño, astroso, sucio, pardo, trotón, veloz, ruidoso y campanillero. Tenía dos bancos laterales largos, uno enfrente del otro. Nos llevó hasta la calle Mayor de Sarriá y bajamos antes de la plaza del pueblo. El juez no me dijo adónde íbamos. Yo percibí de pronto que habíamos entrado como en otro mundo, un mundo de aire puro y de silencio, un mundo donde no había ni signos ni símbolos de guerra, ni siquiera carteles en las paredes. Era una tarde de sol, ya algo fría. El juez llamó a la puerta de una casa baja, de planta y un pequeño balcón con hierro forjado, ventanas cerradas y protegidas por rejas, una casa de finales del siglo XIX, muy similar a las del resto de la calle. Abrió una señora. Evidentemente, el juez era una visita esperada, pero a mí me lanzó una mirada de hostilidad más que de sorpresa. Entramos hasta una gran pieza que daba al Oeste, pues el sol llegaba a un espacio encristalado que separaba ese enorme comedor, y sala de estar, de un jardín interior donde había unos frutales y un pequeño estanque hecho de baldosines. En aquella gran pieza había tres personas: el dueño de la casa, un hombre muy corpulento, con un batín oscuro, el rostro de tez encendida, arrugas, ojos muy grandes y claros, gran bigote blanco. Y estaban dos muchachas. Eran muy diferentes. Una, nada agradable, pelo negro, cosía en un sillón de mimbre al lado del paso hacia el jardín. La otra, sin ser una belleza, era mucho más atractiva; estaba en pie; era delgada, ojos muy claros. Por toda presentación, el juez dijo que yo era hijo de un vecino. Me consideraron, todos, sin simpatía. Alguien preguntó si yo era un refugiado. (En aquellos meses llegaban a Barcelona refugiados de todas las comarcas que iba perdiendo el Ejército de la República). El juez les tranquilizó diciendo que yo no era un refugiado. Me señalaron una esquina, la más remota, de una mesa enorme, larguísima, me dieron una revista ilustrada catalana de antes de la guerra, y ellos se pusieron a hablar en el otro lado de la mesa. Miré las paredes. Había libros en catalán, en castellano, y en francés. Acuarelas que me parecieron coloniales, de las Antillas. Había también un piano.

Al cabo de un rato en el fondo de la pieza se quedaron solamente las tres personas mayores. La muchacha de pelo negro se fué a coser en el vestíbulo encristalado que daba al jardín, más cerca de la luz del sol. La muchacha más guapa se fué a otra parte de la casa (que luego resultó ser la cocina). Aunque yo podía difícilmente seguir la conversación de los adultos, me pareció que las muchachas tenían un hermano mayor, que éste había estado en el frente del Ebro, pero que ahora tenía un destino no militar. De pronto llegó desde Barcelona el aullido poderoso, lúgubre y largo, de las sirenas que anunciaban la alarma aérea. Todas las sirenas. Las de las torres de la Plaza de España, las de la Escuela Industrial. Era la primera vez que yo oía las sirenas desde lejos. Y sin embargo me levanté de la silla, con un reflejo automático. Los adultos apenas se inmutaron. Después de una sutil, perceptible pausa, siguieron hablando. Volví a sentarme. Obviamente, nunca habían sido bombardeados, nunca habían bajado corriendo a la estación del Metro Transversal. Casi enseguida empezaron a oirse los tiros de la artillería antiaérea, pero no la de San Pedro Mártir, sino la de Montjuich y, quizá, la del Carmelo. Yo tuve entonces una sensación única, en cierto modo terrible, e inolvidable. Sentí que podía yo también abstraerme de todo, no oír la DCA, viajar hacia atrás en el tiempo, identificarme con aquella gran pieza de muebles antiguos, lámpara chata de bronce y brazos largos, acuarelas sin fecha, libros de la Gran Guerra y de los felices veintes, seres humanos fríos y distantes, de una serenidad tan perfecta que debía integrar lo intemporal. Aquella cualidad sólo podía conseguirse a través de una formidable disciplina de espíritu. No era suficiente el hastío o el asco por el contexto histórico demente. Era transparente que eran republicanos y que se hallaban comprometidos. Pero al mismo tiempo estaban más allá de la circunstancia del momento, vivían en otra dimensión, y eran menos vulnerables que las gentes como mi padre, y yo, y los que nos pegábamos a las puertas de los mercados, y toda la multitud.

Reapareció la muchacha más hermosa, puso un mantel en el extremo oval de la larguísima mesa, frente a los adultos, y ví que iban a tomar algo, café, o malta, o lo que fuese. Por unos minutos me pregunté qué debía hacer. Pensé pedir permiso para ir a la calle a ver el pueblo. Era una situación muy violenta. Ví que era posible que me dejasen olvidado, como un ser inexistente, o peor, como un miserable. Además yo tenía verdaderamente hambre; era la época del

hambre, el hambre tan rápidamente recurrente que parecía constante, siempre irresuelta. Los adultos no me dijeron nada. La muchacha de pelo negro dejó la galería encristalada y se sentó a la mesa. Entonces la muchacha más hermosa trajo de la cocina algo increíble, fabuloso, algo que hacía años que yo no había visto. Chocolate líquido, en tazones, humeante. Yo la miraba de lejos, fijamente. Y al fin ella me miró, me esbozó una sonrisa, y me dijo que me acercase, y trajo otro, el último, tazón para mí. Sentí ganas de llorar.

Todo fué muy rápido, pues no había nada para acompañar el chocolate, excepto un bote de leche condensada, francesa, ya portadora de azúcar, para el que quisiese. La dueña de la casa me consideró con ojos escrutadores y me preguntó qué era lo que yo hacía. Respondí que estaba tratando de pasar el tercero de bachillerato, pero que no sabía si ésto sería posible. Mi padre tenía ya 58 años y muchas mañanas yo debía ir a los mercados, tratando de encontrar algo de comida. Me preguntó qué me gustaría hacer de mayor. Le dije que quería ser biólogo. Durante la República había una especie de culto nacional por don Santiago Ramón y Cajal, nuestro solitario (entonces) Premio Nobel científico, y se decía que en biología del sistema nervioso había grandes descubrimientos por hacer. (La palabra neurobiología no existía todavía. Existía neurología, pero ésta designaba una especialidad médica). La señora me preguntó de nuevo: si yo no llegaba a ser biólogo, qué era lo que me gustaría hacer. Contesté que mi padre opinaba que en este país eran muy importantes las cuestiones arancelarias y de tratados comerciales internacionales (reflejo de las lecturas de Gual Villalbí en La Vanguardia). Entonces intervino el dueño de la casa, dirigiéndose a mí con autoridad pero no hostilmente:

-- No le han preguntado a usted qué opina su padre, sino qué es lo que usted hará si no puede ser biólogo.

Todos me miraban en silencio. Respuestas insensatas se amontonaban en mi mente. Estuve a punto de decirle, mire usted, señor, quisiera tener una casa como ésta que tiene usted, donde el tiempo no lo sientes como un enemigo. Pero dije otra cosa, algo que me surgió espontáneamente:

-- Quisiera contribuir en algo a que en este país nunca más una familia tenga que abandonar su casa, de pronto, forzada por cuestiones de violencia.

Vistas las cosas a cincuenta años de distancia, la frase resulta ridículamente solemne, propia de la petulancia de un adolescente en épocas de ebriedad retórica. El caso es que durante un buen rato nadie dijo nada, todos me miraban, pero como mirándose al mismo tiempo, profundamente, a sí mismos. Y es que yo había no simplemente dicho algo trivial y razonable, sino que había tocado algo sensible para todos. No sabíamos dónde podíamos estar tres o seis meses más tarde.

Sobre todo me impactó el miedo que se traslucía en los ojos de la muchacha más hermosa. Y entonces me di cuenta de que no tenía tres o cuatro años más que yo, que era lo que yo inicialmente le había calculado, sino que era más mayor. Y que lo atractivo, para mí, en aquellos momentos, era no que fuese relativamente bonita, sino que tenía una frente, una mirada, un rostro inteligente.

De pronto sonó la campanilla de la puerta. Llegó otro visitante, un hombre vestido con elegancia insólita en aquellos tiempos, una especie de don Juan catalán, una copia de un actor cinematográfico que se llamaba Adolphe Menjou y que representaba papeles de financiero dandy o de escroc internacional, ya maduro, si bien no un cualquiera: una combinación de cínico y de filósofo. Como era de esperar, entró jovial y simpático, y se permitió con la muchacha un atrevimiento de role-playing que me dió un escalofrío, sin que la madre de la muchacha, ni ella misma, se inmutasen. A mí me envió una fugaz mirada de sorpresa, como quien se dice: este pájaro es nuevo, no forma parte del decorado habitual. Pero nadie nos presentó, de modo que todos seguíamos sin saber quiénes éramos. Le dijo a la muchacha, empujándola hacia el piano, que tocase algo agradable, porque los hombres iban a hablar de cosas serias. Y en efecto, él, el juez, y el dueño de la casa, dejaron aquella inmensa sala de estar y desaparecieron por una puerta, más allá de donde yo había estado relegado con una vieja revista. La chica de pelo negro se llevó tazones vacíos y mantel y nos quedamos tres personas: la madre, la chica más bonita, y yo. Vino el aullido de las sirenas desde Barcelona, y no supe si era una nueva alarma aérea o el final de la anterior. Y entonces la muchacha empezó a arrancar del piano

no una melodía agradable, sino una frase dicha muy lentamente, muy poco a poco, con cada nota cargada de reflexión y de sentido. Aquello era algo enteramente distinto a la música que se oía por Radio Barcelona o Radio Asociación, y desde luego, algo que estaba en los antípodas de los conciertos que en el Palacio de Bellas Artes daba los domingos (antes de la guerra) la Banda municipal de Barcelona dirigida por un soberbio actor, el maestro Lamotte de Grignon: yo creo que mi animadversión por Wagner data de aquella época. Lo que la muchacha interpretaba era nada exaltante, nada popular, incluso nada melódico. Era lo propio para unas mentes que han vivido y están súbitamente ante una encrucijada, y miran hacia atrás, y en su entorno, con melancolía. Volvía de nuevo la frase, austera, amarga y humana. Yo sentí una angustia profunda. No solamente yo: también la madre miraba fijamente la superficie desnuda de la mesa, con los labios apretados. Todos tres éramos como puro intelecto o puro espíritu. No había allí nada sentimental. Había una lucidez.

Cuando ví que era necesario encubrir mi angustia, me levanté y sin pedir permiso traspasé el vestíbulo encristalado que daba al jardín y me quedé allí, mirando el agua verdosa del pequeño estanque. Todavía había algo de sol más lejos, en lo alto de una casita donde lo que tal vez había sido el campanario de una capilla privada era ahora un palomar.

Yo estaba inmóvil, de pie al borde del peldaño de acceso al jardín, cuando percibí que llegaban trozos de la conversación de los tres hombres. Pues la pieza en que estaban tenía otra puerta que comunicaba directamente con el jardín, y no la habían cerrado del todo. Era una discusión entre el juez y el dueño de la casa. La voz del último visitante no se oía. Al cabo de unos minutos comprendí de lo que se trataba. En algún sitio del extranjero se estaba negociando la salida de Cataluña de la guerra y la formación de un país neutral. El dueño de la casa estaba a favor, y el juez no. Dado que yo conocía la voz del juez, fué de hecho lo que él argumentaba lo que entendí. Decía, primero, que el gobierno de Burgos nos trataría siempre como unos vencidos, neutrales o no; segundo, que el gobierno de la República lo consideraría una alta traición. En fin, dijo que todo el proyecto era una idea loca e imposible.

Me quedé tan asustado, que me volví adentro. La muchacha seguía sentada ante el piano, en silencio. Me acerqué y pregunté de quién era la partitura. Sin una palabra, volvió la portadilla del cuaderno -- una edición francesa, ornamental como el anuncio de una floristería -- y me señaló el nombre impreso: Gabriel Fauré. Era un autor desconocido para mí. Recuerdo que al volver a casa fui a consultar el diccionario histórico de R. Alemany, publicado por la Editorial Ramón Sopena, Barcelona 1926, y no estaba: figuraban el Félix Faure (sin acento) presidente de la República, y su hija Lucía, escritora. La muchacha me miró y comprendió que yo estaba muy emocionado, y todavía más, que yo valoraba de manera altísima su hogar, la inteligencia de su rostro, la serenidad de aquel espacio, como liberado del tiempo.

La muchacha volvió a tocar. Me pregunté para quién tocaba esta vez. Me pregunté si era un acto de fé en sí misma y en su gente, o si era una representación. En aquellos años ya bien entrada la guerra, la subcultura de los muchachos respecto a las muchachas era de una crueldad entre plebeya y burguesa. Había estudiantes grandullones de cuarto o de quinto de bachillerato que ya iban (o que se jactaban de que ya iban) a las casas de putas de la calle Tallers, debajo del entonces todavía no derruido Hospital Militar. Las muchachas se dividían en dos clases, las tontas y las farsantes. Las primeras cosían, bordaban, aprendían piano, y eran una raza necesaria para más tarde, cuando te casas, pues no vas a meter en la familia una zorra. Las otras no eran tontas, sabían muchas cosas, de tí y de tu mundo, y porque sabían, eran consumadas actrices; no aprendían piano, lo sabían porque era constitutiva de ellas la farsa perfecta. ¿Y ahora? ¿Era una representación o era algo noble? ¿Podía una mujer burguesa sentir verdaderamente algo noble y expresarlo con aquella precisa austeridad, valedera para todo ser humano? ¿De dónde venía mi emoción? ¿De la partitura, de la muchacha, o solamente de mí mismo?.

De pronto se abrió la puerta del fondo y el juez vino rápidamente hacia mí. Me preguntó si me sentía capaz de volver yo solo a Barcelona. Sentí como una bofetada, pues era él quien me había traído, y en cierto modo era responsable de mí. Dijo que era mejor que me marchase antes de que fuese completamente de noche. La seño

-ra intervino para explicarme a través de qué callecitas del pueblo podría llegar hasta el apeadero de Tres Torres del tren de Sarriá, pues probablemente a esa hora ya no habría tranvías. Me empujaron hacia la puerta. Nunca más los ví. Nunca supe cómo se llamaban. Muchos años más tarde intenté localizar la casa, y aunque el barrio no había cambiado, había demasiadas casitas iguales.

No tomé el tren. Un tranvía que iba a las cocheras me dejó más abajo. Descendí andando por la carretera de Sarriá, hacia la Diagonal. Había gente que volvía de los descampados y colinas (pues por entonces nada estaba urbanizado) con sacos llenos de algarrobas. Era otro signo del hambre. Se arrancaban las algarrobas de los arbolillos (allí donde hoy hay rascacielos y viviendas de lujo), se tostaban las algarrobas en casa, y se hacía harina para una especie de puré. Ya en la Diagonal tomé un tranvía que bajaba hacia la Gran Vía. Sentado, casi solo en el tranvía, comprendí que acababa de vivir algo que recordaría toda mi vida. Acababa de tocar un fondo humano donde tenían poco que hacer el fascismo o el comunismo, Mussolini o Stalin, la guerra perdida o la guerra victoriosa. Ya podían venir a Barcelona las kabilas marroquíes, la Legión extranjera, la dialéctica de las botas y las pistolas, o ya podían volver los murcianos, o en fin, ya podía presentarse el mismísimo Ejército Rojo. Todo sería resistido. En el interior de una casa apacible, muebles antiguos, libros en catalán, castellano y francés, una muchacha volvería a tocar el piano, pasase lo que pasase en la calle. Una muchacha ni farsante ni tonta. O más precisamente: porque la calle estaría ocupada por el nuevo fanatismo de nuevos dementes, la muchacha expresaría a través del piano su amarga lucidez. Como individuos eran mortales. Como clase social eran indestructibles. Eran radicalmente distintos de la clase alta, la cual hablaba un castellano amanerado que recordaba la gente frívola de Madrid. No tenían, obviamente, nada que ver con la clase obrera. Tanto cuando hablaban en catalán como en castellano, lo hacían con una suma corrección, y ambas lenguas sonaban bien, razonables, en sus labios. Conocían cosas y nombres que eran desconocidos para otras gentes. Se comportaban con disciplina: ni una palabra más alta, ni una ofensa gratuita. En la Península Ibérica seguramente no había otro oasis cultural y humano semejante. Pensé todo esto, y pensé también que eran crueles, por la frescura con que me habían puesto en la calle. Y por las cosas implícitas en lo que había apercibido de la conversación de los hombres. Se hablaba ya entonces de enviar al frente la Quinta del Biberón (los nacidos en 1922) y era claro que habría muchachos que morirían sin saber por qué causa ni qué país.

I. 2. 4.
=====

E s t r a t e g i a s d e s u p e r v i v e n c i a .

A) . - Los historiadores que intenten comprender humanamente una circunstancia (i.e., los historiadores que no se contentan con fotocopias de documentos), saben que hay tipos humanos que son relativos a esa circunstancia, aparecen o se forman en ella, y desaparecen con ella.

No es necesario extenderse aquí en ejemplos. La historia de las entidades político-culturales italianas en el Renacimiento, y la historia de las sucesivas fases de la Revolución francesa, son fuente de materiales suficientes para esa clase de Historia que exige la presentación de tipos humanos característicos de cada contexto, en determinados momentos de la acción de minorías que son las protagonistas.

Por su parte los sociólogos saben que hay esquemas de comportamientos colectivos, identificables como estrategias de grupo, que son trascendentes a una circunstancia. Estaban in nuce antes, y se prolongan en otra nueva, o se reconstituyen de modo reconocible, aunque hayan cambiado los dominadores políticos o los textos constitucionales.

Por supuesto, cuando el colectivo es una nueva clase social, el hecho deviene visible incluso para la observación inmediata e ingenua. Burguesía y proletariado se transmiten sus comportamientos respectivos, de una generación a otra, desde el primer tercio del siglo XIX europeo continental, hasta la Segunda Guerra Mundial. Este es el ejemplo máximo, pertinente para unas cuantas naciones europeas. Y aunque la

obligación científica del historiador consista, en términos de Marc Bloch, en saisir les différences, resulta que el concepto que designa la permanencia histórica de la clase social es de una capacidad heurística superior a los conceptos relativos a los tipos humanos.

Estos principios generales son aplicables también al nivel microhistoriográfico. En este nivel hallamos igualmente la distinción entre tipos humanos que corresponden a una fase de eventos, aparecen, desempeñan sus papeles, y abandonan el escenario (lo cual no quiere decir que se extingan como individuos: pueden quedar como supervivientes o pueden incluso, algunos, asumir otros papeles), y comportamientos colectivos que son comunes a un abanico de seres humanos, tienen su significación y su racionalidad (parcial) en un contexto dado, pero los encontramos asimismo en otros contextos sucesivos, con diferencias que corresponde al historiador apreciar.

Para quienes juzguen todo ésto como demasiado técnico, abstracto, o filosófico, diré las cosas más simplemente y al alcance de los entusiastas de la profanidad. Encuentro en los meses finales de la República tal como yo los viví y percibí en Barcelona, comportamientos que se reproducen luego bajo el franquismo, aunque la circunstancia política de éste sea radicalmente distinta. Y encuentro en los meses finales de la República, tipos humanos nuevos, que desaparecen, pero que practican comportamientos cuyo carácter de sistemas de acción solamente puede alcanzar pleno desarrollo en otros contextos.

B) . En el segundo semestre de 1938 y primeras semanas de 1939, entró en la vida cotidiana de las clases medias urbanas un componente nuevo y hasta entonces desconocido. Fué

el miedo a la delación policial.

El hecho era de naturaleza distinta al terrorismo de los anarquistas, aunque la materialidad pudiese ser la misma en un solo punto: la visita de madrugada por unos desconocidos. En el caso de los anarquistas no existía organización militar. Se trataba de grupos erráticos y actuando por su cuenta. Los personajes parecían sacados de un cartón de Goya, con la adición del fusil o los pistolones, y una gorra con alguna insignia rojinegra.

Desde mediados de 1937 los partidos políticos antifascistas habían producido carteles y murales que exhortaban al pueblo a la vigilancia, contra la Quinta Columna, y a la denuncia. Había asimismo cuñas en las emisoras de radio, en el sentido de estimular la colaboración contra los sospechosos.

Ahora bien, lo que apareció en 1938 fue cualitativamente diferente. Una vez que las tropas del gobierno de Burgos llegaron a dificultar las comunicaciones terrestres entre Barcelona y Valencia (ya meses antes de la conquista de Castellón), era obvio que la República carecía de un ejército lo suficientemente poderoso para poder alterar la marcha de la guerra. Además, con las sucesivas crisis políticas en Francia y el final del gobierno del llamado Frente Popular, el solo aliado europeo para el gobierno republicano era la Unión Soviética. Quedaba una única, última, y mínima, esperanza: que la resistencia al fascismo se alargase hasta empalmar con el estallido de una nueva guerra europea generalizada. Esta mínima probabilidad fue convertida en premisa de un conjunto de comportamientos. Toda otra posibilidad (terminación negociada de la guerra, conversaciones exploratorias para un eventual armisticio en las fronteras de Cataluña, etc) debía ser exterminada en su propia matriz. El Servicio de Información Militar se constituyó en policía política paralela a las policías de orden público. Su acción no se limitó a descubrir actividades de la Quinta Columna. Actuó asimismo contra los disidentes internos, trotskistas y anarquistas, aunque éstos tuviesen una reciente historia antifascista, y actuó también contra gentes víctimas de alguna delación, venganza personal dictada por la envidia, el odio, o arreglos de cuentas en los que la época era fecunda. Llegó un momento en que circulaban más rumores sobre detenciones que sobre la marcha de los combates en el frente. Empezamos a desconfiar de los hijos de la portera, de

algun vecino, de aparentes amigos ocasionales, y sobre todo de los imprevistos como el lampista, el electricista, o el recaudados de alquileres (digo recaudador porque, habiendo sido abolida la propiedad privada, los alquileres los cobraba un empleado de la Generalitat). El ambiente de miedo a la delación, la falsa denuncia, o el sentimiento culpable por desear el final de la guerra, fuese en los términos que fuese pero lo más pronto posible, son hechos difíciles de hacer revivir simplemente mediante esta reconstrucción sin otros medios que los literarios. Las eventuales glorificaciones del SIM en algun periódico o en la radio, no pueden dar idea cabal de algo que se instalaba en todas las relaciones interindividuales. En los barrios obreros la hostilidad hacia quien no era vecino conocido e iba presuntamente a disputar una comida escasa, era un comportamiento manifiesto y de violencia creciente. Mi padre volvió un día muy afectado cuando no le dejaron ponerse en una cola en el mercado de Hostafranchs y, a gritos, le dijeron fascista, vuélvete a tu Ensanche, etc. Sin duda una parte de la población de la urbe estaba crispada por la perspectiva del exilio. Los funcionarios de la Generalitat y los del gobierno de la República, los dirigentes y los cuadros del PSUC (que había devenido un partido multitudinario) y los cuadros obreros de las fábricas de armas, de municiones, de motores de aviación, no tenían otra opción que alargar la guerra lo más posible. Gozaban de momento de privilegios en materia de alimentación, cooperativas de ingreso restringido o centros propios de almacenamiento y venta, y se sentían odiados por la otra parte de la población que pasaba hambre y no se podía manejar por los laberintos políticos necesarios para tener un carnet de una cooperativa. Una gran parte del gobierno de la República, evacuado de Madrid, se había establecido en Barcelona, y en la Diagonal y en el Paseo de Gracia había por doquier banderas republicanas y placas metálicas señalando la presencia de un ministerio o de una Dirección general. Había ministros de los que se sabía que vivían en Barcelona, como el de asuntos extranjeros, Alvarez del Vayo, que vivía en la Vía Augusta. Mi padre había hecho unas gestiones para que el ministerio de Instrucción pública me diese una beca, y yo me pasé varias semanas yendo a una oficina en el Paseo de Gracia para preguntar resultados o completar datos. Era impactante

la diferencia entre el viejo tipo humano de funcionario madrileño y la funcionalidad militar, con tipos humanos enteramente nuevos, del recién creado Ejército de la República. El funcionario parecía inconsciente de la gravedad de la situación, estaba en Barcelona como en cualquier otra parte, siempre en estado de adoración de sí mismo, trajeado de buen sastre de antes de la guerra, chaqueta de cintura ceñida, pantalones anchos, y sombrero 'ladeao'; tenía comportamientos recurrentes de donjuanismo en cuanto había una mujer nueva al alcance, y era obvio que Barcelona o Valencia eran sobre las demás cosas, territorios con mujeres disponibles. Bastaba una observación de pocos minutos para percatarse de que aquella gente no podía ganar una guerra ni hacer funcionar un Estado.

Por lo que atañe al nuevo tipo militar, bastará que describa los veinte o treinta minutos con que nos enfrentamos a unos oficiales del SIM. Hubo un día un registro. No solamente a nuestro piso, sino a todo el bloque de edificios entre la Gran Vía y la calle Diputación, y ésto, al parecer, desde Vilamarí hasta Viladomat. Cabe suponer (o esta fué la hipótesis a posteriori) que buscaban un transmisor de radio, lo que no era tan descabellado como ahora suena, pues en aquella época no existían transistores y un emisor debía ser un aparato de considerable volúmen. En nuestra casa no nos hicieron agruparnos en el portal (como fué el caso en algun otro edificio) dejando los pisos abiertos para que ellos pudiesen circular. Simplemente, se presentaron dos oficiales y dos soldados, los oficiales sin signo externo de cuerpo ni de graduación, sin botas y sin armas, pero evidentemente habituados a mandar y a ponerse cada mañana el uniforme recién planchado. El mayor de los dos oficiales tenía el aspecto de un intelectual judío centroeuropeo, algo grueso, ya bastante calvo, y con lentes. Era un hombre de indudable nivel educativo, por el perfecto castellano y por el interés con que miró los títulos de la biblioteca, incluso sacando algunos libros. Era de una cortesía glacial. "Abra el armario, por favor". El otro oficial parecía salido de una Hochschule, y se interesó en la instalación eléctrica. Todo se desarrolló en orden. Nada de la típica jarana hispánica, en la que todos hablan al mismo tiempo, van de un lado a otro, llaman o son llamados, se marchan, vuelven, orden, contraorden, desorden. Ya al irse , fué

cuando se produjo el instante crítico. El oficial con aspecto de profesor judío centroeuropeo miró a mi padre muy fríamente y le dijo algo así como lo siguiente: "Dos personas y un piso tan grande. ¿Sabe usted cuántos refugiados tenemos en Barcelona, mujeres y niños, de Málaga y de Almería? ¿Sabe usted cuántos trabajadores de las fábricas de armamento buscan una habitación para alojarse?". Mi padre no respondió. Vino otro oficial que descendía de otro piso. De no ser por la estatura más baja, todos parecían copiados de un film alemán. Habían recibido en algún sitio un adiestramiento que no era solamente militar.

C) . Fué una de las consecuencias más o menos directas. Una vecina cuya hija era funcionaria municipal, tomó realquilados dos trabajadores de la Elizalde que hacían turno nocturno, y poco después nosotros tomamos otro, el cual vino a ocupar la habitación que había sido de mi gobernanta, la viuda Herbst.

Era un hombre de algo menos de cuarenta años, de Jaén. Enjuto, sobrio, una mandíbula muy cuadrada, muy enérgica, ojos hundidos, negros, tristes. Debía ser un buen trabajador en el aspecto manual, físico. En lo que atañe a sus atributos intelectuales, eran nulos. Yo tenía clavados en la pared unos mapas en los que se seguía, con alfileres, el curso de la guerra. Resultó que era incapaz de entender el mapa. Estaba convencido de que el Ejército de la República se reorganizaba en alguna parte y de que los fascistas serían barridos de la Península Ibérica. Tenía una fé elemental y maciza en la Unión Soviética. En las tres semanas o algo así en que lo tuvimos, nunca planteó problemas, ni se trajo ninguna muchacha a la habitación; al contrario, gracias a él tuvimos acceso a los panes que se llamaban 'chuscos' y que estaban hechos con harina bastante blanca. Su conversación era muy pobre. Quería volver a Jaén y reencontrar su familia. Una familia cuyo paradero ignoraba.

Este tipo humano, proletario de reciente origen rural, proletario en su campo andaluz y proletario en Barcelona, era muy diferente de los anarquistas de la FAI y sus colegas incontrolados. En primer lugar, no había leído folletos de Bakunin ni había aprendido, sacados de contexto, los párrafos sobre la necesidad de destruirlo todo como paso previo a la creación de una sociedad comunista. Tampoco había leído a Stalin, pero sabía, por la experiencia en la fábrica, que él estaba produciendo armas urgentemente necesarias para derrotar al fascismo, y que esto solamente podía hacerse con una disciplina. En segundo lugar, era muy consciente de sus limitaciones culturales. Y por tanto, no había tenido, según creo, la pretensión de substituir a los técnicos y a la gente con estudios, considerándolos como aliados implícitos de los fascistas. No era un igualitarista radical. Recuerdo que un día, durante su cena (que él tomaba algo anticipada, pues hacía horario de noche y dormía en casa durante el día), comentamos al azar el caso de las mujeres del cine Volga que hacían la limpieza y cobraban lo mismo que el jefe de la cabina de proyección. Opinó que eso no estaba bien. Quienes saben hacer marchar las cosas, deben recibir estímulos para que las cosas marchen. Por lo menos, pensaba, mientras exista el dinero (elemento que quizá un día sería abolido, quién lo viera!). Se daba cuenta de que las luchas entre la CNT y la UGT en las empresas colectivizadas, para dominar el comité de control, o para substraerse a los intentos de intervención burocrática de la Generalitat, habían hecho perder mucho tiempo y mucha credibilidad a la causa obrera. No podía elevarse por encima de aquella percepción elemental, ni mi padre creyó conveniente preguntarle más. Debo añadir que eran unos meses en los que estábamos bastante acomplejados, porque habían desaparecido dos de los amigos (o episódicos contertulios) de mi padre, y no sabíamos si era porque se habían escondido en algún pueblo del interior o porque habían conseguido pasar a Francia (como así fué).

Uno de ellos, el médico que antes mencioné, en una de sus últimas conversaciones en casa, había puesto en ridículo la idea de un Estado, o un régimen político, proletario. Era un hombre que podía ser brillante y persuasivo, y recuerdo bien su argumentación porque era al mismo tiempo jocosa o casi vulgar. Había dos sistemas que tenían sentido racional: el de los gobiernos débiles (como las democracias inglesa y francesa) que únicamente se propo-

-ñían hacer posible que cada individuo busque, a su modo, su felicidad, y el de los gobiernos fuertes (como los de Italia y Alemania) que no se ocupaban de la felicidad del individuo porque lo que querían era la fortaleza de su nación frente a otras. Y bueno : Cada sistema tenía sus razones. Lo que era absolutamente irracional, un disparate, era querer hacer una patria del proletariado. Por una causa muy simple: la condición de proletario es algo muy triste, de la cual todos quieren salirse lo más pronto posible. ¿Cómo se iba a hacer una patria con algo que la gente quiere abandonar?

Cuando mi padre se percató de que los gobiernos europeos estaban de hecho al lado de los nacionalistas y que la República tenía la guerra perdida, empezó a vislumbrar la verdad de que todo el proyecto había sido una ilusión. En una primera etapa, todavía en 1936 o principios de 1937, las críticas en las conversaciones intra-clase se reducían a reirnos, o indignarnos, por la barbarie de los anarquistas; llovían las anécdotas, como la de unos incontrolados que en los pisos que habían ocupado en la calle Muntaner o en la Rambla de Cataluña, pusieron gallinas en el cuarto de baño y paja en el bidet para que las cluecas empollasen los huevos. Había críticas permanentes de la incuria o la impotencia de la Generalitat, lo que no le impedía producir un decreto tras otro integrando empresas, comités, comarcas, etc., sin ninguna eficacia en los hechos, pues cada comité hacía la guerra por su cuenta y no quería saber nada de una autoridad superior. Cuando se vió que en algunas empresas colectivizadas se intentaba practicar aquéllo de "el obrero debe recibir el producto íntegro de su trabajo", la sentencia era definitiva: bajo la pretensión de abolir la plusvalía, la empresa se descapitalizaba y no quedaba dinero para amortizaciones ni para financiar un nuevo ciclo de producción. La aparente prosperidad de algunas empresas colectivizadas provenía del simple reparto de los fondos y de las ventas. (*)

(+) - Hacia 1972, viviendo yo en París y trabajando en un centro de investigación francés, un colega, Bernard Mottez, llamó mi atención sobre una obra que había aparecido en una editorial de Madrid (Zyx). Era un libro contra la plusvalía y en él se proponía otra vez que el obrero debe recibir el producto íntegro de su trabajo. A más de un siglo de distancia se recomponía el discurso anarquista contra el cual Marx había escrito lo que él creía que eran argumentos definitivos. No será intelectualmente inútil, espero, elevar las anécdotas a categoría. En 1936 había en este país una educación muy pobre en materia económica, y no es ilógica la tendencia anarcosindicalista (y quizá también de algunos soi-disant marxistas que nunca leyeron a Marx) a elegir el tiempo de trabajo (la longitud de la jornada)

como el solo determinante del valor del trabajo cumplido por el asalariado, haciendo abstracción negativa (i.e., eliminando) otros determinantes, a saber, la calificación, la composición del capital productivo, etc. La idea rudimentaria que dice, a igual tiempo, igual salario, podía disculparse en 1936 dado el contexto social e ideológico en el país. Pero en 1972 estas simplificaciones habían quedado ya descartadas por el análisis científico. Se había visto ad nauseam la cantidad de problemas implicados en la medición monetaria del valor del trabajo. Y desde luego, se había empezado por advertir que la expresión ideológica inicial que dice que el obrero debe recibir el producto íntegro de su trabajo, contiene términos que, para adquirir un sentido riguroso, necesitan ser especificados, definidos, y cuantificados, dentro de un sistema conceptual coherente y no subjetivo. Se había visto, además, que el salario monetario puede ser la mayor fracción de la remuneración del asalariado, pudiendo haber remuneraciones en especie o en servicios (intra-empresa) y remuneraciones sociales públicas (extra-empresas). En fin, se había visto que la determinación monetaria del valor del trabajo incluye necesariamente otras determinaciones como el sistema de precios, la demanda del mercado, etc. Argumento extrínsecos al argumento principal o intrínsecos al proceso productivo, a saber, que la empresa ha de estar capitalizándose permanentemente para financiar nuevos ciclos de producción. Por ello en 1972 publicar un libro contra la plusvalía, es algo que le deja a uno estupefacto, algo solamente posible en un país en el que el conocimiento científico nunca ha logrado convertirse en un valor cultural, ni siquiera entre gentes que se consideran la élite intelectual.

Volviendo a la situación de empresas colectivizadas en la Barcelona de 1937, debo precisar que la regla rudimentaria, a igual tiempo, igual salario, no se convirtió en una pauta de cumplimiento absoluto, generalizado. Bricall cita casos en que el abanico de salarios iba de 1 a 6. Pienso que estos casos debieron ser más bien singulares. Es posible que en los servicios (como el ejemplo que puse de un cine) era más fácil el igualitarismo que en la industria de cierto nivel tecnológico.

Y si ésto fué así, entonces el caso posee su significación sociológica y política: no son los obreros industriales propiamente dichos los más proclives a las abstracciones ideológicas; ellos tienen un conocimiento directo y concreto de la realidad de las cosas. Por el contrario, las gentes no habituadas al trabajo organizado colectivamente, con sistemas racionales de producción, las gentes de clase media y media-baja, asalariados de empresas de tamaño muy pequeño, o trabajadores individuales que alternan el salario y la cuenta propia, son mucho más proclives al radicalismo, empezando por el radicalismo verbal incapaz de distanciarse autocriticamente de su propio lenguaje.

Al mismo tiempo era socialmente visible, en los cafés y en el propio barrio, la emergencia o (mejor) epigénesis de un aborto colectivo de nuevo rico conocido en el lenguaje oficioso por "el responsable" (de tal o cual comité u organismo) y en el lenguaje popular por "el mandamás". El PSUC fué su gran cobertura política. Y por ello los anarquistas, que habían perdido el poder pero no las palabras, se hartaron de decir que el PSUC era un nuevo partido burgués.

En fin, incluso los intelectuales libertarios empezaron a navegar perdidos en un océano semántico donde podía decirse cualquier cosa. Uno de los pocos intelectuales de la CNT que gozaba de crédito como persona y como escritor, Diego Abad de Santillán, pensaba que el proletariado debía hispanizar a Europa. (Un tipo de discurso que luego él desarrolló durante su exilio en Buenos Aires).

Claro es que los seres humanos, y las clases sociales, no suelen esperar que los intelectuales les digan qué tienen que hacer cuando todo el navío se desarbola. Había gente que tomaba su revancha y lo hacía saber. Eran portadores de su propia barca y remaban fuerte. Un día tuve que acompañar a un muchacho, mayor que yo, a un servicio médico en el Hospital de San Pablo. Me lo había pedido, como un favor, una vecina que era pariente del chico. El muchacho había perdido a su padre en el frente de Levante y había llegado a Barcelona refugiado con su madre y alguien más. Le acompañé al Hospital, y allí, en busca del servicio médico, fué una odisea terrible, porque el chico tenía una orquitis y apenas podía caminar. Al fin encontramos el pabellón. Todo estaba en un estado de decadencia, los armarios de cristal casi vacíos, ni una silla. Pero el médico-jefe sabía que a aquellas alturas podía ya gritar a la gente, incluso con insultos ("Otro murciano!"), gritar a su propio personal (se había terminado el igualitarismo), y reírse de mi enfermo: "¿Cómo es que no se ha bajado ya los pantalones ese burro?". Tuve que explicarle al médico que era un refugiado y no entendía el catalán. Me mandó al pasillo. Volví solo a casa, porque se lo quedaron para internarlo. Nunca más lo ví, ni la vecina de la tienda me dió noticias de su suerte.

D) . Esta es una de las experiencias que se aprenden de la vida en tiempos de guerra o de violencia: hay colectivos que parecen dotados de un carisma, y ocurra lo que ocurra, siempre caen de pié. Y hay gentes que son extremadamente vulnerables y, con enorme rapidez, pierden las raíces, se convierten en pavesas. La diferencia de destinos no siempre está en el dinero. Hay gente que posee un particular sentido de pertenencia, lo cual le otorga una seguridad de comportamientos. Reconstruyen sobre las ruinas. Hay otros que luchan al día y solitarios. Observando los diferentes destinos de unos y otros (no sólo en Cataluña, sino también por mi trabajo ulterior en otros países) he llegado a la conclusión de que la historia de cada comunidad tiene mucho que ver. Hay quien sabe que viene de lejos. Y hay quien sufre de una especie de amnesia cívica. Estos últimos están condenados, aunque episódicamente hagan dinero.

Hablaré finalmente de tres colectivos privilegiados.

En primer lugar, de quienes ya habían elegido como aliados a la nueva dictadura militar. Para ellos cualquier cosa era preferible antes que el caos anarquista o que el orden stalinista. Su principio central de unidad no era el nacionalismo español sino la Iglesia católica. Por encima de todo eran católicos practicantes. No en las iglesias, que seguían en ruinas, sino en los salones o en los comedores de sus propias viviendas. Curas que vestían de obreros tenían su circuito de familias en cuyas casas debían celebrar misa al menos un día a la semana, clandestinamente, para la familia y para otros fieles conocidos y de absoluta confianza. Debió haber picaresca, si bien venial. Un día en que mi ex-gobernanta vino a hacernos una visita, nos contó que uno de esos curas no era un verdadero sacerdote; a lo sumo, un ex-seminarista, ducho en unos cuantos latines y que había aprendido unos rituales. Este colectivo de clase media católica, tanto en la gran urbe, como en las pequeñas poblaciones del interior de Cataluña, se constituyó después en uno de los soportes incondicionales del régimen del general Franco. Puede decirse que hasta 1960 no hubo en su seno una ruptura generacional con efectos de disidencia política.

E) . Cada estructura social alberga un grupo, o más de uno, que posee una posición crucial, por sus funciones, en el decurso histórico de una comunidad, aunque en términos estáticos su situación no revele atributos diferenciales de interés. Barcelona era el escenario de una extraordinaria actividad intelectual, en casas editoriales y en prensa, y los miles de hombres y mujeres implicados en esas funciones tenían inevitablemente unas ciertas ideas sobre sí mismos y sobre el futuro del país. Este colectivo quedó escindido por el exilio voluntario de unos, y por la radicalización política de otros. Desde el norte de Italia, Estelrich y Cambó se escriben apoyando una edición de obras de Menéndez y Pelayo que se planeaba en la España nacional. Es un ejemplo del desgarramiento interno del colectivo, por la punta de la pirámide. En el otro extremo, están los intelectuales que asumieron la causa obrera en su forma más radical, anti-stalinista, y se dedicaron a escribir en La Batalla o en los periódicos anarcosindicalistas.

Hubo una fracción de la élite que, de modo más o menos deliberado, con plena conciencia unos, o porque no podían de momento hacer otra cosa (los más), adoptó comportamientos que solamente la historia debía cargar de valor, relativamente al país. Permanecieron en Barcelona mientras fué posible, terminando trabajos editoriales en castellano y en catalán, traducciones del francés, el inglés o el ruso. Cuando la vida en la urbe se hizo peor que difícil, se fueron a algún pueblo del interior donde patatas y aves no significaban una improbable lotería. Y se fueron con sus libros y sus traducciones. Siguieron escribiendo, lejos de la guerra, traduciendo al catalán Ovidio o Shakespeare. Y durante los años negros del franquismo, prolongaron este comportamiento. De modo que la comunidad cultural y lingüística, no visible a primera vista en términos socio-económicos, siguió existiendo, en ellos y a través de ellos.

F) . - Con la guerra civil, con la escasez, con las cartillas de racionamiento, y con la falta de materias primas, surgió un nuevo tipo humano que debía acompañarnos hasta mediados del decenio de 1950 a 1960: fué el negociante de mercado negro inicialmente llamado 'straperlista' (después se añadió la e delante de la s líquida). Veinte años de la historia social española están marcados por esta clase de personaje.

Dado que aquí se consultan poco los diccionarios, o que son raros los diccionarios que explican las cosas, ahora no se sabe ya que el término 'estraperlista' procede de 1935, y es una contracción de los apellidos de dos estafadores internacionales, Strauss y Perlo, que proyectaron un casino en San Sebastián y que sobornaron algunos altos cargos del Partido Radical. Inicialmente el 'straperlo' no tuvo nada que ver con el hambre de las grandes masas urbanas ni con negocios de importación y distribución clandestinas. Había sido un típico montaje delictivo (casino de juego con instrumentos trucados) en el que colaboraban escrocs internacionales y unos pocos altos funcionarios o políticos influyentes. En 1934 hubo en Francia una serie de escándalos de naturaleza parecida (affaire Stavisky, etc) y dado el permanente mimetismo de lo francés que se practicó en España durante la Segunda República, entra en una cierta lógica de las cosas que el fenómeno apareciese también aquí. Alejandro Lerroux perdió definitivamente la presidencia del Consejo de ministros (finales de septiembre 1935) y duró solamente unas semanas como ministro de Asuntos extranjeros, entre otras razones porque varios personajes muy próximos a él estaban implicados en el proyecto Strauss y habían recibido dinero de este holandés de origen judío.

Raramente el 'estraperlista' era un productor que hacía beneficios gracias a una situación de déficit crónico de la oferta. Su función económico-social era sobre todo la de intermediario entre productor y consumidor, situándose en la proximidad a este último. El fenómeno fué consecuentemente un hecho urbano, y durante años y años hubo una considerable fracción de clases medias que se dedicaron a la pura codicia del dinero por los medios que fuese, aprovechándose del enorme desnivel entre oferta y demanda. El término 'estraperlista' terminó por cargarse de un sentido peyorativo. El máximo desarrollo del fenómeno se dió

80 Bis

80 bis

Los que conocimos al principio del decenio de 1950 eran hombres ya maduros, que habían adquirido el sentido de sus deberes culturales antes de la guerra. Otro tanto puede decirse de los escasos mecenas.

I. 2. 5.

=====

O t r o p a í s .

A) . La propaganda del gobierno republicano fué en los últimos meses de 1938 de incommensurable torpeza. Trató de movilizar a las clases medias (que en su mayoría ya habían sentenciado a los políticos y los partidos) con el argumento nacionalista de que había que defender a España frente a una invasión alemana, italiana, y marroquí. Esta idea arrancaba de una pequeña verdad vieja de dos años, a saber, que en 1936 el alzamiento militar habría sido vencido si no hubiesen concurrido tres hechos: la disponibilidad de tropas marroquíes y de la Legión; el suministro al grupo de generales rebeldes, de armas, aviones, y tropa, por la Italia de Mussolini; en fin, la acción diplomática internacional de los países fascistas europeos y las ambigüedades del gobierno británico. **Ahora bien, en 1938 el gobierno de Franco había construido un poder propio y lo que estaba desarrollándose en España era una genuina guerra civil (sin duda, con dimensiones internacionales) no una guerra entre países.** La gente de clase media cuya existencia no dependía directamente de la administración republicana, rechazó en bloque la idea de que la guerra civil se había transformado en guerra de independencia nacional.

En la parte de España controlada por el gobierno militar rebelde, la propaganda fué más astuta, presentando el cambio de escala de la guerra como un paso de una guerra civil a una guerra de liberación contra el comunismo (comunismo = abolición de **la propiedad privada, la familia, y la religión**).

Otros aspectos de la propaganda republicana en 1938 eran no menos torpes o correspondían al pasado. La imagen de una horda marroquí entrando a saco en una población, violando mujeres, asesinando campesinos en una plaza de toros, no era

ya válida en 1938. Quizá podía ser todavía útil para incrementar el pánico entre poblaciones rurales y motivar su éxodo. Pero en Barcelona las clases medias sabíamos que la opinión pública internacional era un actor presente, lo bastante fuerte como para esperar que la caída de la ciudad se realizaría de manera suficientemente ordenada.

Fué relativamente ordenada y con apenas algún tiroteo. Pero fué también algo completamente en los antípodas de lo imaginado.

Hay que haber vivido los años treinta para concebir debidamente lo que era, ante la opinión de clases medias y de la propia clase obrera, lo que se llamó más de una vez la decrepitud de las democracias parlamentarias. Los escándalos financieros y políticos en Francia, la ceguera y la incapacidad de las clases conservadoras británicas, la debilidad de los gobiernos tanto frente a la crisis económica y el derrumbe del comercio mundial como frente a las agresiones de los Estados fascistas, eran algo que se correspondía con las imágenes humanas que aparecían en la prensa y en los noticiarios cinematográficos. Los personajes parecían alargar el siglo XIX, en sus trajes, en sus palabras, en sus ideas. Frente a aquel permanente anacronismo, podrido de viejo, se levantaban regímenes nuevos, no sólo jóvenes, sino que hacían apelación a la juventud, esgrimían lemas jóvenes, exaltaban la fuerza, la vida, las máquinas, el trabajo, la osadía. Obviamente, no cantaban la muerte y la miseria de la guerra, de la cual eran también, soterradamente, portadores. En los noticiarios cinematográficos habíamos visto los colosales pabellones del Tercer Reich y de la Unión Soviética, frente a frente, al borde del Sena, en la Exposición internacional de 1937 en París. Habíamos visto la que entonces parecía arquitectura postburguesa, sea en la Italia mussoliniana o en la Alemania nacionalsocialista. Habíamos visto en revistas reproducciones de esculturas de Arno Becker. Habíamos percibido aquella explosiva mixtura de estética y de ideología que eran los congresos al aire libre en Nuremberg o las concentraciones en el Foro Mussolini en las afueras de Roma. Habíamos visto nuevos aviones, nuevos paquebotes, gigantescos hidroaviones Dornier que hacían la travesía entre Bremen y New York... Los regímenes cesaristas postburgueses se presentaban como una cifra de poder y de eficacia, frente a la

mediocridad y el pequeño negocio político de las decadentes democracias. América estaba lejos, con paro obrero, con la policía matando obreros en las calles de Chicago o en los muelles de San Francisco, con interminables y laberínticos debates entre un presidente reformista que intentaba salvar el capitalismo, cambiándolo, y unos viejos políticos y unos magistrados que no querían saber nada de ese asunto.

En resumen: habíamos supuesto que con las tropas "de la otra Zona" iba a entrar en Barcelona una muestra de la modernidad, fuese ésta bajo etiqueta fascista. Habíamos supuesto que se presentarían tanques, camiones alemanes e italianos, soldados con uniformes no inferiores a los republicanos, el preludeo publicitario de una nueva forma de orden y de trabajo, después de tantos años de caos y de generosos, pero irrealizables, delirios.

A primera hora de la tarde hubo un reconocimiento de la ciudad por docenas de aviones, grises pintados con aspas negras, volando muy bajo. Las calles estaban enteramente vacías y las gentes recluidas en sus casas. Después se hizo un gran silencio. A veces se oía algún disparo, muy lejano. Finalmente, lo que vimos fue algo increíble. Empezaron a entrar unos batallones navarros, a pié, cada soldado a su aire y por su lado, uno llevando de la brida un mulo cargado con cacharros de la cocina de campaña, otro con una bandera monárquica en lo alto de un palo. Todos llevaban cantimplora en bandolera y una manta arrollada cruzando de pecho a espalda. Otro mulo conducido por la brida, cargado de cajones y un par de fusiles. De pronto un cura gordo, fuerte y alto, con su sotana negra. Muchas boinas rojas, algunas con borlas doradas que no sabíamos qué significaban. Al fin un camión, con una bandera carlista.

La gente empezó a llenar las calles y a hablar con los soldados. Seguían entrando al paso, dispersos, al parecer tan sorprendidos como nosotros. Aquello no tenía nada de marcial, ni de moderno, ni de fascista. No había ni un tanque ni una motocicleta con sidecar, de las que habíamos visto en el cine, el oficial sentado, el soldado al volante. En aquellos días lo que yo había hecho era, primero, participar en el saqueo de los almacenes de víveres del gobierno republicano, junto con docenas de chicos y chicas, y llevar a casa botes de conservas y de leche condensada. Segundo, cuando había electricidad, tratar de oír alguna radio. Tercero, y la mayor parte del tiempo, leer, leer, leer. Leía

un libro de Ella Maillart sobre el Asia central soviética. Y había estado leyendo a Stefan Zweig, ensayos biográficos y novelas cortas. Evidentemente, aquella cultura cosmopolita no me servía absolutamente de nada. Yo no había leído por entonces ni a Galdós ni a Baroja. A lo sumo podía recordar algunas ilustraciones de un libro de don Pedro Antonio de Alarcón sobre la guerra de África que ya debía haber leído, en mi pueblo en San Andrés de Soria, mi bisabuela materna.

Las radios anunciaron el restablecimiento de la hora solar, de modo que volvimos a vivir tres horas, ya transcurridas con el horario republicano. Se corrió la voz de que el espectáculo no estaba en la Gran Vía sino en la Diagonal, y ya de noche llegamos a la Diagonal, donde había algunos camiones militares y muchos soldados navarros mezclados con la gente, repartiendo pan o chocolate, y otros cantando y saltando en corro. Cantaban y saltaban enlazados por los hombros, en corros de unos diez o doce, sin armas, la mayoría con boinas rojas adornadas con grandes borlas doradas, y cantaban canciones navarras o vasconavarras, e invariablemente la tanda de canciones terminaba con el Oriamendi: "Por Dios, por la Patria y el Rey" (algo absolutamente desconocido para mí). Había también chicas bailando y saltando en corro, como en una sardana, enlazadas por las manos, en círculos más pequeños. Las chicas, evidentemente barcelonesas, habían improvisado por su cuenta, y dos cosas eran ya obvias: la primera, y chocante, la separación absoluta de sexos, de modo que apenas se veía un soldado alternando con una chica; segunda, que las muchachas ignoraban por entero los cantos políticos, el Oriamendi, y por supuesto, canciones que debían ser muy recientes, de tiempo de guerra. Entre los corros, por la calzada central y por las aceras, había un fabuloso ir y venir de gente que ocupaba toda la Diagonal, el Paseo de Gracia, y (según vimos luego) la Plaza de Cataluña. La gente burguesa preguntaba a los soldados de donde eran, si conocían a tal o cual familia, o se ofrecían a alojarlos para dormir. Entre medio había algún capellán militar, con uniforme y una gran cruz dorada colgando del cuello, y otra cruz más pequeña en la boina roja. No había mulos como los que habíamos visto en la Gran Vía. Tampoco había tanques ni motocicletas. Había camiones militares, algunos avanzando hacia el Paseo San Juan, semivacíos. El aspecto de los mozos contrastaba con los que habíamos visto en la Gran Vía; mientras éstos daban la impresión de una infantería pobre, de país pobre y recursos pobres, con uniformes pobres, mantas raídas, y cantimploras pidiendo el retiro, en la Diagonal la mayoría de los mozos eran de complexión más bien atlética, pelo rojizo, y uniforme bastante bueno. El conjunto era algo menos anacrónico, pero no me-

-nos sorprendente.

Nuestra estupefacción viendo y oyendo todo aquello (en particular el canto del Oriamendi) no debía ser inferior en magnitud a la sacudida emocional que tuvieron en julio de 1936 los buenos burgueses barceloneses que pensaban que, habiéndose vencido un típico pronunciamiento militar 'estilo siglo XIX, al fin iba a construirse en Barcelona el pequeño jardín progresista europeo, civilizado y único, y resultó que lo que vieron aparecer eran manadas de "murcianos", sudorosos, con camisas abiertas enseñando el cinturón cargado de un par de pistolones, o fusiles cortos al brazo, autos incautados en los que se habían pintado con brochazos negros las iniciales CNT-FAI, banderas rojinegras de la Federación Anarquista Ibérica, mientras el aire de la ciudad se llenaba del humo de las iglesias incendiadas, y de los balcones de las familias burguesas del Ensanche empezaban a ser arrojados a la calle cuadros, libros, tapices, muebles, crucifijos, y se hacían con ellos hogueras sobre el pavimento.

Y es que este país siempre está, al parecer, preñado de alguna criatura que no es la que los ingenuos esperaban.

==

La otra evidencia de aquella noche era algo que no se nos había ocurrido antes, a saber: que era el gobierno militar el que contaba con grandes masas de infantería, mientras que ésta había faltado dramáticamente al gobierno de la República. Por una parte, las quintas de familias urbanas estaban diezgadas desde la gran epidemia de gripe de 1918 que causó una pavorosa mortalidad infantil (los detalles técnicos, demográficos, se han dado a conocer muchos años más tarde, pero en Barcelona en 1938 había quien ya sabía, intuitivamente, que el gobierno de la República estaba llamando a filas quintas parcialmente vacías); en segundo lugar, la deserción entre las clases medias urbanas y la pequeña burguesía, debió ser un fenómeno de gran magnitud (cosa que ya se adivinaba, también intuitivamente). De aquí los recursos desesperados como la movilización forzosa de todos los hombres y mujeres hasta los 45 años (un decreto republicano, del 12 de enero para los hombres y del 15 para las mujeres, que fué ignorado por una población que lo que ya deseaba era el final de la guerra, como fuese).

Pronto pudimos percibir que estas reflexiones eran ex-temporáneas e impertinentes. Para la inmensa mayoría de la gente (en el medio social y urbano que nos rodeaba) lo importante era que había terminado el hambre, que había concluido (para nosotros) la guerra, que algunos billetes del Banco de España que se había sabido guardar podían ser canjeados por la casi totalidad de su valor, y sobre todo, que se podría, ya normalmente, ir a misa.

B) . Los días 27 y 28 de enero, otra vez a la Diagonal. Ahora la calzada central ya no estaba ocupada por requetés navarros con boinas rojas ni había centenares y centenares de burgueses confraternizando con ellos. Era un flujo de camiones con víveres: Burgos para Barcelona, Santander para Barcelona, Logroño para Barcelona. Algunos pasaban de largo, pero otros se detenían y empezaban a repartir. Recuerdo haber llevado a casa latas de espárragos, algo que había desaparecido, durante años, de nuestro contexto visual.

Al tercer día estábamos otro muchacho mayor que yo, y yo, en el cruce de Diagonal con Villarroel, en la parte de abajo, todavía no urbanizada. La plaza estaba aún urbanizada a medias, y más allá había los descampados del Galvany (nombre que luego desapareció). Allí paraban camiones militares y autocares, y los recién llegados entraban en la ciudad a pié, por la Diagonal. De un autocar bajaron unos cuantos curas y civiles. Los curas se agruparon como moléculas de un organismo y empezaron a venir hacia nosotros, riendo y saludando a la gente. Delante nuestro, una señora con dos niños , de unos seis o siete años el menor, y no más de diez el mayor, empujó de pronto a sus chicos hacia un cura que llevaba una especie de refajo morado; los chicos creían, al parecer, que debían darle la mano, pero quedaron muy impactados cuando resultó que la madre les hacía arrodillarse y besar la sotana, o la mano, del eclesiástico. Para comprender lo que sentíamos, hay que tener en cuenta que durante años habíamos vivido al margen de toda expresión religiosa y que el cura había dejado de ser un personaje accesible en la calle. Se ha criticado a Carlos Barral porque

en Años de Penitencia singulariza de aquellos días finales de enero de 1939 la aparición de los curas, no unos pocos, sino en cantidad. Pues bien: la percepción de Barral es la correcta. Hacía ya meses, o más de un año dada la marcha de la guerra y el caos en la zona republicana, que habíamos imaginado que en los edificios públicos dejaría de estar la bandera republicana y aparecería la bandera monárquica, y que por las calles se verían otros uniformes militares, camiones italianos en vez de los Katiuska soviéticos, etc. Lo que no habíamos previsto es que tendríamos delante rebaños de sotanas negras.

De pronto uno de los curas, que llevaba unos papeles en la mano, se acercó a mi compañero, y señalando con un dedo a un plano de Barcelona que tenía en la derecha, y con la propia derecha agitando el papel en dirección a todo el espacio libre delante nuestro, preguntó:

-- Oye, chico, ¿es ésta la avenida del rey Don Alfonso XIII?

Mi compañero consiguió mirar el plano. Era un plano de Barcelona de la época de la Exposición Internacional de 1929, y entonces la Diagonal llevaba, oficialmente, el nombre de Avenida de S.M. el Rey Alfonso XIII. Dado que media población de España había pasado por Barcelona para ver las maravillas de Montjuich, los combates internacionales de boxeo en el Estadio olímpico, u oír soporíferos conciertos de órgano en el Palacio Nacional, era comprensible que resucitasen los planos y no solamente las sotanas. Explicamos al cura que ahora era la avenida del Catorce de Abril, y que todo el mundo la conocía por la Diagonal. El cura distinguió una placa, o se hizo cargo de las cosas, y recogiendo su plano de 1929, exclamó:

-- Claro, le quitaron el nombre! --.

Y entonces su rostro se iluminó de una manera maravillosa, miró a un colega, se rió muy sincera y abiertamente, y nos dijo con los ojos brillantes, convencido de que su cerebro había producido una idea sumamente inteligente:

-- Ahora se lo volverán a quitar.

Así, de ese modo trivial y urbano, empezó para mí la ex-

-periencia de un modelo de lenguaje que iba a ser dominante en el país durante veinte años: el lenguaje que con alguna licencia técnica pero con mucha pertinencia histórica podría definirse como apodíctico.

Fué algo prodigioso cómo las gentes de clases medias ex-revolucionarias y post-revolucionarias, produjeron de modo espontáneo el lenguaje apodíctico. Los historiadores que no vivieron la época y que solamente se fían de fotocopias de documentos, no saben hasta qué punto sus reconstrucciones son ignorantes esqueletos incapaces de hablar. Con el lenguaje apodíctico se abolió durante veinte años la razón racional, convenientemente substituida por frases incuestionables, evidentes, fabricadas para provocar asentimiento y para omitir discusiones inciviles. Al lado del lenguaje apodíctico, ocupando el espacio vacío del cerebro, quedó la razón instrumental (ésto es, la de los negocios de cada día y la de los estraperlistas).

En el comedor de nuestra vecina la madre de una funcionaria del Ayuntamiento, después de hacer canje de botes de conserva que a nosotros nos sobraban, por aceite que ellas tenían y nosotros no, etc. etc., quizá en torno a unas tazas de algo caliente:

-- Estamos en el año 1939. (Asentimiento colectivo). Es el Tercer Año Triunfal. (Asentimiento colectivo). Pronto se rendirá Madrid y la guerra habrá terminado. (Asentimiento colectivo). Los soldados navarros son muy buenos soldados. (Asentimiento colectivo). Dicen que Franco está ya en Barcelona, pero de incógnito. (Silencio. Enunciado no claramente apodíctico). Habrá un gran desfile militar. (Asentimiento colectivo). Por la Diagonal. (Asentimiento colectivo).

Luego oíamos el segundo nivel del lenguaje apodíctico. Éste era la perfección en la apodicticidad enmascarada. Aparentaba el proceso de la razón racional (antecedente-consecuente) cuando de hecho resultaba de la asociación-contagio-semántico entre un enunciado con alguna palabra del enunciado anterior.

-- Dicen que Su Santidad el Papa ya previó en una profecía que el año 1939 empezaría con la caída de Barcelona. (...) Los italianos son nuestros mejores amigos, porque son católicos. (...) Los alemanes también son nuestros amigos, pero hay que tener precaución, porque son paganos. (...) De todos modos los alemanes son una nación muy educada. (...) El gobierno de un país no puede estar en manos de anal-fabetos. (...) Doctores tiene la Iglesia. (...) La religión católica es la sola religión verdadera (...) En un barco no puede haber varios

capitanes; tiene que mandar un solo capitán (...)

Rebobinado del programa y retorno al primer nivel del lenguaje apodíctico:

-- Son ya las ocho.

Y emergencia de la razón instrumental:

-- ¿Nos acompañan ustedes a rezar el Rosario?

El país no solamente había quedado dividido, de raíz, entre vencedores y vencidos; además había quedado purificado mediante el autoreconocimiento que los justos tienen de sí mismos, lo que conlleva en lógica formal y en la substantiva, la exclusión de los pecadores.

Y en efecto, así fué. Los rebaños de sotanas tenían un objetivo material, nosotros los muchachos maleados por ocho años de pedagogía republicana. Se separaron los chicos de las chicas. Se reconstituyeron los institutos de segunda enseñanza por sexos de modo que el Balmes se convirtió en instituto exclusivamente masculino. Incluso en las academias privadas se apartó a las niñas en clases aparte, o en una fila de mesas aparte si el aula era lo bastante grande. El chalet de la casa Colferichs fué ocupado por monjas, y las niñas del barrio fueron vestidas con uniformes rápidamente confeccionados por las familias post-revolucionarias, y desde entonces a lo largo de cuarenta años el edificio fué llamado 'el chalet de las monjas'. Las adolescentes emancipadas se redujeron a una especie rarísima, en proceso de extinción: la supuesta europeización antecedente había sido, claro era, algo tan sutil, vulnerable, y consumible, como un papel de fumar. Tan efímero como los nombres anarquistas en los cines (el 'Ascaso' = el actual Vergara) o en la toponimia urbana (la Plaza Ferrer y Guardia = la actual plaza del Obispo Urquinaona). Un día invité al cine Maryland (destinado a llamarse, por orden de un gobernador civil franquista y anglófobo, cine Plaza) a una chica, y cuando ya tenía compradas las entradas apareció súbitamente, como un rayo cayendo del cielo, su hermana mayor, la arrancó de mi lado, estirándola violentamente por el brazo, y la llamó una cosa triste, risible, lamentable, como otras palabras que han hecho naufragio en el diccionario: la llamó pelandusca. Desaparecieron también de los vestíbulos de los cines aquellas preciosas mujeres jóvenes, con una boina marrón o gris, un gran impermeable o gabardina que parecía robada al marido, apretada por un cinturón ancho, anudado con gracia, un tipo de mujer que imitaba a la Garbo paseando por alguna calle de Nueva York, y que no podía verse más que en Barcelona, una mimesis tan buena como el original. Desaparecieron

las muchachas que sin prejuicios, delante de otros chicos y chicas, aprendían a besarse con un muchacho, supuestamente su novio, unos besos larguísimos como los de las películas americanas de los años treinta. Y en fin, desaparecieron las películas mismas, y empezaron a llegar unos films italianos altamente sorprendentes, que no tenían nada que ver con la realidad social italiana, films de gente millonaria, autos Bugatti, teléfonos blancos, flirteos insinuados, mujeres artificiales, algo que, re-pensado a distancia, muestra que la manzana fascista estaba ya en 1939 tan parasitada por gusanos californianos como la manzana soviética cincuenta años más tarde.

Todo el país entró a velocidad de vértigo en la moral y en la hipocresía. Un país con mucha moral y sin ninguna ética, pues era otra vez la época de las delaciones y las denuncias, las venganzas, el uso de la amenaza política como arma dirimente, el humillante "no es más que un rojo", la disputa entre los propios burgueses de los muebles y las obras de arte que habían aparecido en los grandes pisos del Ensanche donde vivían políticos republicanos o que habían sido incautados por cenetistas o comunistas, de modo que una cantidad de familias barcelonesas de la burguesía se encontraron, al recuperar sus casas, con muebles y objetos que no eran suyos, y solamente algunas los entregaron a unos almacenes bajo custodia militar que se crearon a tal fin (donde prosiguió la apropiación burguesa por otros burgueses, algo tan lleno de virtudes cívicas que mereció un comentario sarcástico de La Vanguardia).

Aconteció también algo sumamente importante, por la trascendencia que tuvo en las vidas de tanta gente que había comulgado con los ideales de ciudadanía republicana. En lugar de la ciudadanía se instauró, como virtud cívica, la profesionalidad. Dado que doctores tiene la Iglesia, se terminaron los tiempos de la participación de todos en las discusiones de todos. El ciudadano bien informado, apasionado de política, fuese ésta catalana, española, o las grandes manobras de la mundial, pasó a ser un tipo superfluo. No más conversaciones políticas en peluquerías, cafés, salones familiares. No más discusiones ideológicas. No más reflexiones sobre el régimen político y social mejor o más deseable para este país. La información política devino asunto de profesionales, abogados, periodistas que publicaban apenas un tercio de lo que sabían, eclesiásticos estratégicamente situados, y jefes de FET y de las JONS, en el secreto de sus despachos. Todo esto implicaba que también una cantidad de bibliotecas privadas devenían superfluas. La mayoría de los libros que tenía mi padre,

desde el Emilio de Juan Jacobo Rousseau, hasta el Facundo: Civilización y barbarie de Domingo F. Sarmiento, podían ser vendidos a peso como etapa en la producción de nueva pasta de papel, pues mi padre no era doctor ni miembro de la Iglesia.

La ciudadanía, como virtud cívica y como función social, fué podada de todos sus atributos participativos en la vida de la Cité o Polis, y quedó reducida a los atributos estéticos: la admiración por el barrio viejo, el entorno de la Catedral, lo que quedaba del esplendor del Parque de Montjuich, la rosaleda entre el teatro griego y la avenida del Estadio, o rincones de Pedralbes, a donde había que ir en auto porque por entonces se consideraban un espacio remoto, poco menos que deshabitado...

La colocación de la profesionalidad más estricta (cierre de filas de los expertos) en lugar de la ciudadanía, implicó a su vez la desaparición de la tolerancia. Ya durante la República, a medida que avanzaban la descomposición social (por una parte) y la polarización política (por otra) se había iniciado el proceso de agonía y muerte de la tolerancia. Precisamente Barcelona, la Barcelona burguesa, "el Paris del Sur" según recordaba Sieberer en su texto de 1937, había quedado como un espacio de diálogo y de tolerancia, a condición de que los extremismos aniquiladores del adversario no se hiciesen presentes entre los dialogantes. Pero este residuo desapareció con el resultado de la Guerra civil. Los profesionales sabían lo que tenían que saber, y como ya no dependían de principio electivo alguno ni de clientelas, los no profesionales no tenían otra alternativa que callarse.

Coherentemente con lo que estoy describiendo, quedó restaurada en su plenitud la función del dinero: vales según la masa de dinero que tienes. Lo que a su vez implica que únicamente los poseedores de grandes masas de dinero son distinguidos socialmente y se les rodea de respeto. Todo el culto de la inteligencia, de la investigación científica (los pabellones Rockefeller en la ciudad universitaria de Madrid, los laboratorios de física, los investigadores como Rio Hortega y Duperier, etc), y la razón racional y laica, fueron barridos por un estremeedor, alucinante, aquelarre religioso.

Los regímenes fascistas eran, además, demagógicos exaltadores de la fuerza y de la juventud. En 1939 tener más de

45 años era casi un pecado, y haber asumido ideales democráticos era signo de tontería.

Y así resultó que, no estando socialmente entre los vencidos, nos encontramos, cultural, ideológica, y moralmente, entre ellos.

Había en 1935 una palabra entonces de moda que yo encontraba más bien ridícula. Era la palabra inglesa spleen. Descubrimos que había jóvenes de la burguesía a los que la guerra había salvado del spleen. Habían vuelto a Barcelona con el fusil en la mano, boina roja y camisa azul, con graduación por lo menos de alférez, y el nombre en el cuadro de honor que periódicamente publicaba la prensa del Movimiento, con los caídos más los supervivientes del Tercio de Nuestra Señora de Montserrat. Habían olvidado el vacío de sus vidas y la frivolidad. Fué la época del trascendentalismo, una moda retórica, quizá una estrategia entre las clases altas, pero contagiada a las clases medias (y transmutada entonces en valores nada hipócritas ni susceptibles de hipocresía).

Los eclesiásticos y los falangistas, cada uno por su lado y con sus respectivos lenguajes, contribuyeron a hacer durar por unos años las mimesis, los efectos, y las heridas de su absolutismo de espíritu. Sin duda el terreno estaba psicológica y emocionalmente preparado, sea por el puritanismo laico, jacobino, y rebotante de virtud racionalista (como era el contexto en mi casa), sea por el ascetismo y el rigorismo católicos (cuya máxima expresión en la época eran las episódicas fiebres místicas de predicadores y de publicaciones mesetarias), sea, en fin, por aquella peculiar forma de absolutismo que fué el modelo alemán, más prusiano que bávaro, más luterano que nazi, que fué objeto de culto en toda Europa continental durante los años de apogeo del Tercer Reich, incluso entre gentes que no eran simpatizantes de Hitler y de sus actos y proyectos. El caso es que entre una cantidad de adolescentes y de hombres o mujeres en edad difícil, de clases medias, que por azar o por inercia se habían quedado durante la Guerra civil en la entonces llamada 'Zona roja', se desencadenaron súbitas, imprevistas, angustiosas, y afortunadamente transitorias, crisis de culpabilidad y de religiosidad.

No había lugar para los rebeldes. Nosotros también deberíamos hacer nuestros años de penitencia.

Welch ein fremdes, neues Leben !
Ich erkenne dich nicht mehr.
Weg ist alles...

(Goethe, Lieder).

I. 3.

Notas y precisiones sobre la Parte Primera .

=====

I. 3. 1 - La reescritura de la microhistoria y el determinismo.

- En el siglo XIX continental no parece haber inquietado mucho a los historiadores la reescritura de la microhistoria. Era tan visible y manifiesto el proceso de la macrohistoria, que unas pinceladas erróneas no podían alterar la amplitud, consistencia, contenido, y verdad, del cuadro entero.

La creencia en alguna clase de determinismo histórico formaba parte de las ideologías de la época y se halla en una pluralidad de autores continentales (en particular franceses) tanto racionalistas modernizadores y quasi-revolucionarios, como Saint-Simon, o bien en deterministas reaccionarios como Gobineau. Supuestas, o asumidas de modo apriorístico, ciertas causas o factores, éstas debían operar intrínseca y necesariamente en una dirección dada y con unas consecuencias y no otras.

Véanse estos párrafos que cito a seguido, como ejemplos aducibles entre otros de su estilo, párrafos que hoy nos dejan más que perplejos, asombrados. Dice Saint-Simon:

"La ley superior del progreso del espíritu humano conduce y domina todo; para ella, los hombres no son sino instrumentos. Aunque esta fuerza deriva de nosotros, no está en nuestro poder substraernos a su influjo o controlar su acción, como tampoco podemos cambiar a voluntad el impulso primigenio que hace circular a nuestro planeta alrededor del sol. Todo cuanto podemos es obedecer esta ley dándonos cuenta del camino que nos prescribe en vez de ser ciegamente empujados por ella". (L'Organisateur, 1819, en Oeuvres, IV, 119).

"El porvenir está compuesto de los últimos términos de una serie cuyos términos primeros constituyen el pasado. Cuando se estudia a fondo los primeros términos de una serie, es fácil deducir los siguientes; así, del pasado bien observado, es posible deducir fácilmente el porvenir" (Mémoire sur la Science de l'homme, 1813, en Oeuvres, III, 288).

Si esto decía el fundador del positivismo, decenios más tarde el ultranacionalista Gobineau no era menos categórico:

"Me considero ahora provisto de todo lo necesario para resolver el problema de la vida y la muerte de las naciones".

(...)

"La Historia no es una ciencia constituida de distinto modo que las demás. (...) Se trata de hacer entrar a la Historia en la familia de las ciencias naturales, de darle (...) toda la precisión de esta clase de conocimientos a fin de substraerla a la jurisdicción (...) de facciones políticas".

(...)

"La jerarquía de las lenguas (nacionales) corresponde rigurosamente a la jerarquía de las razas".

(Conde de Gobineau, Essai sur l'inégalité..., traducción española, Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas, Barcelona, 1937, editorial Apolo, respectivamente páginas 44, 623, 629, y 149).

Poniendo en términos generales el abordaje de la Historia como ciencia natural (sic), puede decirse ésto: Aquella gente, fuesen de derecha reaccionaria o fuesen modernizadores revolucionarios, estimaban que el proceso histórico está rigurosamente determinado; por tanto, el conocimiento del objeto científico debía ser determinista; ésto requería a su vez que el proceso científico emplease métodos e ideas heurísticas deterministas. Dadas tales premisas, la cientificidad del producto era asimismo algo asegurado, objetivamente necesario.

Este tipo de fé lo abrazaron acriticamente, en el siglo XX, muchos soi-disant marxistas, desde Stalin hasta la señora Marta Harnecker.

Ahora el clima de ideas heurísticas prevalecientes nos ha llevado al extremo opuesto. Véase en el útil libro de David Hackett Fischer, Historians' Fallacies: Towards a Logic of Historical Thought (Londres, 1971, Routledge & Kegan Paul) el capítulo titulado "Fallacies of Causation" (pp. 164 - 186).

De modo coherente con la concepción del mundo empirista propia de una mayoría de intelectuales y profesores anglosajones, y en particular norteamericanos, se rehusa la idea simple de causación para enfatizar la ilimitada plurifuncionalidad de cada evento, y la aleatoriedad de las cadenas de eventos. Generalizaciones a partir de verdades locales. Así

en esa obra el autor norteamericano considera a veces con excesiva humildad que la faena científica del historiador debe limitarse a proponer, razonar, y probar, paradigmas de interpretación. Y que no es una mera conveniencia que empiece su capítulo citado con un enunciado de Ludwig Wittgenstein que dice "Der Glaube an den Kausalnexus ist der Aberglaube" (la creencia en el vínculo causal es superstición).

I. 1. (Segunda nota). - La idea de que la escritura de la Historia es un diálogo con el pasado, influido por los intereses políticos del presente, es común a muchos autores, aunque no todos con el énfasis con que se halla, sea en Benedetto Croce, sea en los marxistas. E.H. Carr en What is History? expresa la misma idea. Y Collingwood está en idéntico campo cuando pretende que el historiador reproduce, en su pensamiento, el pensamiento de los actores históricos que cumplieron determinados actos.

I. 1. (Nota tercera). - Cuando un espacio social se halla muy fragmentado por diferentes subculturas, puede acontecer lo siguiente: una pequeña minoría está obsesionada por un problema, el cual es "su" problema; y cuando alguien de esa minoría se pone a escribir la Historia de la entidad social, política, o geográfico-política, más englobante y general, entonces escribe esa Historia imputando a toda la sociedad, o generalizando a toda la población, lo que era nada más el problema de la minoría de su adscripción o pertenencia. Tal procedimiento conduce a anacronismos gigantescos, por decir lo menos grave. La cosa deviene delirante cuando los actores históricos del pasado son definidos, juzgados, etc., por su conciencia o su inconciencia del problema de aquella minoría, y no por los intereses y motivaciones que les eran propios y que marcaban el cauce de los acontecimientos. Este tipo de falacia lo oimos ahora casi cada semana por algunos medios de comunicación en Barcelona.

El oficio de historiador no ha podido liberarse todavía del estigma original que lleva en sí desde su nacimiento, cuando era función reservada a un cronista en el entorno cortesano de al-

-gun autócrata. Se escribe Historia para servir al poder constituido, se escribe Historia como biografía apologética, hagiografía ejemplarizante, o como biografía condenatoria y estigmatizadora. Se escribe Historia-ficción, como ya denunciaba un antiguo diálogo platónico, el Menexeno. Se escribe sobre todo Historia con el objetivo de reforzar la cohesión de un grupo social, una etnia, una nacionalidad, de crear, mantener, o incrementar, la conciencia política, para lo cual se recurre a veces a la fabricación de mitos, en el sentido que Georges Sorel dió al término mito, el sentido de instrumento político. Y ésto seguirá probablemente siendo así porque, como decía el gran maestro Enrique Gómez Azboleja (1957) "toda sociedad es una organización discutible, que vive justificándose".

En fin, se escribe Historia para que el historiador acceda con éxito al mercado por la originalidad o el escándalo, y se convierta episódicamente en personaje público, con una cotización de su papel.

No es suficiente, por tanto, la existencia de un instrumental técnico historiográfico, y de un repertorio de conceptos con status científico. Hacen falta unas condiciones organizativas e institucionales que creo pueden enunciarse así:

(i) que exista una comunidad científica de la que formen parte los historiadores,

(ii) que los miembros de la comunidad científica que se dedican a la producción de Historia estén motivados por normas de ética profesional y de autocrítica,

(iii) que el esclarecimiento del pasado sea valorado públicamente, bien por la belleza de su reconstrucción (criterio estético), bien por la comprensión de cómo eran, cómo trabajaban, pensaban y vivían otros hombres (criterio humanístico comparativo), bien por la trascendencia que el conocimiento de los problemas del pasado puede tener para la gestión del presente (criterio pragmático),

(iv) que haya otros profesionales de la ciencia social interesados en aprender de los errores del pasado, y por tanto interesados en los servicios des-interesados de los historiadores (criterio interdisciplina-

-rio),

(v) que haya un pluralismo político, de modo que la escritura de la historia no se constituya en la seriación de las versiones oficiales, según el partido dominante.

I. 3. 2 . - La idealización del grupo de referencia.

- Existe una hipótesis sociológica que dice que cuando un autor (o un actor social) describe una clase social a la cual no pertenece pero en la que aspira a entrar, en su descripción no solamente la idealiza sino que además le imputa valores que no son propiamente de esa clase, sino que son valores de la clase social del aspirante, transferidos.

Creo que esta hipótesis fué formulada teniendo in mente dos ejemplos de la historia social europea en el siglo XIX, a saber:

Primero : miembros de la burguesía que pretendían entrar en la aristocracia. Estos burgueses imputaban a su aristocracia (que era ya decadente) unas virtudes políticas de organización y mando que había dejado de poseer, y unos valores patrióticos que estaban pasando de moda a causa de la creciente relación internacional (y del cinismo consecutivo al cosmopolitismo de las clases más altas). Los burgueses idealizaban la organización y el mando porque constituían principios opuestos a la aleatoriedad del mercado y a la indisciplina laboral de las clases subordinadas; e idealizaban el patriotismo político porque necesitaban la protección del mercado nacional frente a manufacturas de otras naciones.

Segundo : miembros de las clases medias que aspiraban a entrar en la burguesía. Esta gente de clase media creía que el trabajo y el ahorro son factores dominantes para el éxito en el proceso que los aprendices de sociólogo y otros escritores llamaban de capilaridad social. Y ya avanzado el siglo XIX imputaban a la burguesía valores de trabajo, ahorro, moralidad familiar, independencia patrimonial, etc., que estaban siendo desplazados por una nueva

moral de los negocios, la especulación financiera, el enriquecimiento rápido en connivencia con políticos profesionales situados en posiciones estratégicas, etc.

No ha de confundirse la hipótesis sociológica de idealización de una clase social (u otro colectivo) por parte de un aspirante a entrar en ese colectivo, con el embellecimiento retórico de la clase cuando el autor de la idealización necesita fácticamente el apoyo o el clientelismo de esa clase (como sería el caso entre los demagogos).

Cito las hipótesis (en particular el referente empírico que enumeré como 'Segundo') para descartar que sea pertinente para definir la actitud de mi padre, ni en 1935 ni después, respecto a la fracción de la burguesía barcelonesa que en este texto describo. Está fuera de cuestión que nosotros hubiéramos jamás imaginado entrar en esa clase social. Ciertamente, mi padre consideraba con respeto algunos de sus rasgos (seriedad, objetividad, espíritu de empresa, trabajo, tolerancia cultural, mecenazgo científico, etc) pero al mismo tiempo sabía, por experiencia propia, que en el seno de esa clase había especuladores, gente frívola, bons vivants, cínicos e irresponsables. Entre 1927 y 1930 creo que mi padre perdió dinero participando en proyectos o inversiones lideradas por buenos burgueses barceloneses. Años de una prosperidad y una frivolidad incommensurables. No sería oportuno que yo escriba, ahora, los apellidos de algunos personajes de la época cuyas familias siguen, naturalmente, ocupando una posición social en esta ciudad. Curiosamente, algunos nombres que yo he oído, años después, como objeto de crítica, los recuerdo más bien (siendo yo todavía muy pequeño) como mencionados con cierta aprobación: el marqués de Foronda, un banquero que creo que era don Simeón García (de Riva & García), y hélas! la Compañía Financiera Arnús Garí. Entre 1925 y 1930

debió producirse (se produjo sin duda) un enorme flujo de capitales privados desde toda España hacia Barcelona-ciudad (un fenómeno que se repite de 1961 a 1975). Y hubo inversiones bien remuneradas y otras que se perdieron.

I. 3. 3. - Escisiones cultural-políticas intra-clase.

I. 3. 3. (A) - Un ejemplo de la fragmentación cultural y política tanto entre la burguesía barcelonesa como entre los expertos a su servicio, lo podemos constatar por las palabras que Josep Maria Tallada i Paulí escribe justificando su aceptación del nombramiento (por Calvo Sotelo, ministro, a través de una Real Orden) de vocal en la Comisión Flores de Lemus:

"Aquest nomenament per part d'un Govern de les característiques que tenia el d'aleshores, em planteja, com es pot comprendre, un petit cas de consciència. Però després de consultades persones de reconeguda catalanitat y seny, decidí d'acceptar aquell càrrec. (...) He de confessar que amb la meva acceptació, tot posant al servei del nostre país el meu escàs valer, vaig veure la possibilitat de fer arribar a les altures del poder unes quantes veritats sobre els desencerts de la seva política econòmica, que vinguessin a trencar el chor d'adulacions que voltava els homes de la Dictadura".

(J.M. Tallada, Economía Monetaria Espanyola, Barcelona, 1930, Publicacions de l'Agrupació Pro-Ciències Econòmiques; pp. 82-83).

En la comisión Flores de Lemus había otros catalanes además de J.M. Tallada, a saber: Pedro Gual Villalbí (secretario del Fomento del Trabajo Nacional), Josep Armenteres (Vicepresidente de la Cámara de Comercio de Barcelona), el Marqués de Cabanes (presidente de la Asociación de Banqueros de Barcelona).

Después de la Guerra civil, Eduardo Aunós (si estoy bien informado) ayudó a J.M. Tallada a recuperar sus cátedras en algunas instituciones barcelonesas. En los años cuarenta aparecen artículos de Tallada en La Vanguardia.

I. 3. 3. (B) - En otras entrevistas hechas por el director de El Financiero a políticos catalanes, puede verse la dramática agudeza del conflicto de los rabassaires y la absoluta hostilidad de los hombres de la Lliga a los proyectos de ley del gobierno Companys. Por el contrario, P. Gual Villalbí buscaba una fórmula de

compromiso entre los cultivadores catalanes y sus terratenientes. (Véase como ej., en Pedro Gual Villalbí, Política Económica, Escritos varios, Barcelona, 1936, Editorial Juventud, el capítulo sobre Política agraria, pags. 105 a 127).

I. 3. 3. (C). Economistas y aficionados.

- El desnivel cualitativo entre los economistas al servicio de la Lliga y los economistas (o aficionados) al servicio de los partidos de izquierda, es fácilmente perceptible cotejando textos de unos y otros. El principal economista de izquierdas era Joan P. Fábregas. Su libro titulado La crisis mundial y sus repercusiones en España (Barcelona, 1933, sin pie editorial, 167 págs.) contiene bastantes informaciones de interés, que son tratadas a un nivel superficial, periodístico, con un lenguaje no científico (ni siquiera universitario).

→ La honestidad intelectual y la objetividad histórica de los economistas, universitarios jóvenes, al servicio de la Lliga, es algo manifiesto cuando se comparan sus análisis de la época con cosas que se han escrito, por otros autores, mucho más tarde (o que se han dicho por medios de comunicación de masas sobre los mismos o similares problemas). En el libro de Joan Sardá y Lluç Beltrán Els problemes de la Banca catalana (Barcelona, 1933, Institut d'Investigacions Econòmiques) al tratar la desaparición del Banc de Catalunya, se critica el comportamiento del Banco de España y del Ministro de Hacienda, pero previamente se ha hecho un análisis (pp. 24 y 25) de la mala gestión del Banc y de su financiación de negocios dudosos, y se dice:

"Si el Banc de Catalunya hagués tingut un capital doble del que tenia, aquesta actuació tampoc no hauria pogut aprovar-se (...) i cal tenir en compte que el Banc de Catalunya, malgrat anunciar un capital efectiu de 40 milions de pessetes, de fet no hi havia pogut arribar, sinó que moltes de les accions emeses s'havien hagut de quedar a poder del Banc."

(Op. cit., pag. 25)

I. 3. 4. La revista Leviatán.

- En mi casa no quedó ningún ejemplar de la revista Leviatán. Pero recuerdo que en las conversaciones se decía que su director, Luis Araquistáin, había evolucionado hacia la izquierda dentro del PSOE. Era una revista estrictamente marxista. Hay que tener en cuenta que en España se imitó mucho en aquellos años, no solamente el modelo jacobino radical-socialista francés, sino también (tanto por la derecha católico-corporativista como por la izquierda marxista) los modelos austriacos. Y que desde el Congreso de Einfeld (finales de diciembre de 1888) el Partido Obrero Socialdemócrata de Austria era uno de los más radicales de Europa; en su programa estaban la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, la abolición del ejército y su substitución por el pueblo en armas, etc. El periódico oficial del Partido llevaba el significativo título de Die Gleichheit (La Igualdad).

Después de la Guerra civil, Araquistáin devino un socialista liberal y anticomunista, fuertemente antisoviético (como prueban sus artículos de prensa en Estados Unidos en la primavera-verano de 1939).

101 Bis

I. 3. 5. - El editor González Porto.

- En mi biblioteca se conserva esa edición del Libro de la Cultura, en 8 volúmenes (los únicos publicados, de unos 15 en proyecto). Recuerdo al personaje González Porto, en su oficina de un quinto piso del gran edificio de oficinas que hay en Plaza Cataluña esquina a Rambla de Cataluña. Era un hombre impactante por su dinamismo, su energía y su simpatía. Por lo que concierne a la obra, publicada en co-producción con Salvat Editores de Barcelona, contaba con colaboraciones de la talla de Blas Cabrera, Américo Castro, Comas Solá, Menéndez Pidal, el Dr Jaime Pi i Sunyer, J. Ortega y Gasset, el P. Rodés S.J., don Miguel de Unamuno, etc. También había muchos (la mayoría) colaboradores hispanoamericanos, como Amunátegui, Henríquez Ureña, Ricardo Levene, etc. La envergadura de la publicación, destinada a jóvenes de bachillerato, demuestra el altísimo nivel cultural y científico que se había alcanzado en Barcelona en los años inmediatamente anteriores a la Guerra civil.

I. 3. 6. - La representación burguesa del movimiento anarco-sindicalista. -

Las orientaciones y la actitud con las cuales las clases medias y la burguesía media barcelonesa, consideraban al movimiento anarcosindicalista, en particular, y al movimiento obrero en general, se hallan muy bien resumidas y clasificadas en una conferencia que el secretario general del Fomento del Trabajo Nacional, Pedro Gual Villalbí, dió en Zaragoza en 1933 bajo el título Conexiones de la política económica y de la política social (publicada como folleto de 31 pags. conjuntamente por Fomento del Trabajo Nacional, Barcelona, y Heraldo de Aragón, Zaragoza).

Gual Villalbí distinguía allí cuatro tipos de sindicalismo obrero (o cuatro tipos de unionismo, ya que emplea la terminología anglosajona): el pragmático o práctico, el revolucionario, el aristocrático, y el depredatorio.

No es pertinente reproducir aquí su larga argumentación; diré resumiendo que:

- el primer tipo de sindicalismo busca la institucionalización del conflicto, estabilidad del trabajo, contratos colectivos, conciliación y arbitraje, apela sólo excepcionalmente a la huelga;

- el segundo tipo no se interesa por mejoras locales de las condiciones del trabajador; quiere mantener viva la insatisfacción revolucionaria para conseguir un día la meta final, la dictadura del proletariado;

- el tercer tipo es propio de algunos núcleos en Inglaterra y los Estados Unidos, dice, y a continuación lo describe en tales términos, que transcribo sus párrafos como verdadero, y emotivo hasta la ingenuidad social, modelo del movimiento social individual imaginado por la burguesía barcelonesa;

- en fin, el cuarto tipo, el depredatorio, es el sindicalismo de la violencia por la violencia, actos de sabotaje, atentados a patronos, etc. "De ese unionismo depredatorio, España tiene una triste experiencia: nació en Barcelona y se corrió por toda la Península, y Zaragoza tiene también escritas en la historia negra (...) páginas sangrientas" (pag. 15 del folleto citado).

De los párrafos dedicados al unionismo aristocrático, copio

lo más significativo:

"Este unionismo aristocrático... se preocupa fundamentalmente de elevar el nivel cultural de la masa obrera (...) recomienda a los obreros que imiten las virtudes de la burguesía, sobre todo que imiten de ella su tenacidad, su perseverancia en el trabajo y su virtud para el ahorro. Esta modalidad del unionismo les dice a los obreros: las actuales clases burguesas proceden en gran parte de las clases inferiores de nuestra sociedad; no resulta difícil, actualmente, al hombre que trabaja y sabe ahorrar, alcanzar un nivel superior, ya que no están cerrados los caminos para encumbrarse. Hay en nuestras modernas sociedades un principio de capilaridad social que impulsa a cada hombre a elevarse por encima del nivel que ocupa. Pues bien, que los obreros sientan de verdad ese principio de capilaridad social, que se eleven, que se dignifiquen, y alcanzarán el mejoramiento que anhelan".

(Pedro Gual Villalbí, Conexiones de la Política Económica y de la Política social, Zaragoza, 1933, Editorial Heraldo de Aragón y Fomento del Trabajo Nacional, Barcelona).

Esos párrafos se pronunciaban en plena crisis económica, antes de la toma de posesión de Franklin Roosevelt como Presidente de los Estados Unidos (Marzo de 1933). En aquella conferencia el profesor Gual Villalbí no parece haber considerado la hipótesis de que, con esa movilidad ascendente, el sindicalismo era superfluo.


Para 2 103 Bis

Esta clase de profesionales de la destrucción invocaban a menudo la "voluntad del pueblo" frente a principios institucionales y reglas de procedimiento que son una de las características del Estado de Derecho. Esa "voluntad del pueblo" no coincidía siempre, necesariamente, con la expresada en las urnas, sino que constituía una suplantación. En este aspecto es históricamente una pieza significativa (entre otras muchas) un editorial de La Veu de Catalunya titulado Cal Organitzar el País (La Veu de C., Año 45, num. 12170, 22 de junio 1935). En ese editorial se describe la situación de numerosas instituciones públicas que han perdido, a causa de no convocarse elecciones, su legitimidad democrática, y se dice en términos más generales lo siguiente:

"Aquest episodi ve a revelar tota la gravetat de la situació política que travessa Espanya. Les recerques biològiques dels darrers lustres demostren que tot ésser viu, encara que sigui rudimentari, té una organització, i que sense organització, doncs, no és possible la vida. Espanya, però, políticament, és un país sense organitzar".


Si esta era la opinión política en la Lliga Catalana, hay que decir que también en el seno de Izquierda Republicana (española) había un estadista, el Presidente Azaña, que sostenía (cuando podía) opiniones similares. Si estoy bien informado, Azaña sugirió varias veces a Companys (una de ellas a través del jurista Pedro Corominas, un personaje del cual hablaré más tarde por otro motivo) que revalidase con unas elecciones su retorno al poder en Cataluña en febrero de 1936, renovando el Parlament de Catalunya. Estas elecciones nunca se celebraron. (Las de febrero de 1936 fueron para el Congreso de Diputados, en Madrid).

I.3.7. - Periodistas, políticos, y politicastos.

Otro de los servicios del cosmopolitismo, vía educación  a la francesa, está en la claridad con que veíamos el mal que habían hecho al país los profesionales de la política politiquera (politique politicienne) más los periodistas que les hacían eco y montaban historias sobre esos personajes. Y es que había un término francés de finales del siglo XIX, que reunía en un substantivo altamente peyorativo a esos políticos profesionales y esos periodistas: se los llamaba la racaille.

Esta clase de profesionales de la destrucción invocaban a menudo la "voluntad del pueblo" frente a principios institucionales y reglas de procedimiento que son una de las características del Estado de Derecho. Esa "voluntad del pueblo" no coincidía siempre, necesariamente, con la expresada en las urnas, sino que constituía una suplantación. En este aspecto es históricamente una pieza significativa (entre otras muchas) un editorial de La Veu de Catalunya titulado Cal Organitzar el País (La Veu de C., Año 45, num. 12170, 22 de junio 1935). En ese editorial se describe la situación de numerosas instituciones públicas que han perdido, a causa de no convocarse elecciones, su legitimidad democrática, y se dice en términos más generales lo siguiente:

"Aquest episodi ve a revelar tota la gravetat de la situació política que travessa Espanya. Les recerques biològiques dels darrers lustres demostren que tot ésser viu, encara que sigui rudimentari, té una organització, i que sense organització, doncs, no és possible la vida. Espanya, però, políticament, és un país sense organitzar".

Si esta era la opinión política en la Lliga Catalana, hay que decir que también en el seno de Izquierda Republicana (española) había un estadista, el Presidente Azaña, que sostenía (cuando podía) opiniones similares. Si estoy bien informado, Azaña sugirió varias veces a Companys (una de ellas a través del jurista  don Pedro Jorominas, un personaje del cual hablaré más tarde por otro motivo) que revalidase con unas elecciones su retorno al poder en Cataluña en febrero de 1936, renovando el Parlament de Catalunya. Estas elecciones nunca se celebraron. (Las de febrero de 1936 fueron para el Congreso de Diputados, en Madrid).

I. 3. 8. - Clases medias, anarcosindicalismo, y stalinismo.

(A). La gestión de la CNT en grandes empresas. -

Escribo a cincuenta y cuatro años de distancia de los acontecimientos en Barcelona, intra-guerra civil. En lo substancial mi opinión (o más precisamente, mi juicio) no ha variado en algunos puntos fundamentales. La enorme literatura acumulada sobre el asunto en Europa y América, en la medida en que la conozco o la he examinado resumida en obras que hoy suelen tenerse por clásicas, no ha hecho variar aquella firme opinión de adolescente y de testigo presencial, opinión que era también la de mi padre y la de otras muchas personas en nuestro entorno: los anarquistas de la CNT-FAI, y más en particular los de la FAI y un sector radical de las así llamadas 'Juventudes Libertarias', más unos cuantos centenares de jóvenes incontrolados armados que llevaban pañuelos rojinegros al cuello, más las 'Patrullas de Control', fueron los responsables de que la Guerra Civil estuviese ya perdida por la República al final de septiembre de 1936. Por mucha que fuese la violencia política y los odios de clase (y odios familiares o vecinales, o ambos, disfrazados de odios políticos), que se habían acumulado en la población española, las clases medias, una buena parte de la clase obrera industrial, y casi todos los funcionarios republicanos tanto de la Administración central como de la catalana, asistieron con verdadero horror a los asesinatos que cometían los anarquistas, a los incendios de iglesias y conventos, y a la destrucción de obras de arte. La opinión pública internacional, en la fracción que más necesaria le era a la República española, la de clases medias, volvió la espalda a la causa republicana cuando se conocieron las ejecuciones sumarias, en la madrugada, en las afueras de Barcelona y en otras localidades catalanas, de religiosos y religiosas, empresarios, comerciantes, médicos, abogados, ingenieros, etc. etc. Las fotografías de las iglesias incendiadas, el destrozo de las pinturas de J.M. Sert en la catedral de Vich, el asesinato de religiosos y religiosas incluso de instituciones hospitalarias y de caridad (como los frailes de San Juan de Dios en el sanatorio de Calafell, ejecución colectiva narrada por Carlos Barral 50 años más tarde en un volumen de sus Memorias), ., fueron hechos que dieron una justificación política, a posteriori, a los militares sublevados contra el gobierno legal. Simplemente: tanto el gobierno de la República en Madrid, como el gobierno de la Generalitat en Barcelona, habían dejado de cumplir las más elementales funciones de protección a ciudadanos indefensos, no combatientes, y en algunos casos no hostiles a la República misma.

Además de regalar a los militares sublevados una justificación política a posteriori, la acción de los anarquistas dividió de raíz el movimiento obrero ya desde agosto de 1936. Es importante que se diga esto para la comprensión del desastre republicano. No fué el gobierno de la República, ni el Partido comunista español, ni fué el PSUC en Cataluña, quienes dividieron el movimiento obrero con la represión contra los anarquistas y trotskistas en mayo de 1937. La división procedía ya de 1936. Y la idea de que si la revolución social se hubiese llevado todavía con más radicalidad, las masas hubiesen seguido y se habrían movilizad para ganar la guerra, es una idea absolutamente contraria a la marcha de las cosas y a la lógica de los comportamientos humanos. Una idea que solamente pueden seguir sosteniendo quienes, o bien están motivados por la pasión en vez de por la razón, o bien obedecen la táctica de echar siempre la culpa de todo a los partidos comunistas de tradición marxista y leninista.

Los anarquistas han gozado de una literatura apologética por parte de intelectuales europeos (y algun norteamericano) que ha sido explotada como mercancía burguesa. Entre esos intelectuales estaba Orwell, del que no será ocioso recordar de que en su 'Homenaje a Cataluña' más bien se lamenta de que no fuese también incendiada la catedral de Barcelona. Un radicalismo infantil que siempre ha convenido mucho a los profesionales burgueses, sea para hacer negocio editorial, sea para justificar la represión contra los obreros.

Por lo que concierne a las empresas colectivizadas, con gestión de la CNT, he de decir que no oí (o no recuerdo haber oído, con voz popular) el nombre de una sola que fuese citado como modelo de gestión obrera. Pudo haberlas. En todo caso los Tranvías de Barcelona han sido objeto de un largo estudio, muy elogioso, por Walter Taubner. Conviene que se mediten, empero, unos párrafos de este autor, porque van en un sentido confirmatorio de lo que digo en el texto sobre la descapitalización de las empresas sometidas a gestión de la CNT. Cito de la traducción francesa de su estudio :

.../...

"Pour terminer cette analyse économique de l'entreprise il nous reste encore à commenter l'utilisation des profits par la nouvelle gestion. Cette question est d'une importance extrême, car le COC / comité obrero de control / se mit à la tête d'une entreprise hautement capitalisée, abolit les paiements d'amortissement de capital et put donc encaisser la totalité du bénéfice d'exploitation. Pourrait-il par la suite assurer le développement à long terme de l'entreprise par une politique d'investissements suffisante?. La question (...) touche à la politique économique générale de la CNT. Car par l'expropriation des entreprises on abolit au fond la structure financière de l'économie entière. Ne payant plus d'intérêts au capital, en refusant la notion capitaliste elle-même de la formation de capital, ne mettait-on pas le futur de l'économie autogérée en danger? Bien que quelques collectivités agraires aient pu exister en 'vase clos', se passant même de l'argent, pour une société industrielle relativement développée comme l'était la société catalane de telles notions d'anarchisme bucolique étaient loin de pouvoir donner des solutions politiques valables. Une vision complète et cohérente de l'économie n'existait pas au sein de la CNT..." (+).

Todo lo fundamental está dicho en estos párrafos de Walter Taubner. La CNT ignoraba todo del proceso de formación de capital. Con la incautación de las empresas y el modo de gestión, quedó abolida, de hecho, la estructura financiera de la economía. Ese anarquismo 'bucólico' podía quizá funcionar en pequeñas aldeas en medio rural, pero era antagónico con una sociedad ya desarrollada como la catalana. (Añadiré que el anarquismo de la CNT no tuvo nada de bucólico, pero passons à côté, tributo hecho a la divulgación ibérica de Rousseau...)

Conviene recordar estas cosas, con esta precisión, porque ahora, con el fracaso del sistema stalinista de gestión centralmente planificada de la producción industrial y de las relaciones interindustriales, y con los errores de los economistas soviéticos que durante varios decenios no supieron integrar una teoría monetaria en los modelos de desarrollo, vuelven a oirse idealizaciones de la autogestión obrera en Cataluña en 1936-1937, idealizaciones con poco fundamento en la realidad histórica. Y por tanto, inaceptables como alternativa, no capitalista, al fracaso del sistema burocrático de planificación soviética.

(+) Walter Taubner, Les tramways de Barcelone collectivisés pendant la révolution espagnole, 1936-1939, capítulo IV, publicado en Bulletin d'Information, num. 3, Avril 1980, Fondation Internationale d'Études Historiques et Sociales sur la Guerre Civile d'Espagne, Ginebra & Barcelona, pp. 19 a 83; el texto citado aparece en la pag. 31.

Otrosí cabe insistir en que el igualitarismo de los salarios, practicado en 1936-1937 en Barcelona en las empresas colectivizadas por la CNT (y en algunas cuyo comité de control era mixto de CNT y UGT) tuvo un efecto desmotivador sobre los obreros cualificados y los técnicos. El corresponsal de Pravda de Moscú en Barcelona, cita casos pintorescos en los cuales la competencia técnica se premiaba con una diferencia de apenas un real (25 céntimos) en el jornal de los obreros.

En vez de sumar trabajadores a la causa obrera y de movilizarlos para ganar la guerra, lo que hizo la política (o la acción nada política) de los anarquistas y anarcosindicalistas, fué dejar aislados a los obreros manuales y a los campesinos sin tierra. Avanzado el curso de la guerra era obvio, por los silencios en una conversación, o por espontáneas expresiones sarcásticas, que una parte de los empleados de oficina y de técnicos industriales, eran, o habían devenido, consentidores pasivos de la victoria nacionalista, y no se proponían levantar un dedo en defensa de la causa republicana.

A lo largo de su historia del siglo XIX y los dos primeros tercios del siglo XX, el movimiento obrero europeo ha sufrido muchos cambios que incluyeron, afortunadamente, el reconocimiento de errores que fueron introducidos en él, sea por gente lumpen, sea por pseudointelectuales marginados de la clase media. Los primeros, los lumpen, típicamente españoles, incapaces de entender cómo funciona una economía y de admitir que se había cometido algún error. Los otros, los de clase media desarraigados, siempre proclives al radicalismo espectacular, escenográfico, presentado como creatividad, o bien, en el extremo opuesto, nada estético, proclives al resentimiento contra su clase de origen y fáciles aprobadores del terror plebeyo.

(1990)
Cuando hoy un economista francés, marxista, Ph. Herzog, sugiere que la autogestión obrera puede ser una alternativa a la privatización de empresas en la URSS (o en lo que queda de ella), tiene buen cuidado de añadir que el núcleo que da continuidad a la autogestión de una empresa y mantiene su nivel técnico, son los 'cadres' y los técnicos, y que para que éstos estén bien motivados y trabajen por la empresa, deben estar asimismo bien pagados.

I.3.8.

(B) - Una carta de Stalin. - Once años después de aquellos acontecimientos yo trabajé como redactor-jefe en la redacción, en Barcelona, de la Enciclopedia Política Argos, la cual debía comprender varios volúmenes y publicarse en Barcelona y Buenos Aires. Una parte de la historia de esta Enciclopedia (1949 a 1954) ha sido narrada en mi libro En Menos de la Libertad (Barcelona, 1989, Edic. Anthropos) ampliando informaciones ya adelantadas en la obra colectiva Pensar bajo el franquismo (J.F. Marsal, comp., Barcelona, 1979, Edic. Península). Para las labores de la Enciclopedia manejé una cantidad de trabajos sobre la política internacional de la Unión Soviética. La obra del profesor británico Max Beloff, The Foreign Policy of Soviet Russia, en dos vols., Oxford University Press, 1949-1952, fué para mí de una gran utilidad, al mismo tiempo que de confortación moral. Pues en lo que concierne a la Guerra Civil española, el texto del Prof. Max Beloff y los documentos y hechos por él citados, demuestran que los socialistas y los comunistas españoles (incluido el PSUC en Cataluña) vieron acertadamente que su objetivo inmediato ante la opinión interna española y ante la opinión pública internacional, debía consistir en presentar su lucha como la defensa de un gobierno legal (el republicano) frente a una rebelión militar financiada por el sector más conservador de los terratenientes y de los banqueros. Y que de ninguna manera debían presentarse como los portadores, o ejecutores, de una revolución social comunista. El Prof. Max Beloff (que era un activo miembro de un club conservador inglés, y que no puede ser sospechoso de simpatías hacia Stalin y la URSS), cita párrafos de una carta de Stalin al gobierno español, carta firmada también por Molotov y Voroshilov, 21 diciembre 1936, en la cual se aconsejaba al gobierno republicano que hiciese los máximos esfuerzos posibles para no alienarse el apoyo de las clases medias y de los sectores católicos republicanos (cf. Max Beloff, The Foreign Policy of Soviet Russia, vol. II, Oxford University Press, 1952, pag. 34. Véase en las páginas siguientes de esa obra, la traducción inglesa de una parte del in-

forme de José Díaz al Plenum del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España en 5 de marzo de 1937; op. cit. pags. 35 y 36. En ese texto está muy bien definida la que debía ser estrategia política republicana: destrucción de las bases sociales agrarias y financieras que habían propiciado el levantamiento militar, pero de ninguna manera la instauración violenta de un comunismo, ni del tipo soviético, ni el 'libertario' (i.e., anarquista). Resulta impactante, a varios decenios , sentir la racionalidad y la corrección de aquel texto -- distanciado, empero, de la realidad: el gobierno republicano tuvo que emplear la fuerza, en gran escala, para expulsar del poder a los anarquistas ocupantes de Barcelona y de tantos municipios catalanes.

En la apoteosis literaria y romántica que todavía rodea a los anarcosindicalistas de Barcelona, se mezclan pulsiones sentimentales derivadas de la trágica historia de ese colectivo social. Unos veinte años después de los eventos que narro, tuve ocasión de hablar con un cenetista barcelonés que me fué presentado por un abogado socialdemócrata, con el cual colaboraba en algunos trabajos clandestinos antifranquistas. El viejo cenetista usó bastante pronto del argumento sentimental: él había conocido a anarquistas o anarcosindicalistas que tuvieron familiares o vecinos muertos en las calles de Barcelona en la lucha contra el ejército sublevado el 19 de julio de 1936, volvieron a tener familiares o vecinos muertos en la represión de la Guardia de Asalto republicana el 5 o el 6 de mayo de 1937, fueron enviados a la cárcel Modelo por el SIM republicano, pasaron a manos de la justicia militar franquista, y acabaron fusilados por ésta.

Después de oírle, resultaba pertinente la boutade de don Eugenio D'Ors: en este país el paranoico acaba siempre teniendo razón.

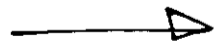
I. 3. 9. - Otras mitologías, empezando por una italiana.

En 1962, en una estancia en el sur de Italia estudiando problemas de desarrollo del Mezzogiorno, tuve ocasión de hablar sobre la caída de Barcelona con un profesor italiano que trabajaba en el grupo de la revista Nord e Sud (Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane). Entonces me sorprendió saber que en la Italia fascista se había construido una mitología sobre la acción de las tropas italianas (CTV = Corpo Truppe Volontarie) en la conquista de la capital catalana. Me costó cierto esfuerzo convencer a mis interlocutores de que Barcelona no había estado rodeada de un colosal 'cinturone fortificato', y que yo no recordaba haber visto, por las calles del centro de Barcelona, las tanquetas del CTV. El triunfalismo de la prensa italiana había sido de tal calibre, que en la Cámara de Diputados francesa se organizó, a petición de los partidos de izquierda, un debate extraordinario para interpelar al gobierno francés sobre el riesgo que, para Francia, implicaba la presencia de un ejército italiano en los Pirineos orientales.

Cuando yo estaba en Nápoles no había leído todavía la versión española de la obra de Hugh Thomas sobre la Guerra civil española, publicada por Ruedo Ibérico, París, 1961, donde se dice (pag. 483) lo siguiente:

"El final de la campaña de Cataluña no fué una ofensiva, sino un desfile de la victoria precedido de una desbandada. El mundo se quedó atónito ante la rapidez del colapso".

Passa a 110 Bis



Ignoro si esos párrafos, bastante verdaderos, quizá algo contradictorios con otros textos de Hugh Thomas en páginas anteriores, han sido mantenidos en ediciones posteriores de su obra. (Uno no puede ir repitiendo, en su biblioteca, todas las ediciones de un libro a medida que el autor ha ido corrigiéndolo y sometiénndose a presiones de unos y de otros, como fué el caso de Hugh Thomas). Lo que quiero recordar es que no hubo batalla de Barcelona, y que la idea de mis interlocutores napolitanos era tan absolutamente falsa como ciertas cosas que ahora (en 1989 o en 1990) se oyen, verbalmente, por algunas radios barcelonesas. Se ha constituido una especie de Historia oral que es paralela a la Historia académica. Y aquélla tiende a la fabulación.

A esta Historia oral, no académica, corresponde el mito del medio millón o de seiscientas mil personas, que abandonaron Barcelona, camino de Francia, antes del 26 de enero de 1939. En el espacio urbano en que yo vivía recuerdo haber visto solamente dos familias cargar sus maletas en automóviles (oficiales, pues no había autos privados) y abandonar sus pisos, dejándolos al azar de ladrones o de las tropas nacionalistas. Una familia eran los Miravittles, que vivían en la Gran Vía, lado montaña, entre Vilamarí y Llansá, en un gran principal de una casa nueva, con una gran terraza detrás. Jaume Miravittles era comisario de propaganda del gobierno de la Generalitat, y en una ocasión mi padre había estado tomando café en su casa (y sí recuerdo bien, ese piso lo había ocupado antes, recién estrenado, otro político de Esquerra Republicana, llamado Trabal). La otra familia vivía en Gran Vía-Calabria, en el lado mar, y eran los Rocha,^{del} que había sido ministro de la República. Barcelona tenía entonces un millón de habitantes, y una fuga

de 600.000 implica, si la población en éxodo tiene la misma estructura de edades y sexos de la población natural, que se transportan al exilio mujeres, ancianos, y niños, por decenas de miles, y que por tanto son necesarios medios de transporte para ellos (transportes que no existían, ni autopistas, ni aeropuertos, ni estaciones de gasolina, ni automóviles privados, etc). Y si la población en éxodo no reproduce la estructura de edades y sexos de la población natural, una fuga política (repito, política) de 600.000 implica estar diciendo lo siguiente: que prácticamente toda la población adulta, civil, de la ciudad, estaba de tal modo culpabilizada por su participación activa en la guerra al lado de los partidos políticos comunistas y anarquistas, que temía por su propia vida. El gobierno de la República se hubiese sentido muy contento de contar con la participación activa, durante la guerra, de 600.000 adultos barceloneses. La verdad es que la historia de la República (y de la Generalitat) fué la historia de una lenta, pero agotadora, deserción. Conviene además que se piense que las localidades de la conurbación industrial de Barcelona son ahora, en 1990, municipios de más de un centenar de miles de habitantes, pero entonces eran pequeñas localidades semirurales. Y que una fuga de 600.000 personas exige ver físicamente en las calles docenas de automóviles, camiones, y autobuses, vaciando la mitad de los habitantes de los edificios, cosa que nadie, creo, vió en aquellos días, en esa magnitud. Tampoco quedaron decenas de miles de pisos vacíos, espacios aptos para el saqueo. No hubo saqueos otros que los de los almacenes de víveres del gobierno republicano. Yo participé en uno de ellos, en la parte alta de la calle Urgel, frente a la Escuela Industrial, hacia arriba.

Los 600.000 barceloneses civiles (insisto, civiles, no militares) que se exiliaron en enero de 1939, para pasar a Francia, son una invención no menos grande que los 300.000 muertos que poblaban las calles de Kiev a finales de abril de 1986 a causa de la catástrofe de Chernobyl o que los 65.000 muertos del golpe de Estado (llamado 'revolución') que acabó con la dictadura comunista en Rumania en diciembre de 1989: gracias al subsecretario de Estado francés, Bernard Kouchner, y sus médicos sur place, se supo que los muertos habían sido unos 680; los ex-comunistas rumanos habían añadido 2 ceros, como las agencias de prensa o ciertas emisoras de largo alcance en Francia y Alemania, habían añadido 4 ceros a los muertos de Chernobyl.

Decía Renan que los matemáticos pasan demasiado tiempo discutiendo de la noción de infinito, noción que no es tan difícil: basta constatar la credulidad de los lectores de periódicos populares. (Renán murió mucho antes de que existiesen la radio, la TV, y los historiadores de la caída de Barcelona, ninguno de los cuales ha nacido antes de 1960).

Claro es que Renán, en su tiempo, y yo en el mío, hemos profesado un positivo amor por la razón racional y por el conocimiento desinteresado de la verdad. Se trata de dos condiciones necesarias para el desarrollo científico. Y no es sorprendente que en un país en el cual la razón racional no está constituida como valor público ni intelectual, y en el que no existe amor desinteresado por la verdad, no puede haber desarrollo científico. Basta "que inventen ellos", y que aquí se apliquen las tecnologías allá inventadas.

Y claro es que en una época en que se pueden fabricar impunemente activos financieros de sociedades ficticias, y negociarlos en Bolsa, y hacer dinero, se puede también fabricar Historia-ficción y hacer negocio.

Por lo demás, la libertad de engañar y de ser engañado, no está prohibida por la Constitución, y cada uno tiene las neuras que más le gustan.

=====

Parte Segunda .

La cuadratura del círculo .

La liberté enfante l'anarchie, l'anarchie conduit au despotisme, et le despotisme ramène à la liberté (...). N'est-ce pas le cercle vicieux dans lequel tournera toujours le monde moral? Quand l'homme croit avoir perfectionné, il n'a fait que déplacer les choses.

Honoré de BALZAC, La peau de chagrin .

II. 1.
=====

P R A G M A T I S M O .
=====

II. 1. 1. - Algunas palabras desapasionadas sobre las formas
en lugar de las ideas.

A) . En febrero de 1939 no había empezado todavía la que sería Segunda Guerra Mundial. Ergo, la guerra de 1914-1918 seguía siendo conocida por "la Guerra Europea" o por "la Gran Guerra". Y ergo, por segunda vez, en esta ciudad de Barcelona, el París del Sur, había mucha gente que sabía quién había sido Georges Clémenceau. Entre otras cosas porque sus obras (o algunas de ellas) habían sido traducidas al castellano por editoriales barcelonesas y habían tenido más de una edición; también, porque había una mitología catalana sobre no sé cuántas decenas de miles de voluntarios catalanes que habían ayudado a Clemenceau a ganar la guerra contra los alemanes, una de las razones (o mejor, racionalizaciones) por las cuales en ciertos barrios sólidamente republicanos y catalanes, como Gracia y Sants (entonces la grafía era Sans) se había estado esperando, en 1938, que la República francesa pagase su deuda con Cataluña interviniendo militarmente a favor de la resistencia al fascismo. La Realpolitik de la época ordenó otra cosa. Hoy en esta ciudad queda poca, poquísima gente, que sepa decir quién había sido Clemenceau, y desde luego, este género de conocimiento tan alejado del presente, no interesa.

En la época de Clemenceau los políticos padres de la patria poseían una formación clásica seria, y Clemenceau había escrito una obrita sobre Demóstenes, que a mí me tocó leer y estudiar. Ese ensayo del viejo radical francés viene a mi memoria porque allí se decía que los pueblos que obedecen la Estética empiezan sus palacios por el tejado. Y ese dictum me parece idóneo para definir lo que ocurrió en esta ciudad entre febrero de 1939 y las primeras vacaciones en paz, en julio. Se dió una prioridad a la estética: los tranvías fueron

pintados de nuevo, de amarillo o de rojo y amarillo. Si mi memoria es fiel a la pequeña historia, más tarde se hizo un ensayo para pintar algunos tranvías de verde, pero una parte de la ciudadanía burguesa (sin derechos políticos, si bien con derechos verbales estéticos) protestó porque, decían, era un verde muy feo. Desaparecieron para siempre los viejos, enanos, asmáticos y esqueléticos, tranvías de vía estrecha que iban por el lateral superior de la Gran Vía, atronando el aire con su campanilla. Se repintó de amarillo los grandes vagones del Metro Transversal, que databan de 1928, y como los asientos interiores, de madera barnizada, individuales o de dos o tres plazas, estaban ya muy gastados, se los eliminó pura y simplemente, dejando algún superviviente en alguna esquina; de este modo se incrementó la capacidad de los vagones, con los viajeros todos de pie, agarrados a barras de metal; algo muy estético porque solamente podíamos vernos el cogote, en vez de las caras todavía agrias de tantos y tan malos recuerdos; y algo muy económico, porque el Metro Transversal volvía a ser una empresa privada, con accionistas catalanes y españoles y belgas-luxemburgueses, y la triplicación de la capacidad de los vagones permitiría pagar de nuevo dividendos. Desaparecieron para siempre los autobuses Roca, unos autobuses anchos, planos, panzudos, sucios y humeantes de gas-oil (o de lo que fuera), hermanos gemelos de los autobuses que podían verse en París hasta principios del decenio de 1960. (En Barcelona, anticipación a la vanguardia de la estética). Debo quejarme de la desaparición de los autobuses Roca, porque los tomábamos en Borrell-- Gran Vía, y nos llevaban rápidamente hasta Provenza -- Paseo de Gracia, o más allá, si era necesario. La estética recobrada cubrió asimismo el dominio musical. En el aire de la ciudad poco a poco volvían a oírse los cantos de las campanas. Digo poco a poco porque la reconstrucción de las iglesias fué más rápida que la reinstalación de las redondas gargantas de bronce en su cautiverio de los campanarios. Se silenciaron por varios decenios las sirenas de la Exposición que anunciaban la alarma aérea (no volvieron a sonar hasta no sé qué ceremonias en la Feria Internacional de Muestras). Para no alterar los nervios de la población, también se silenciaron para siempre las sirenas que, antes de la Guerra civil, estremecían a las 7 o las 8 de la mañana el sueño tardío de los niños en los barrios obreros, sirenas de fábrica como La España Industrial o La Maquinista Terrestre y Marítima, aullidos premoniterios de vida prole-

-taria, o de ocupación huelguística de la fábrica, o de guerra. Como parece ocioso decir, cambió la música en las emisoras de radio. Durante el primer año de la Guerra civil Radio Barcelona abría sus programas a las 8 de la mañana con el himno anarquista A las barricadas, a las barricadas..., cantado por un coro masculino de voces roncadas, de gente que nunca conoció la alegría de la vida. Luego A las barricadas... fué substituido por Els Segadors y el himno de la República, o Himno de Riego. Al final, a las 8 de la mañana y a las 11 de la noche (hora límite de emisión) quedó solamente el Himno de Riego. Con la llegada de las tropas del gobierno de Burgos y su ininteligible (para nosotros) mosaico de tendencias y grupúsculos políticos dentro del vasto espectro de la derecha urbana, terrateniente, financiera, y clerical, resultó que Radio Barcelona nos hacía oír una larguísima letanía de varios minutos que comprendía, por este orden, el Oriamendi, el Cara al Sol, y la Marcha granadera o nuevo himno nacional, éste sin letra, los otros con coros masculinos triunfales. Como aquéllo requería demasiados minutos de entusiasmo patriótico, el asunto se compactó poco después en un solo disco (entonces se decía 'placa', siendo 'discos' el plural de la cosa) y bastantes años después desaparecieron primero los carlistas y después los falangistas, y al final todo, porque la emisora radiaba ya a lo largo de la noche. Pero ésto fué, verdaderamente, mucho después, tanto que yo ya no vivía en la Gran Vía, había pasado unos cuantos años fuera de Barcelona, y estaba ya casado, y había tenido que abandonar mi auténtica vocación de ser biólogo, o más precisamente, neurobiólogo.

El otro detalle realmente formidable en favor de la Estética, fué que desaparecieron en uno o dos meses las cintas de papel adhesivo, color paja, que pretendían reforzar los cristales de ventanas, vitrinas, escaparates, puertas de vidrio, etc., contra la onda expansiva de un bombardeo aéreo. Todos los cristales habían sobrevivido (los que sobrevivieron con sus edificios) decorados con grandes X que los cruzaban transversalmente; y con el tiempo el papel adhesivo llegó, en algunos casos, a fraguar de tal modo con el vidrio, que no había forma de hacer retornar a la ventana a su desnudez original. Hubo quien puso un pequeño retrato del Caudillo en medio de la X, punto central del escaparate; algo muy necesario sobre todo en las librerías, género de comercio sospechoso

de propagar las enfermedades intelectuales que conducen a la guerra civil. Cuando reapareció, en marzo de 1939, nuestro amigo el médico, tuvo un comentario muy científico al constatar que el mismo librero que había puesto en el escaparate retratos de Ferrer y Guardia y de Fermín Salvochea, y luego fotografías de Azaña y Companys, ahora exhibía reproducciones de las efigies del General Franco y de José-Antonio Primo de Rivera; dijo más o menos lo siguiente: si la teoría de la supervivencia de las especies por la constante adaptación al medio, es una teoría verdadera, el librero barcelonés sobrevivirá incluso a la extinción de la especie humana.

Mucho peor lo pasó un kiosquero que durante años y años había vendido revistas porno y folletos que eran de un nivel todavía más bajo que el porno, y la Pentalfa del soi-disant profesor Capo (un híbrido de naturismo, nudismo, vegetarianismo, y kropotkinismo armónico y libertario). Este kiosquero tenía su establecimiento en la parte más alta de la Gran Vía, antes de la Plaza de España, frente a un edificio que había sido un gran salón de baile de dos pisos en el que se juntaban soldados de los cuarteles de la calle Tarragona con todas las criadas del barrio sedientas de olores masculinos. Por entonces no existía el paso subterráneo de automóviles bajo la Plaza de España, ^{parvo} el tránsito era en todas direcciones, y la Gran Vía se iba elevando en una pendiente ideal para los juegos de los infantes, chicos y chicas, bajo unos árboles grandes y majestuosos, desde la calle Entenza hasta la calle Llansá. Y precisamente al final, entre un edificio de la Telefónica y el salón de baile, se erigía el kiosco porno, lleno de ediciones baratas exhibidas a diestra y siniestra, algo innarrable, con mujeres gordas ostentando unas ubres que quizá estremecían la sensibilidad rural de los soldados, pero que a los adolescentes burgueses que habíamos visto, a escondidas, algún 'ilustré' (como se decía entonces) francés o alemán, con muchachas rubias y delgadas, nos parecía la quintaesencia de la animalidad ibérica (o levantina, pues aquellas publicaciones dedicadas a la propaganda de carne ni siquiera femenina, venían casi todas de Valencia). El kiosco quedó cerrado y el kiosquero pasó a purgar sus pecados en alguno de los infiernos franquistas.

En fin, el opus magnum de la Estética se alcanzó por el mes

de junio y principios de julio, cuando la ciudad fué engalanada, y algunos edificios de las Ramblas, el Paseo de Gracia y la Diagonal fueron adecentados, con motivo de la recepción al Conde Ciano. El ministro italiano de Asuntos exteriores (y yerno de Mussolini) Galeazzo Ciano, llegó al puerto de Barcelona, directamente de Roma, el 10 de julio. El monumento a Colón estaba cubierto de muchachos, adolescentes y jóvenes, la mayoría lumpen del Distrito Quinto, encaramados por todos los relieves accesibles. Ciano desembarcó y, frente al monumento, saludó a aquella pintoresca multitud con un gran saludo fascista y una sonrisa cinematográfica. Claro es que aquéllo era mera anécdota estética. Las clases medias católicas y filoitalianas se volcaron por las avenidas céntricas, vibrantes de entusiasmo latino (la 'latinidad' era uno de los términos favoritos de la prensa fascista en Italia). La propaganda del régimen ganador de la Guerra Civil había cuajado muy bien en sus ánimos, por varias causas que, si se quiere, pueden elevarse en status lógico llamándolas razones (lo que parece, por lo menos a primera vista, de jerarquía más importante que el simple substantivo causas):

- a) Una parte de la burguesía y de la clase media-alta de la ciudad había conseguido en 1936 y 1937, escapar a Italia, había vivido meses, y algunos incluso un par de años, en Roma o en otras ciudades . . . arriba de Roma, y volvieron sinceramente convencidos de que el fascismo italiano representaba una nueva era política en la historia: un imperio romano resurrecto, orden público, expansión industrial, corporaciones empresariales, estética juvenil, tolerancia artística, y en fin, acuerdos substantivos con la Iglesia, sin demasiado clericalismo;

- b) Otros que también habían ido a Italia, y los que no habían ido porque al pasar la frontera francesa se encaminaron directamente a San Sebastián y Burgos, veían en Italia una potencia católica capaz de hacer contrapeso al nazismo alemán;

- c) Otros hilaban más fino, lo que equivale a decir que eran una tenue minoría con racionalizaciones de cierta envergadura, a saber: frente a la invasión mesetaria de pseudomísticos castellanos que querían resucitar el imperio español del s. XVI, y frente al integrismo carlista, convenía en Cataluña enfatizar las afinidades

con Italia, una Italia que en definitiva era una nación capitalista joven y ascendente, con empresas y fábricas modernas, con una red de alianzas privadas con otros centros internacionales capitalistas, en particular en los dos extremos de América, Estados Unidos y la Argentina. Estas eran realidades a tener en cuenta, cosas concretas, algo radicalmente diferente de las nubes metafísicas que llegaban a Cataluña desde Poniente hablando de nacionalsindicalismo (unos) o del Concilio de Trento (otros).

Se apreciaba aquí, asimismo, que el Conde Ciano hubiese decidido empezar su viaje español por Barcelona, en vez de ir directamente a San Sebastián (donde le esperaba el General Franco). El 11 de Julio Ciano presidía en Tarragona una ceremonia de restitución de la estatua del Emperador Augusto, derribada por los anarquistas en 1936. Acompañaba a Ciano el ministro del Interior español, Ramón Serrano Súñer, cuñado del General Franco. (Según creo, antes de la Guerra Civil Serrano Súñer había sido candidato a diputado por Tarragona, por la coalición de derechas liderada por Gil Robles). Esto nos conduce a hablar ahora de las complejidades y perspectivas políticas del nuevo régimen, oteadas desde la atalaya civil barcelonesa.

II. 1. 2. - La gente 'retro' y los poderes caseros .

B) . Después de la embriaguez de política politiquera y de sindicalismo radical, con actores que eran familiares para todos, unos trágicos, otros circenses, y otros realmente patéticos y lamentables, llegó la necesidad inequívoca de re-orientarse en todo.

Claro es que el espacio de información en el cual cada individuo encuentra sus nuevas coordenadas, ha sido fabricado por él mismo, si bien con materiales que no son, y nunca podrán ser, suyos. Para algunas gentes de cierta edad se había cerrado un paréntesis cuyo contenido era preciso relegar al olvido, paréntesis que empezaba en febrero de 1936. Lo nuevo era que ahora mandaban unos militares y que entonces los nombres que ocupaban las páginas de los diarios eran los de unos políticos. Y cuanto menos novedades tornasen a pro-

-ducirse, tanto mejor. Esta actitud duró más de un decenio. A finales de enero de 1949 (i.e. diez años después) Josep Pla la registraba todavía en su artículo Tiempos estáticos y tiempos aborrascados, uno de los 'Calendarios sin fechas' que él publicaba en el semanario ex-falangista Destino:

"Yo conozco a personas que les hubiera gustado vivir en una época de paralización absoluta y general. Tengo observado que esas personas suelen tener una conspicua renta o en todo caso un considerable capital. (...) Todo cambio, por pequeño que sea, les fastidia y les conturba el ánimo. ¡No me venga usted con novedades! En cada colada se pierde una sábana, dicen. Esas personas no comprenden que vale a veces la pena de perder una sábana para conservar toda la colada".

Sin duda hubo quienes estimaron que podían perder más de una sábana, si su nueva colada era lo suficientemente cuantiosa. Solamente así se comprende el entusiasmo con el cual los empresarios que habían recuperado sus fábricas, sus comercios, o sus oficinas, se pusieron a trabajar, actualizando lo que se llamó una mística de l'eina i de la feina. Esta actitud era más coherente que la nostalgia del inmovilismo, con una concepción del mundo muy general en aquellos tiempos. (Y pensándolo bien, diríase que la concepción del mundo que fué la dominante en Europa desde principios de siglo). A saber: que vivimos en un mundo de permanentes luchas sin piedad para el vencido, nuestro eventual vencedor de mañana. Repasando textos italianos del año 1939 encuentro esa concepción del mundo objetiva y brillantemente expresada en un discurso de Mussolini en 18 de noviembre de 1939 (cuando Italia era todavía neutral en la guerra iniciada por el Tercer Reich):

"Non c'è una economia del tempo di pace e una economia del tempo di guerra: c'è soltanto una economia di guerra, perchè storicamente, dal numero degli anni di guerra, è dimostrato que lo stato di guerra con le armi è lo stato normale dei popoli, almeno di quelli che vivono sul continente europeo, e perchè anche negli anni di cosiddetta pace si praticano altri tipi di guerra, i quali tipi preparano — a loro volta — la guerre delle armi". (B.M. sobre Politica autarchica dell'Italia, reproducido en el Annuario di Politica Internazionale, Milán, 1940, I.S.P.I., pag. 761)

El estado de guerra, económica, o bélica, era tenido (como vemos) por el estado normal de los pueblos europeos "según demuestra la

historia". No es difícil comprender que, si tal concepción era la social y culturalmente dominante (y efectivamente, por entonces lo era en toda Europa) cada individuo debía ejercer la máxima astucia posible en sus relaciones con los demás. Y esta aserción es predicable tanto en el mundo de los adultos como en el de los adolescentes.

Hablaré luego de las cuestiones económicas relacionadas con la política del nuevo Estado. De momento narraré mi experiencia en mi propio mundo, un territorio también significativo, porque era el de la educación.

Al principio no nos dimos cuenta de que nos habían cambiado la pista para la carrera. De hecho, sin saberlo, estábamos ya en otra pista y para otra clase de carrera. Lo aprendimos recibiendo bofetadas, desde hechos en apariencia nimios (como las estafas en el cambio de nueva moneda) hasta el descubrimiento de que los recién llegados en el carro de los vencedores (o los que nunca se movieron de Barcelona pero ahora habían cambiado de chaqueta) se atribuían prerrogativas subjetivas sobre los lerdos que creían haber reencontrado la sociedad civil de 1935, cerrándose un paréntesis excepcional, la guerra.

Yo me encontré de pronto solo. Desaparecieron las solidaridades naturales, las más elementales, pero que te sirven como lo que ahora se designa por un nicho ecológico para tus comportamientos, a saber, las solidaridades basadas en comunidad de edad y sexo. Durante la guerra yo había podido formar parte de alguna (cambiante y episódica pero siempre alguna) pandilla de adolescentes. En ella se colaba a veces alguna chica en proceso de aprendizaje de roles masculinos, fenómeno más bien eventual e imprevisible. Con la pandilla había descubierto la ciudad, había burlado (o querido burlar) cobradores de tranvía, había ido a cines antes desconocidos, cines de inmensas plateas y dos o tres anfiteatros en vertical, copias gigantes de los grandes coliseos berlineses; había presenciado debates y discusiones espontáneas en las Ramblas, había metido los dedos en los montones de revistas de los barracones de madera en Santa Mónica, etc. Desde el final de la guerra, no hubo más grupos juveniles. Éste pasó a ser un producto de otra clase más baja, propio de distritos populares o de gente marginal. Cada chico, impecablemente vestido, incluso alguno con corbata

(poco compatible con el pantalón llamado bombacho) sabía ahora que era signo de inferioridad social e intelectual formar erráticas amistades colectivas para aprender cosas de la ciudad. Las familias de clase media y media-alta instruyeron a sus infantes tanto en la respetabilidad como en el supremo valor del individualismo: en la pista (social) cara a la carrera (social) todos los demás son competidores, y por tanto son, potencialmente, enemigos.

Durante la primavera, el verano, y parte del otoño de 1939 fui a una academia privada, la 'Academia Homero', a fin de recuperar el tiempo perdido y poder hacer el cuarto año de bachillerato en el Balmes (instituto que había sido trasladado desde el recinto de la universidad a un ex-palacio contiguo a un gran colegio de monjas (para señoritas de las familias más burguesas y pudientes de la derecha del Ensanche) en la manzana de la calle Mallorca comprendida entre Via Layetana (ex-Claris) y Lauria. El recurso a profesores privados era una necesidad porque con los vencedores había venido el plan de bachillerato de 1938, el cual substituía al plan republicano de 1934. Los pedagogos que he leído, u oído, más tarde, opinaban que el plan de bachillerato de 1934 era el mejor que ha tenido este país, un plan con las materias cíclicas y cumulativas, de modo que salías sabiendo realmente Ciencias naturales, o física y química, y desde luego, matemáticas. Era un plan para favorecer la movilidad social ascendente de las clases medias, frente a una aristocracia y una burguesía decadentes; y al mismo tiempo, era un plan exigente y más bien largo, para que se constituyese una élite pre-universitaria. No era un plan para hijos de obreros, y sus creadores debieron quedarse atónitos (de sorpresa o de miedo) cuando organizaciones políticas radicales trataron de imponer en el país la nivelación por abajo (lo cual, si se reflexiona bien sobre la historia española en la época moderna, siempre ha sido el objetivo, la meta ideal, de la clase media baja, enemiga de todo lo que esté por encima de ella, y enemiga a la vez de los trabajadores y de la ética del trabajo, porque esos señoritos de clase media baja lo que quieren son títulos rápidamente adquiridos que les permitan robar a los de arriba y oprimir a los de abajo). El plan de bachillerato de 1938 estaba concebido

con finalidades político-sociales diferentes. Ya no se trataba de favorecer la movilidad social ascendente de las clases medias urbanas, sino de dar un umbral profesional técnico a las profesiones más elitistas, los ingenieros, los arquitectos, los abogados del Estado. Era un plan muy largo, de forma que uno de sus efectos tal vez involuntario fué el de reducir a una exigua minoría las chicas (ya que ninguna familia de clase media iba a pagar siete cursos más un exámen de Estado, a una chica, cuando al mismo tiempo la población era cotidianamente amonestada por prensa y radio de que el lugar de la mujer es el hogar y su función la maternidad). Por otra parte era un buen plan en cuanto mantenía cierta cumulatividad y los programas eran exigentes (con la novedad de los autoritarios, grandilocuentes, cursos de religión, sobre textos del P. Valentin Incio, S.J., editorial Lumen, Rocafort 219, Barcelona, 1939, Año de la Victoria, cursos que eran un auténtico terror para quienes, como yo, procedíamos de familias donde el agnosticismo había sido la regla durante generaciones).

La Academia Homero estaba en la calle Balmes, al lado de la Gran Vía, y duró hasta que se construyó el enorme edificio para el Instituto Nacional de Previsión (que en 1939 tenía todavía su sede en la calle Junqueras). Dirigía la academia el padre del que después sería catedrático de la Escuela de Altos Estudios Mercantiles, Luis Perez Pardo (Escuela que volvía a dirigir Gual Villalbí y que entonces estaba en un gran caserón en la calle Balmes al lado de Consejo de Ciento, subiendo a mano izquierda). La academia Homero resultó ser el centro privado de, quizá, nivel más alto en Barcelona en aquellos momentos. Muy buenas clases de matemáticas (gracias a las cuales años más tarde empalmé con el mejor profesor de matemáticas que he tenido, el Dr Lóbez). Tolerancia cultural. Las chicas estaban en la misma aula que nosotros, si bien en una fila de bancos aparte. Nada de fanatismo religioso (no había llegado todavía

el decenio del integrismo absoluto, el cual vino después de la Segunda Guerra Mundial según he explicado en otro libro, En menos de la libertad, Barcelona, 1989, Anthropos). Ahora bien, la mayor parte de los alumnos eran de familias que habían entrado con los vencedores. Lo que implicaba, en los comportamientos de los mozos, una cierta condescendencia de perdonavidas. Uno de los compañeros de clase, un navarro, portador de un apellido compuesto y de mucho orgullo carlista, me pidió que le prestase durante un fin de semana una colección de unos treinta mapas que, en cuanto ejercicios de geografía, yo había hecho cuidadosamente con tinta china y tintas de colores, en grandes hojas de papel de barba. El jovencito carlista nunca más volvió, y la gerencia de la academia no me dió, o no quiso darme, su dirección. Tuve que rehacer, como pude, unos pocos mapas, y presentarme a exámen con una colección mísera, peor que incompleta. El profesor de geografía del Balmes me hizo completar todos los mapas que faltaban, y unos meses después apareció, editado por Bosch, un libro de texto de geografía donde estaban reproducidos, previo paso por un cliché, los mejores de mis mapas. Por lo que concierne a 'il navarrino' (según le llamaba un estudiante italiano) hizo una rapidísima carrera de Derecho, se doctoró muy joven y fué el juez más precoz de su promoción, siempre firmando edictos -- que yo veía al azar en el Boletín Oficial de la Provincia-- con su nombre de pila, compuesto, y su larguísimo apellido, también compuesto.

Esto no es una anécdota aislada, sino que es el microcosmos con el cual se reproduce toda una situación.

A las pocas semanas de la caída de Barcelona empezaron a presentarse espontáneamente miembros de la familia, especie de comandos exploratorios. Habían hecho el viaje desde Soria muy sorprendidos de que la guerra no nos hubiese arrastrado al abismo, lo cual sin duda habían deseado en la intimidad de sus almas. Era claro que no les interesaba conocer eventos de lo que había sido Barcelona durante la guerra; lo que les importaba era palpar si éramos aún alguien, o ya éramos nadie. Pues, obvio de toda obviedad, no pensaban devolver ni una yugada de las que ocupaban con derecho de vencedores, ni pagar una peseta de renta. Al contrario, eran maravillosas estrategias

en pretextos para argumentar que eran ellas las humilladas y ofendidas (lo pongo en femenino, porque en este caso se trataba de mujeres, en las cuales la excelencia en ese oficio alcanza los niveles de la antropología profunda). A una de ellas, una prima, tuve la humorada de enseñarle el transbordador del puerto (que no funcionaba) y de llevarla al Zoo (donde quedaban solamente unas cigüeñas y unas pocas gallinas africanas: los demás animales habían muerto de hambre, la mayoría, o por un bombardeo). También vinieron más parientes y paisanos, más civilizados (por su origen urbano) y algún día el piso parecía una fonda; hubo que recuperar a mi gobernanta y restablecer el servicio doméstico. Poco después mi padre hizo un rápido viaje a Soria para cerciorarse del estado en que se hallaba la casa (que había sido ocupada por oficiales italianos) y tratar de desbloquear dinero. De nuestra casa habían desaparecido cantidad de documentos, fuesen testamentarias, o bien escrituras notariales y mercantiles, incluso de la época anterior a la República. Al volver, mi padre se fué a descansar unas semanas a un viejo hotel cerca de San Feliú de Codinas. Trajo una descripción simple y clara de lo que era el nuevo poder político en la Cataluña semirural: el asunto era haber encontrado un abuelo carlista en la familia, y si posible, dos, o por lo menos un bisabuelo, etc etc. Terratenientes o fabricantes así legitimados por la tradición familiar recobrada, se habían puesto boina roja y camisa azul, y se habían hecho nombrar alcaldes, jefes o subjefes locales de FET y de las JONS (entonces el nombre institucional del partido único no era todavía "el Movimiento"). Cada jefe o subjefe local reunía en su persona el poder político y el poder administrativo, tenía su minúscula corte de vecinos obsecuentes, que eran sus conocidos de toda la vida pero en cuyas relaciones había entrado ahora una nueva dimensión. Si a los dos poderes citados se sumaba el poder económico de la familia, entonces se constituía un edificio jerárquico en el cual las relaciones interindividuales exigen un diagrama más complicado que el de ciertos compuestos químicos. Por lo menos mientras el jefe o subjefe gozase de la confianza de otro jerarca, comarcal o provincial, que era el que le había designado. Cinco decenios más tarde añadido por mi cuenta que aquéllo debía ser bastante parecido a la red de privilegios del capomafioso que, por las tierras de Corleone, es también cacique político local. Los vecinos mantienen con el personaje y su corte relaciones que son asaz complejas, según traten de hacer funcionar honestamente la familiaridad de vecino, o de participar en las mi-

-gajas del poder mediante la obediencia servil. Dado que en este país no hay (y al parecer no ha habido nunca) una cultura política percibida y asumida como tal por una parte substancial de la población, esto es, el reconocimiento de principios políticos y jurídicos institucionales que son valiosos y necesarios por sí mismos, no puede haber tampoco lealtades y relaciones interindividuales basadas en esos principios, que se ignoran. Las relaciones interindividuales más objetivas son las de comprador y vendedor; las otras son, o bien de compadrazgo, o bien de dominación-subordinación. Quien en aquella época, en una localidad rural o semirural, tratase de oponerse al poder en cualquiera de sus dimensiones (la económica, la administrativa, la política) invocando derechos civiles legales, que son transpersonales, entraba en un terreno peligroso, y su inseguridad podía devenir dramática. Así, en aquel año de inmediata postguerra, y en los que siguieron, debió haber humillaciones humanamente pavorosas, no sólo por parte de los vencidos, sino también de otras familias que no habían sabido, o no habían querido, acomodarse a la nueva estructura del poder. Y es ciertamente posible, como se me informó años más tarde cuando tuve oportunidad de hablar con varias docenas de fabricantes textiles del área, en conversaciones individuales, que la represión fuese más intensa que en Barcelona-ciudad, no en términos cuantitativos, sino cualitativos (o en otras palabras: había familias que quedaban a rajatabla excluidas de la comunidad local y debían, o bien admitir una subordinación quasi servil, o emigrar). Esta clase de situación que es a la vez política, social, y económica, se produjo sin duda a lo largo y lo ancho de la que había sido Zona republicana, con variantes culturales locales que modulan los comportamientos. Y así se explica que, como podíamos percibir más tarde a través de indicadores e informadores eventuales (desde las criadas que se sucedían vertiginosamente en el servicio doméstico) se crease en el país una especie de población errante, que duraba unos meses en una localidad, se hacía con documentos nuevos (entonces no había aún DNI, y la llamada Cédula personal era un papelito muy fácil de alterar), se iba a otra parte del país, trabajando de precario, y así se arrastró durante uno o dos decenios, hasta que una nueva generación pudo construir su propia biografía.

Con el paso de los años esos poderes locales, asumidos por miembros de familias terratenientes o fabricantes, debieron intentar legitimarse mediante el paternalismo hacia los de abajo, la lealtad menos individualizada hacia los de arriba, y por la obtención de recursos públicos, presupuestarios, estatales o provinciales, entre medio de unos y otros. Esta nueva dimensión, paternalista en uno de sus lados, y gestionaaria en el otro, introdujo matices cada vez más complicados que se reforzaban recíprocamente. Es imposible entender la larga existencia del Régimen franquista, su arraigo en las áreas rurales y semirurales y en las pequeñas ciudades provincianas, recurriendo únicamente a argumentos gruesos como el terror (de los vencidos) o la cohesión de los vencedores ante el miedo a la revancha. Todas las situaciones político-sociales de larga duración son sumamente laberínticas, y los protagonistas nunca son en blanco o en negro, unos puros y otros perversos. Si se vuelve (como acontece hoy) a pensar en términos de maniqueísmo, ni se entiende nada de la historia ni se aprende de ella. En todo caso, pienso que queda suficientemente explicado que, en mi opinión, se trataba por entonces de situaciones más complicadas que las del cultivador de la tierra respecto de un señor feudal: pues a menos que el campesino fuese una bestia sin inteligencia, sabía lo que eran vínculos feudales, implicativos de una cierta contractualidad (y por tanto, de alguna reciprocidad). Y por consiguiente, los historiadores, escritores o periodistas que han hablado de restauración del feudalismo o de condiciones feudales, pecan de usar este término en un sentido nada riguroso ni técnico.

Más interesante creo que es resaltar lo siguiente: una de las causas del arraigo del carlismo en la segunda mitad del siglo XIX y primeros decenios del siglo XX, residía en que la ideología comunitaria y católica carlista protegía, en cierta medida, al pequeño campesino frente a los abusos de los nuevos terratenientes liberales, los cuales pretendían ampliar sus riquezas invocando las leyes naturales del mercado. Asimismo el carlismo había sido opuesto a la privatización y fraccionamiento de bienes comunales. Estas dimensiones históricas se pierden ciertamente en la postguerra de 1939. El nuevo poder político

era antiliberal en el sentido de que era antiparlamentario y anti partidos políticos, pero en materia económica tendía a acomodarse bastante bien con el liberalismo. Precisamente este aspecto fué una de las causas que contribuyeron al descrédito del Régimen en los espantosos años de miseria que van desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta que la nueva política expansiva, monetaria e industrializadora, y los convenios de 1953 con el Vaticano y con los Estados Unidos, abrieron nuevas esperanzas vitales.

El privilegio carlista como antesala de la ocupación de un cargo oficial, administrativo o político, se extendió también a Barcelona. Hay que recordar que aquí los falangistas habían sido muy pocos y, de momento, no podían aspirar a más que a ser supletorios de la mayoría que tenía, o pretendía tener, antecedentes familiares carlistas. Los funcionarios republicanos de cierto calibre habían huido al exilio, y había vacantes para toda una nueva clase parásita, vástagos de unas clases medias provincianas que nunca han sentido entusiasmo por el trabajo pero que, a la vez, estiman que la Divina Providencia está obligada a darles un empleo que conlleve prestigio social y dinero. Desde Navarra y desde La Rioja (la logroñesa y la alavesa) llegaron a la ciudad manadas de nuevos burócratas, gente que no sabía (ni tenía interés por saber) aspectos de la cultura metropolitana ni de la catalana, dispuestos a enriquecerse en el tiempo más corto posible, y tratando de abusar con impunidad de las oportunidades que da un régimen dictatorial. Este flujo de nuevos burócratas no fué un mero episodio coyuntural; duró años. Y claro es que no constituían migraciones profesionales en busca de empleo pasando por el mercado de trabajo, sino que se trataba de un flujo político, aparentemente profesional, intra-clase, protegido de la aleatoriedad del mercado (aspecto que ya señalé hace años, véase p. 28 de E.P.L-H., Estudios sobre cambio social y estructuras sociales en Cataluña, Madrid, 1979, Centro de Investigaciones Sociológicas). En el decenio de 1950 los comportamientos de algunos de esos funcionarios contribuyeron a la transformación del nacionalismo cultural catalán en nacionalismo político, precisamente por reacción nativa contra los abusos de aquéllos (de nuevo, p. 28 de la obra citada, CIS, Madrid, 1979 . Y asimismo varios pasajes en las Conclusiones, pp. 513 a 537). Incidentalmente añadiré que esta llegada

a Barcelona de una población hecha de varones, de todas edades, para empleos burocráticos, tuvo dos efectos secundarios que forman parte de la historia urbana: el primero, fué el de la extraordinaria prosperidad, en los decenios de 1940 y 1950, de los frontones de pelota; el segundo, la cantidad de teatros en funcionamiento, incluidos no pocos que entonces se llamaban 'de varietés'. Por lo que concierne al primer efecto, los varones procedentes de las tierras del centro y de lo alto del valle del Ebro, de Navarra y de otras partes del Norte, despreciaban al tennis y consideraban que si un varón hacía deporte, éste debía ser la pelota a mano en un frontón. Un compañero de clase tuvo la ocurrencia de decirme que el tennis era un deporte para jóvenes afeminados. En Barcelona llegó a haber seis frontones, la casi totalidad entre la calle Buensuceso y la Puerta de la Paz. Por lo que concierne al segundo efecto, hasta que los ocupantes trajeron a sus familias, o se crearon aquí una propia, fueron más aficionados al teatro que al cine. Compartían la desaprobación religiosa del cine que había sido vigente en toda la España rural y clerical; pero, paradójicamente, hallaban muy de su gusto los teatros de revista, cuyas salas estaban por entonces pobladas por una clientela casi únicamente masculina. En una Guía urbana (comercial) de 1939 figuran en Barcelona 12 teatros (con exclusión del Liceo, que por su categoría y naturaleza no debe formar parte de la serie); en otra Guía urbana de Barcelona en 1943 figuran 27 teatros. (+) .

Reconduciendo ahora mi temática a la cuestión política del peso (o de la visibilidad pública, que no es necesariamente lo mismo) de los tradicionalistas en general, y de los carlistas más en particular, es pertinente establecer una distinción, nada trivial ni superficial, entre los carlistas llegados del Norte, y los de origen estrictamente catalán y, además, urbano. Para mí resultaba una novación, algo insospechado e imprevisible, hallar en clase compañeros que si hablaban de política (lo que era más bien raro) era para declararse tradicionalistas o seguidores de alguna de las fracciones del carlismo. Los de familias catalanas y, repito,

(+) - Magnitud bastante apreciable, si tenemos en cuenta la población de la ciudad; esa misma Guía urbana reproduce cifras del Censo de 31 diciembre 1940, a saber, 958.723 hab. de derecho, y 1.081.175 hab. de hecho. Ahora bien, no hubo construcción (o no la hubo apenas) de teatros, sino reapertura de viejos locales y conversión de salas de cine a teatro. La cifra de 27 teatros (más 2 circos) permanentes, debía tenerla ya Barcelona durante la dictadura de Primo de Rivera (727.294 hab. de hecho en 1923, 1.005.565 hab. de hecho en 1930).

propriadamente barcelonesas, eran gente bastante bien situada en la estructura social, profesionales jurídicos, intendentes mercantiles, médicos, nada ostentosos, y desde luego más civilizados que los carlistas norteños o los de tierras al sur de Cataluña. Sabiéndose una minoría y además portadores de una problemática de pleitos dinásticos y líneas genealógicas extremadamente difícil de entender en una sociedad moderna, burguesa, y cosmopolita, practicaban una cierta tolerancia en la medida en que aspiraban a que se practicase asimismo con ellos. Tuve un compañero de clase del Balmes cuya familia habitaba cerca de casa, en un gran piso antiguo en la calle Diputación, entre Rocafort y Calabria, con una tribuna hecha en piedra y relieves barrocos. Solamente después de invitarme dos o tres veces resultó que era más que probable que se trataba de carlistas. Era un muchacho serio, estudioso, nada intelectual pero lleno de pura madurez de carácter; se hizo ingeniero y murió muy joven, poco después de casarse, en un accidente estúpido en un pozo. Lo que era con estos tradicionalistas un tanto chocante es que nunca te presentaban a sus hermanas (si las tenían) y que, además, tendían a identificar catolicismo y tradicionalismo. Me costó algún tiempo comprender algo que ahora, mediando un simple orden de inclusión y de extensión, es obvio: que todos los tradicionalistas eran católicos, pero no todos eran carlistas; y que había carlistas que eran integristas y otros no. Encontré también casos pintorescos. Un compañero de academia estuvo ausente en el extranjero durante el verano (no había empezado la Segunda Guerra mundial) y cuando le pregunté dónde había ido, respondió con tono muy suficiente que había ido con sus padres a visitar las tumbas de "nuestros reyes" (sic). Yo no sabía si se trataba de una tomadura de pelo, pues si lo entendí bien, las tumbas de "nuestros reyes" estaban en Trieste. Todos los tradicionalistas se sentían complacidos con los cambios de nomenclatura de calles de Barcelona (creo que nombres como Concilio de Trento, Felipe II, etc., vienen de entonces, una información que tal vez sea peligrosa que se dé ahora, porque los iconoclastas que son — como la prehistoria, según decía don Eugenio d'Ors— una constante histórica del país, se apresurarán de nuevo a cambiarlos y a poner algún fetiche anarquista en su lugar). Aquellos cambios empezaron en las primeras 24 horas de la caída de la ciudad, cuando la Plaza de la República fué designada de nuevo por su nombre tradicional de Plaza San Jaime (en castella-

-no, como en la época de Primo de Rivera). Otros aspectos eran más substantivos. En la identificación entre catolicismo y tradicionalismo alguien intentó persuadirme de que el propio Papa (debía ser el Papa Ratti, Pío XI) había introducido un párrafo favorable a los tradicionalistas en un famoso discurso papal, en Roma, a varios miles de fugitivos católicos (la inmensa mayoría, catalanes). Yo he examinado más tarde (y de nuevo ahora) este ciertamente importante, patético, emotivo y extraordinario discurso, que tanto hizo para la adhesión de los católicos de todo el mundo a la tesis de que la República había devenido un poder ilegal e ilegítimo, y no he hallado en el larguísimo texto ninguna referencia al tradicionalismo (si bien hay un párrafo donde se demanda la restauración de los poderes públicos de la Iglesia, lo que por entonces, en España, debían sostener solamente los tradicionalistas). El discurso fué pronunciado por Pío XI el 14 de septiembre de 1936, cuando la persecución religiosa era aún muy intensa en la zona republicana y en particular en Cataluña. (El texto, en el Osservatore Romano de la misma fecha; el órgano del Vaticano era entonces, creo, un diario vespertino). La idea de que el Papa Ratti debía ser, o debía sentirse, más afín a los tradicionalistas españoles que a otras tendencias políticas más modernas y también sumadas al alzamiento militar, tiene, con todo, otro posible punto de apoyo por asociación de ideas: fué Pío XI el autor, pocos meses después, de la encíclica Mit brennender Sorge (14 marzo 1937) contra los usos revolucionarios del Partido Nazi en el Tercer Reich. Lo cual conllevaba, implícitamente, una advertencia contra la eventual difusión del nacionalsocialismo en la España controlada por el gobierno de Burgos.

Inexplicablemente, no ha quedado en mi memoria el menor recuerdo de haber manejado ejemplar alguno del diario carlista El Correo Catalán, publicado por una empresa privada. Este diario, fundado en 1876 hacia el final de la Tercera Guerra Carlista, y casi moribundo durante la República, reapareció después de la guerra civil con un tono (decían) integrista, el cual indignaba a otras fracciones de la coalición vencedora (en particular a aquellos falangistas que se definían como revolucionarios y de izquierda). Obviamente, en 1939 o 1940 yo no había adquirido la neura, o el hábito, de archivar textos de prensa ni de llevar una especie de dietario; y

no es ilógico que el primer recorte de El Correo Catalán que aparece hoy en mi archivo sea un editorial de nueve años más tarde (1 de febrero 1948), editorial en el que el director me criticaba personalmente por un trabajo mío sobre Cánovas del Castillo. (Tema del que hablaré en su momento). En 1939 o en 1940, maravillados por su espectacular, fabuloso renacimiento de las cenizas, en lo que se afanaban los tradicionalistas era en consolidar aquella resurrección ocupando cargos públicos.

Ahora bien: ¿para qué clase de construcción política?

II. 1. 3. - Pecunia tua tecum sit .

C) . Al concluir la guerra civil alguien puso de moda la palabra vivencia, traducción del alemán Erlebnis. Los pedantes, los snobs, y los señoritos que necesitaban imperiosamente enmascarar su oquedad intelectual mediante el uso de vocablos que tenían la apariencia de profundos, se pusieron a "experimentar vivencias" (en plural) o a decir que estaban "pensando sus vivencias" (absurda pretensión, quasi un imposible biológico por estos pagos). Intento con este excursus transmitir al lector, después de los pleitos dinásticos, algo que no es la introducción de un anacronismo, reconstruido ahora para recuperar vivencias de aquel pasado. Era algo importante. La circunstancia que nos rodeaba resultaba cada vez más difícil de entender desde las coordenadas de la razón racional. Parecía de buen sentido que, tras los fanatismos utópicos, la gente se dedicase a hacer dinero y a poner de nuevo en marcha el país: dos cosas que son bastante compatibles si los actores individuales, económicos y políticos, son a la vez actores con conciencia pública y son inteligentes. Pensando las perplejidades a distancia, veo que ya en el verano de 1939 (antes de que empezaran las tensiones contra que España se viese arrastrada a la nueva Guerra mundial) no exigía mucha materia gris darse cuenta de que aquí

la política y la economía marchaban cada una por su lado. La coalición vencedora comprendía un abanico amplísimo de gentes y de ideologías, desde las clases altas urbanas y las rurales, hasta empleados de oficina y pequeños propietarios campesinos. Se ha dicho (no recuerdo por quién, y la frase la rescato del olvido) que los dueños de la tierra habían pagado a los señores de la guerra y éstos habían echado mano de los mozos de la sierra, se implicaba en el juego verbal que esa trilogía (terratenientes, generales, y quintos montaraces)/++/ agotaba los actores y la composición del bando victorioso. Se hacía así una grosera simplificación: faltan banqueros, industriales, empresarios, y todo el espectro de las clases medias poseedoras de algún dinero y que no habían renunciado a una educación y unas creencias religiosas. Y faltan los abundantes profesionales de la política que habían sido la plaga de la República. Estos profesionales aspiraban a ejercer en empleos políticos, y de momento se encontraban en simple estado de esperanza, contemplando cómo eran llamados a ocupar los cargos, bien unos militares, bien unos oportunistas carlistas o falangistas, o en fin, y sobre todo, empresarios. El resultado es que, como se podía comprobar por los periódicos y semanarios y por la radio, había una cantidad de intelectuales y de políticos ociosos entregados a pontificar sobre el pasado, el presente, y el futuro. Vicens Vives tiene la frase justa (si bien no corresponde a aquellos años, sino a un periodo anterior): le fossé entre l'inefficacité politique et l'exubérance intellectuelle (+++). Había un colosal desperdicio de palabras. Y, dado que eran pocos los decisores que sabían verdaderamente cómo, de qué forma, y con qué instrumentos, podría, debería, o intentaría, construirse el nuevo Estado, las palabras se dirigían a ampliar y sostener otras palabras. La exaltación de los valores religiosos tradicionales, o todavía más general y abstracto, del espíritu frente al materialismo, motivó incluso plumas de miembros de la

++. - La expresión 'los señores de la guerra' era de uso muy común en el lenguaje periodístico de la época: procedía de las guerras civiles en China, donde cada general importante, con un cuerpo de ejército, controlaba por su cuenta una parte de territorio.

+++. - La frase de Vicens Vives, en francés, procede de su contribución titulada L'Espagne a una obra colectiva, L'Europe du XIX^e et du XX^e siècle, vol. II, pag. 390, Marzorati Editore, Milano (uso una separata y no consta fecha de publicación).

gran burguesía empresarial barcelonesa: así Fernando Valls Taberner publicó una Reafirmación espiritual de España (Barcelona, 1939, ed. Juventud). Y una mente de la lucidez y del distanciamiento de la de Josep Pla, se entregó asimismo a la tarea de criticar una parte del pasado (lo que implica idealizar la parte restante), fuese hablando del krausismo en artículos en Destino, fuese con su historia de la Segunda República, en la que hay una multitud de casos esperpénticos, que quizá ahora parezcan simplemente divertidos, ejemplificación de la demencia de los semiintelectuales metidos a políticos sin otra cultura que unos pocos libros. Ocioso es decir que se desenterraron todos los clichés y tópicos viejos de decenios, como "el liberalismo es pecado" (el P. Sardá i Salvany dixit) hasta la sentencia de Donoso Cortés que reza que el principio electivo es intrínsecamente perverso, corruptor de todas las sociedades en las que se intentó aplicar. Evidentemente, porque el 29 de septiembre de 1936 la Junta de Defensa Nacional, en Burgos, había decidido que todos los nombramientos políticos dependían de un sólo hombre, el entonces así nombrado Jefe del Gobierno del Estado español, y por tanto se había barrido de un plumazo (sin decirlo) el sistema representativo. Lo que estaba en marcha era (también sin decirlo) una traducción militar española del Führerprinzip alemán: el jefe supremo designa a dedo a cada uno de sus colaboradores políticos y militares, y los así designados designan a su vez a sus respectivos colaboradores y amigos, y éstos designan a los suyos, en una pirámide de niveles cada vez más extensos en orden descendente, y nadie representa a nadie excepto a sí mismo, y dura en el cargo mientras tiene la confianza del nivel inmediato superior. No hay representación porque se la ha supuesto (mediante un silogismo abusivamente construido) que régimen representativo es idéntico a parlamentarismo. Y ya uno de los últimos decretos de la Junta de Defensa Nacional, el decreto num. 140, Burgos, 30 septiembre 1936, disponía que en la gestión de los municipios (i.e., el nivel local, el más inferior de la pirámide) debía huirse del parlamentarismo [++++]. Entra dentro de la lógica del sistema in nuce que tantos empresarios, no pocos malgré eux, se vieran compelidos, "por patriotismo", a aceptar ser nombrados alcaldes, aunque ellos lo que deseaban era estar de nuevo al frente de sus empresas y de-

/++++/ El decreto 140 va firmado por el general Miguel Cabanellas. El General Franco no formaba parte de la Junta. Curiosamente, el decreto empieza afirmando que el Municipio (mayúscula) es piedra en que se apoya la vida del Estado (sic, literal). El General Cabanellas debía haber leído juristas del

 final de la Nota ++++ de la pag. 135

PSOE, siempre muy adictos a las libertades susceptibles de ser ejercidas por la pequeña burguesía liberal no ilustrada y por la clase media baja, dentro de territorios idóneos para esa mentalidad, ésto es, los ayuntamientos. Se decía del General Cabanellas que era republicano más bien orientado hacia la izquierda. Causa cierta sorpresa intelectual (una función que pertenece a otro nivel de análisis distinto del de los militares bienintencionados y los pequeño-burgueses campesinos o comerciantes) observar que en el citado decreto 140 se invoca asimismo el Estatuto Municipal de 8 de marzo de 1924, y que se pretende situarse en su directa filiación legal cuando se dice:

"....se precisa /que el Municipio/ sea administrado normalmente por reducido número de personas, sin perjuicio de una intervención más amplia para casos que requieran un mayor contraste de opiniones, como lo entendían el citado Estatuto y la Ley de 31 de octubre de 1935"... /i.e., una ley de la República, periodo conservador/.

El decreto disponía que en los municipios de más de 20.000 hab. funcionasen comisiones gestoras "en régimen de Ayuntamiento pleno". Nada se dice sobre el reclutamiento político, que más tarde pasó a depender de la afiliación al partido único. El decreto 140 se publicó (al parecer) cuando el General Franco había sido ya nombrado Generalísimo y Jefe del Gobierno, si bien todavía no había tomado posesión. El General Cabanellas firmó aún como presidente de la Junta otros seis decretos que llevan la misma fecha, y luego desapareció para siempre del Ejecutivo militar. Durante su presidencia muchas disposiciones llevan la firma del secretario de la Junta, el coronel Federico Montaner Canet. Véase Legislación del Nuevo Estado: Disposiciones legales dictadas por el nuevo Estado español desde el 24 de julio al 31 de diciembre de 1936, Burgos, 1937, Imprenta Aldecoa.

Esa colección legislativa es propiamente fascinante, en cuanto revela el vastísimo genoma ideológico que animaba a los sublevados: el fascismo raras veces aparece identificable como tal, y hay una gigantesca acumulación de palabras paternalistas, patrióticas, dirigismo económico, liberalismo y condescendencia hacia el capital extranjero, autoritarismo militar, medidas represivas, y sobre todo, listas nominativas de ascensos de graduación, en particular en el Ejército de tierra. Una buena parte de la historia del franquismo, su historia interna, está ya "genéticamente" contenida en aquella legislación, si se examina hoy al microscopio, leyendo entre líneas.

-volverles lo más pronto posible su prosperidad. El nombramiento como alcalde de un propietario local (fuese industrial, comerciante, o terrateniente) era una medida inevitable cuando lo que se quería era excluir de los diversos niveles políticos del nuevo Estado, a los profesionales políticos. El empresario sabía que tenía que ponerse una boina roja y una camisa azul y proferir en cuantas ocasiones fuese necesario, los discursos y la retórica adecuados a cada caso. Sin olvidar, claro es, que la expresión abierta, explícita, incondicional, y grandilocuente, de la lealtad al Jefe, había que renovarla en todo momento, públicamente, pues de tal lealtad dependía la permanencia en el poder local. Y a su vez el nuevo Estado in nuce, que renegaba del principio representativo y del electivo que es su secuencia lógica, hallaba por esa vía indirecta del recurso a personalidades locales, de familias bien establecidas localmente, una dimensión de relativa legitimación o de representación. El alcalde no era aquí, y nunca lo fué, un mero funcionario gubernativo, como lo era il podestà en la Italia fascista. Il podestà era nombrado gubernativamente por cinco años y podía ser transferido a otro municipio de la misma provincia. En España el alcalde era preferentemente un personaje de la comunidad local, con un status social local. El municipalismo castellano y vasco-navarro no pudo ser extinguido por el Régimen franquista, ni siquiera en aquella fase en que la criatura política en gestación mostraba rasgos híbridos del jacobinismo francés y del fascismo italiano.

Ahora bien, esos empresarios metidos a alcaldes, fuese por ambición o por obediencia, apenas podían desarrollar política municipal. Había poder municipal sin política municipal. Y en el caso de Cataluña, las depuraciones de funcionarios, la resistencia de los que quedaban y tenían un espíritu corporativo y privilegios de carrera administrativa que defender, y sobre todo, la ausencia de recursos fiscales inmediatos y la necesidad de reorganizar, o de crear ex-novo servicios locales de recaudación, demoraron a veces años la posibilidad de una política municipal. La descripción de Brian Chapman es correcta cuando escribe:

"En Italia la transición a un régimen autoritario fué relativamente fácil y costó más aceite de ricino que sangre. (...) En España la transición fué más ruda y prolongada, y un régimen firmemente autoritario quedó establecido sólo en vísperas de la Segunda guerra mundial. Una vez que ésto aconteció, la administración pública (...) se transformó en una burocracia ineficiente, dócil, domesticada, mal pagada, con exceso de empleados, burocracia cuyos miembros trataban de autoprotegerse contra las presiones externas de un partido único en el gobierno..." (Brian Chapman, The Profession of Government, Londres, 1970, cuarta edición, pag. 39, Unwin University Books; primera edic. en 1959 por George Allen & Unwin). /+++++/.

Dado que al mismo tiempo existía (en 1939 y principios de 1940) una considerable indefinición de criterios por lo que concierne a un tema capital para la gestión política del nuevo Estado, a saber, el grado, naturaleza, extensión, y capacidad de intervención de la autoridad política y de la autoridad administrativa, en el desarrollo más o menos espontáneo de la vida económica, resulta comprensible que alcaldes, diputados provinciales, presidentes de Diputación, y en no poca medida algunos gobernadores civiles, recurriesen necesariamente a expedientes y a improvisaciones. Una gran ciudad como Barcelona no podía ser administrada, y los servicios locales y municipales no eran susceptibles de ser reconstruidos, sin una colaboración social, por lo menos de las clases que se estimaban solidarias de la victoria nacionalista. El principio jerárquico de delegación de poderes, sin representatividad, pertenece a un orden de conceptos y de realidades bastante poco relevante en cuestiones de recursos financieros, fiscales u otros. De aquí que tuvieran que arbitrarse soluciones empíricas producto de la imaginación o, en el mejor caso, del talento pragmático propio del espíritu empresarial catalán. El primer alcalde de post-guerra, el industrial Miguel Mateu y Pla, lo comprendió así. Según mis informaciones (ulteriores en bastantes años, como es obvio, si bien creo que debo juzgar fidedignas) era un hombre personalmente poco cultivado, nada proclive a aprehender sutilezas jurídicas e intelectuales, pero en cambio, bastante eficaz. Los alcaldes sucesivos como el Barón de Terradas (representante de una fracción de la aristocracia catalana,

/+++++/- La alusión al aceite de ricino hace referencia a los castigos episódicos, ilegales, extrajurídicos, que los miembros del partido fascista hacían contra oponentes políticos, marginales sociales, etc. El hábito fué copiado por algunos falangistas en España, en particular en medio rural, incluyendo localidades barcelonesas en los años del decenio de 1940.

y calificado por un regidor que trabajó con él, de Una Bondadosa Nulidad) y el famoso Alcalde Simarro (cuyo criterio prioritario de gobierno parecía ser: el mejor alcalde es el que menos gasta) sumieron a la ciudad en un periodo de estancamiento y de decadencia, apenas enmascarado por la riqueza del capital urbano antecedente que Barcelona poseía desde los años de gran expansión en el decenio 1920-1930. Una de las soluciones o improvisaciones empíricas de Miguel Mateu y Pla consistió en autorizar la formación de asociaciones civiles, para-municipales, de contribuyentes, después llamadas Gremios Fiscales. Los sujetos pasivos, industriales o comerciantes, propietarios titulares de alguna actividad económica gravada por una ordenanza municipal, eran a la vez, mediando órganos colegiados, distribuidores de las cuotas fiscales, y recaudadores de cupos asignados à forfait a cada gremio u asociación fiscal. El Ayuntamiento recaudaba recursos sin tener que comprometer sus propios servicios fiscales (probablemente merendados por diversas causas, entre ellas políticas). Y el asunto era asimismo transparente y cómodo para los empresarios y propietarios. Cuando ya se sabía que Miguel Mateu y Pla iba a cesar como alcalde, los gremios fiscales barceloneses se reunieron un día en un acto colectivo e hicieron un homenaje al ya ex alcalde y próximo embajador (véase La Vanguardia de 13 de abril de 1945). Caso más bien insólito, el de unos contribuyentes, pagadores de impuestos locales, que aplauden en definitiva a la autoridad que los gravaba...

Ahora bien, en estricta consideración de aquel, a corto plazo, exitoso parcheo, debe mencionarse la otra cara de la moneda. Los especialistas en ciencia de la administración entenderán muy bien que aquella adaptación hispánica del Geldprinzip era, si se prolongaba en el largo plazo, contradictoria con principios jurídicos fundamentales de equidad, generalidad, objetividad y publicidad que son los que crean, entre otras razones, la fuerza y la legitimidad de las instituciones públicas. La política de parches suele ir acompañada de transacciones más o menos secretas entre los propietarios más importantes y la administración. Si la práctica totalidad de la estructura empresarial está constituida por empresas de tamaño pequeño y mediano (tirando, lo mediano, también a pequeño, en términos comparativos con otros países) la

relativa desigualdad (de orden fiscal u otro) puede no ser demasiado grave; lo que ocurre es que se forman pequeños clanes de empresarios en torno a alguno más influyente (políticamente) que los otros, y que cada clan actúa haciendo su propio juego. Si la estructura empresarial es fuertemente desigual, entonces la política de parches resulta, en definitiva, una buena aliada de los intereses de la oligarquía.

En el libro del norteamericano Gary Wray McDonough sobre las grandes familias de la burguesía barcelonesa, apenas se insinúa este aspecto, aunque yo lo traté en una entrevista con el autor cuando él vino desde Baltimore para reunir datos de su trabajo de campo, poco después de la muerte del General Franco. Por el contrario, en la obra de Harry W. Richardson sobre política de planificación del desarrollo en España, hay bastantes párrafos sobre las improvisaciones en las administraciones municipales y en la periférica del Estado, que H.W. Richardson estima una de las causas del poco apego público (bajo el franquismo) a tales instituciones.

Hay que añadir, haciendo honor a la verdad hoy olvidada, que el alcalde Mateu y Pla pareció darse cuenta (según mis informantes) de algo que no percibieron adecuadamente sus sucesores (o que, si lo percibieron, apenas hicieron algo para remediarlo). Y es que el Ayuntamiento de Barcelona se hallaba ab initio en condiciones de inferioridad financiera, administrativa, y fiscal, respecto a la Diputación provincial. Ésta tenía en 1939 funciones que no poseían otras Diputaciones del resto de España (ni siquiera las del País Vasco, aunque sí la de Navarra), porque en cuanto institución heredera de facto de la administración de la Generalitat, poseía competencias y servicios sobre materias que en otras provincias estaban en manos de la administración periférica dependiente de los ministerios del gobierno central. La Diputación de Barcelona conoció una época de prosperidad y de relativo esplendor, sin competencia en la acera de enfrente de la Plaza San Jaime, por lo menos hasta que se hizo cargo del Ayuntamiento, con una política de recuperación de los niveles cualitativos de la ciudad, y de expansión urbana, el alcalde Porcioles (1957). Aún así, todavía en 1964, Porcioles se quejaba amargamente del abismo existente entre las necesidades y los recursos (cf. La Vanguardia de 22 diciembre 1964).

El alcalde Mateu y Pla, que era un buen empresario en "hierros y maquinaria", se encontró con un Ayuntamiento superendeudado por la

gestión municipal desde la dictadura de Primo de Rivera. Ya en aquella época, en la cual Barcelona se desarrolló a un ritmo sin experiencia pareja en otra gran ciudad europea, parece haberse practicado la norma "se hace lo que se debe, y se debe lo que se hace". Obviamente, los capitales privados que afluían a Barcelona desde toda España solamente dejaban un pequeño residuo, por vías indirectas, en las arcas municipales. El resultado fué que, entre los Fondos públicos, la deuda del Ayuntamiento de Barcelona era de las peor cotizadas en la Bolsa, ya antes de la Guerra civil, y que los obligacionistas del Ayuntamiento recurrían a veces a mítines para hacer oír sus reclamaciones de rentistas. Después de la Guerra civil, las familias de la burguesía que consideraban, desde su punto de vista, que al fin y al cabo la guerra se había hecho para restablecer sus privilegios, presionaron al alcalde Mateu y Pla para obtener una reconversión, o unos arreglos, de la Deuda municipal, que fuesen por lo menos tan prioritarios como el saneamiento de la hacienda de la Casa Gran. Estos aspectos son más importantes para la historia, que las anécdotas que ahora se retienen en las crónicas de los periodistas retro, sobre si el alcalde recibió una condecoración falangista o tal otra de la Italia de Mussolini. Todo éso es solamente folklore político coyuntural (si se puede adjetivar como político, en unos momentos en que la política a la antigua usanza estaba rigurosamente proscrita). Lo fundamental son las cuestiones financieras, y uno de los ejemplos del pauperismo intelectual que vive por estos pagos, es que no contemos todavía (o al menos yo no tengo noticia de su existencia, ni siquiera como tesis doctoral inédita) con una historia financiera y fiscal del Ayuntamiento de Barcelona. El alcalde Mateu y Pla se las ingenió, en definitiva, para inaugurar unos arreglos con los obligacionistas y otros acreedores (desde enero y febrero de 1941), acuerdos endosados por la administración central.

*

II. 1. 4. - La travesía del desierto, primera etapa.

D) - Si un pragmatismo contradictorio con principios centrales del Derecho público, es en el largo plazo antagónico con una política institucional, por el contrario el pragmatismo es norma de comportamiento en el ámbito de los negocios privados.

Mi padre no era empresario, si bien tenía, en aquellos años, buenas relaciones con un par de apoderados de uno de los grandes Bancos y con agente; de Cambio y Bolsa. Es el criterio monetario, puro y simple, más que el criterio empresarial, el que podía orientar que en casa se guardasen determinadas publicaciones. Muchas de éstas se perdieron a principios de 1940. Cuando se hizo evidente que había guerra mundial para rato, que la vida en la ciudad volvía a ser una jungla, mera lucha por la supervivencia, y regían de nuevo cartillas de racionamiento, y colas ante las tiendas, y el panorama se hacía otra vez sombrío, mi padre decidió liquidar el piso, meter los muebles mayores en un guardamuebles de la calle Lérida, y buscar la seguridad de las cosas cotidianas en el pueblo contiguo a San Andrés de Soria donde teníamos una casa. Y ello a pesar de que había vecinos que mi padre difícilmente podía tragar el convivir con ellos (experiencia por mí mismo repetida decenios más tarde). Unicamente los Castellarnau, que tenían (y tienen todavía) una casa de veraneo frente por frente de la que era nuestra, se habían portado siempre como excelentes coetáneos y co-terráneos. Tanto es así que, poco antes de morir, mi padre me designó como tutor no un familiar del pueblo, sino de Soria-ciudad, un hombre extraordinario del que hablaré luego. Y el presidente de mi consejo de familia, era un diputado provincial, en aquella época en que también en Soria parece que las Diputaciones eran más representativas que los ayuntamientos.

Una parte de los papeles y libros que teníamos en Barcelona, y que no fueron a los sótanos del edificio de la calle Lérida, que-

-daron en manos de un primo mío, hijo del que más tarde sería mi tutor; era un ingeniero de telecomunicaciones que, aunque tenía su plaza en Canarias, había sido destinado temporalmente a Barcelona. Cuando se volvió a Canarias y heredé de él un par de habitaciones que una vieja censora (y la gente cursi de la época) llamaban una garçonnière, descubrí que había desaparecido, entre otras cosas, una colección de los números barceloneses iniciales del luego famoso y muy valorado semanario Destino, expresión del talante catalán frente a la mitomanía falangista, integrista, franquista, o lo que fuere. /+ / .

Sin embargo, quedaron documentos que son de interés y que no se encuentran en otras partes. Hablaré de dos de ellos, unos librillos editados por una así llamada Comisión de Incorporación Industrial y Mercantil num. 2 : Barcelona, Tarragona, Lérida y Gerona. Están impresos (y ciertamente muy bien impresos) por la Imprenta de la Casa Provincial de Caridad, Barcelona, y corresponden a febrero o, como máximo, marzo de 1939, "Tercer Año Triunfal" (sic). Eran obra de grupos de empresarios los cuales informaban a sus pares, otros empresarios catalanes, de las principales disposiciones de carácter económico y social en el nuevo Estado español. No se trataba de reproducir fragmentos de legislación del gobierno de Burgos, sino de orientar al empresariado para adaptarse a la nueva situación. Una parte de la legislación que se cita es, sorprendentemente, textos de la época de Primo de Rivera, nuevamente en vigor. Cómo solicitar el certificado de "productor nacional", cómo tramitar ampliaciones de industrias, qué documentos hacían falta (muchos menos que años después, cuando llegó la burocracia intervencionista), cómo había que tratar a los obreros y cómo el patrón debía hacerse respetar por ellos, etc. etc.

/ + / - Su primer artículo periodístico de postguerra, lo escribió Vicens Vives para Destino, 15 julio 1939; versaba sobre "Teoría del espacio vital". La documentalista no ha podido hallar fotocopia. Tomo la información de la muy completa bibliografía del Prof. Vicens Vives publicada en el número monográfico dedicado a Cataluña por la revista Información Comercial Española, Madrid, num. 342, febrero de 1962, pags. 67 a 76.

Si hemos de creer a algunos pontífices que ahora disertan por ciertas emisoras o papeles impresos barceloneses, aquellos empresarios lo que debían haber hecho era tomar las armas contra el ejército ocupante, en nombre de las libertades nacionales de Cataluña. Quienes así hablan ignoran que no pocos empresarios llegaron en la retaguardia de esos ejércitos, porque previamente, en los años anteriores, nadie les había dejado otra opción. Consideraron que ellos iban a reconstruir el país (en la medida en que estaba necesitado de ello) con las armas del comercio y de la industria, menos destructivas y más duraderas. (Uno de los dramas de Cataluña, y de España, desde las guerras napoleónicas y la presencia de clases medias en la arena política, consiste en que siempre ha habido intelectuales desarraigados de la realidad esencial de las cosas, fanáticos de unos pocos libros, y proclives a erigirse en inquisidores de todo el mundo, en nombre de principios vigentes en épocas distintas de las que juzgan).

En aquellos meses primerizos de 1939 existía ya la retórica nacionalsindicalista, pero los principios prácticos no estaban, en modo alguno, incorporados en la legislación económica. Los sindicatos que uno ha conocido más tarde, entrometidos en toda clase de actividades económicas y sociales, espiritualmente existían sólo sobre el papel. La que pudiera definirse como ley "orgánica" de creación y estructuración de sindicatos de ámbito nacional, es de 23 Junio 1941. El reconocimiento de la existencia legal de un Sindicato Nacional Textil (de directo interés para la economía catalana en aquel entonces) es de un decreto de 31 diciembre 1940 (Boletín Oficial del 17 enero 1941). Un sindicato nacional de Prensa y Artes Gráficas se crea en 19 de abril de 1941 y obtiene su reconocimiento pleno por su inclusión en la Ley de Sindicatos de 23 junio 1941. Podrían multiplicarse los ejemplos. Como bien dice (o más precisamente, como hemos aprendido decenios más tarde por el excelente estudio del norteamericano Stanley G. Payne sobre la Falange (Stanford University Press, 1961, traducc. francesa Paris, 1965, Ruedo Ibérico) el que fué por vez primera ministro de sindicatos, Pedro González Bueno -- un ingeniero -- era adecuadamente conocido por la

clase política del momento como "el ministro de la des-organización sindical" (pag. 151 de la edición francesa del libro de S.G. Payne). En el preámbulo de un decreto firmado en Burgos en 21 de abril de 1938, se reconoce que "los actuales sindicatos del Movimiento" (sic) deben capacitarse para poder servir de base a la futura ordenación sindical, contribuyendo... "a terminar con el confusionismo existente en la actualidad" (véase Legislación del Nuevo Estado, Disposiciones legales dictadas por el nuevo Estado español desde el 1º de enero al 30 de abril de 1938, Burgos, Imprenta Aldecoa, pag. 261). El mismo decreto, firmado por el General Franco, dice en su art. 4 unas cosas tan vagas y tan poco comprometedoras como las siguientes:

"La Central Nationalsindicalista estará en comunicación constante con Falange Española Tradicionalista y de las JONS para realizar ideales políticos de nuestra Revolución nationalsindicalista en el campo de la economía".

Dado que hasta junio de 1941, más de dos años después, no se elaboró una propia ley orgánica de sindicatos, es lógico que en el interim tomase la delantera la iniciativa privada, colegiada, de los empresarios así reconocidos como tales por la autoridad militar. La Comisión de Incorporación Industrial y Mercantil num 2, Barcelona, Tarragona, Lérida y Girona (por tanto, de ámbito catalán) fué disuelta por decreto de 24 de enero 1941, cuando estaban prontos a alcanzar su funcionamiento institucional, los sindicatos de ámbito provincial.

Inicialmente los empresarios gozaron de un ancho margen de discrecionalidad. Por conversaciones oídas en la época, y por notas manuscritas a seguido de entrevistas, veinticinco años más tarde, sabemos que la recuperación de las empresas dió lugar a un abanico de situaciones. Hubo empresa en la cual el dueño agradeció al comité obrero de control que hubiesen conservado fábrica, oficinas, etc., en buen estado. Parece que no pocos comités obreros de control de la UGT, constituidos espontáneamente y luego más o menos amparados por la Generalitat, obedecían de hecho a hombres de confianza del propietario, los cuales desarrollaban un doble juego (o más precisamente, dos juegos). En Tarrasa y en

Sabadell, en industrias laneras, se me habló de que el responsable del comité de control se carteaba con algún miembro de la familia propietaria, la cual había huido a Francia o a Italia. Pienso, como hipótesis, que en algunos casos debió funcionar la paridad de edades, ésto es, que se trataba de hombres más bien maduros y pertenecientes a la misma cohorte generacional o a cohortes muy próximas. Pues es una de mis hipótesis (inverificable ya en la actualidad) que la proclividad a la violencia y a la lucha de clases se dió sobre todo, en Cataluña, en las cohortes masculinas nacidas después de 1905 y antes de 1925, un espacio histórico rebosante de violencia en Barcelona y en otras partes del mundo, el cual (supongo) debió influir en la socialización, adopción de valores y de actitudes vitales, en aquellos hombres. (Véase una nota al final del capítulo, puesto que esa sola variable de violencia contextual, es insuficiente, y debe ser completada, aunque sea hipotéticamente, por alguna otra que le era asociada).

Hubo asimismo casos humanamente inicuos, que conozco por haber escuchado la descripción, a mediados de los años cincuenta, de testimonios directos. En una empresa, cuando llegó el propietario, acompañado de un clan de nuevos colaboradores, fué recibido por el ex-comité obrero de control con la fórmula "Señor C., la empresa está como Ud. la dejó, los talleres funcionan. Naturalmente, tuvimos que acomodarnos a una cantidad de cosas..." El señor C. (en este caso la inicial designa un título, no un apellido) estalló en un río de insultos, llamando rojos y ladrones a sus interlocutores. El comité obrero de control fué a la cárcel. Y uno de los miembros murió allí.

Ahora bien, lo trascendente para el conocimiento histórico son las orientaciones políticas, y más particularmente las que conciernen la gestión gubernativa del sistema económico, en la mente de las clases propietarias. Es obvio que en 1939 y principios de 1940 lo que se deseaba era la ayuda del Estado en la modernización, la protección del mercado español, y no el intervencionismo ubicuo, pormenorizado, generador de kilos de formularios, instancias, certificados, y otros documentos antes que la autoridad consintiese el menor margen de discrecionalidad de la empresa. Y

es asimismo obvio que en España en general, y en particular en Cataluña dada la estructura empresarial catalana con predominio de la pequeña y mediana empresa, eran muy pocos (si es que había alguno) que deseaban que se copiase en el nuevo Estado el sistema italiano de Corporaciones. En Italia había ya entonces grandes empresas de construcción naval, aeronáutica, armamentos, siderometalúrgicas y químicas, las cuales debían estar interesadas en influenciar positivamente decisiones del gobierno fascista. El sumamente complicado sistema de las Corporaciones servía de pantalla institucional a una colaboración muy estrecha entre unos grandes industriales y el gobierno. En España no existían empresas similares a las italianas; el país era todavía (como se decía en el lenguaje de la época) "eminente agrícola". Pero cuando llegó la organización sindical como una red paralela a las administraciones del Estado, y a medida que los sindicatos provinciales fueron cargándose de funcionarios y de funciones económicas, los empresarios catalanes pensaron, muy pragmáticamente, que era necesario estar allí y conocer de cerca las decisiones que podían tomarse (en especial en las Vicesecretarías de Ordenación Económica, teóricamente representativas de las ramas de producción, sector patronal).

Por el momento, en 1939 y 1940, los empresarios catalanes que recibieron las publicaciones de la Comisión de Incorporación Industrial y Mercantil num 2, sin duda consideraron con aprobación textos que dicen:

- el Estado no será empresario sino cuando falte la iniciativa privada o lo exijan los intereses superiores de la Nación.
- el Estado reconoce y ampara la propiedad privada.
- el patrimonio familiar es inembargable.

(Fragmentos de los títulos XI y XII del Fuero del Trabajo, 9 marzo 1938).

Pues éstas eran declaraciones con trascendencia positiva, en medio de un océano de retórica social paternalista:

- Todos los españoles tienen derecho al trabajo.
- El trabajo constituye uno de los más nobles atributos de jerarquía y de honor y es título suficiente para exigir

.../...

la asistencia y tutela del Estado.

- La retribución del trabajo será, como mínimo, suficiente para proporcionar al trabajador y a su familia una vida moral y digna.

(Títulos I y III, fragmentos, Fuero antes citado, 1938).

Declaraciones como las primeras quedan incorporadas a textos fundamentales como los Códigos; la última, está entregada al azar de cada coyuntura económica.

La gran novedad que trajo consigo el nuevo Estado, fué el fin del desempleo por causas económicas (si bien se creó un desempleo político que recuerda el sistema de cesantías típico del siglo XIX, ahora subrayado por el uso de la coacción legal). Los trabajadores ya no podían ser despedidos de las empresas, excepto en casos de insubordinación manifiesta, insultos al patrón o uno de los jefes, sabotaje deliberado de la producción, o bajo rendimiento, también deliberado, en el trabajo. Un decreto de 5 de enero de 1939 concluía, de facto, con los empleos eventuales y con los despidos según la buena arbitrariedad del empresario o de sus mandos a él subordinados. Como escribí en otro trabajo (Los empresarios y el desarrollo capitalista: el caso catalán, Barcelona, 1968, Ed. Península, pag. 155), la seguridad reemplazó a la libertad. Esta nueva situación debía tolerar, inevitablemente, rendimientos bastante bajos, con tal de que el obrero se atuviese a una conducta formalmente obsecuente; al mismo tiempo -- y son ellas las dos dimensiones importantes en el asunto-- se creaba la seguridad de un mercado interior (al desaparecer la masa de desempleados, o 'parados', como se decía entonces) lo cual era funcional para ramas de actividad que, como la textil, estaban desde 1930 sufriendo coyunturas bianuales de crisis de ventas y crecimiento de stocks. La otra dimensión, es que la clase obrera necesariamente debía recibir con satisfacción la seguridad en el empleo. Los Jurados mixtos, de infeliz memoria por su conflictividad en el periodo republicano, fueron suprimidos por un decreto de 13 mayo 1938, y en su lugar se crearon Magistraturas de Trabajo. En las grandes ciudades como Madrid, Barcelona, Valencia, Zaragoza, estas Magistraturas fueron durante decenios bastante favorables al trabajador ; no así en Andalucía, Extremadura, Galicia, y otras regiones más bien agrarias y con profundos hábitos tradicionales de relaciones sociales señoriales: allí los terratenientes impusieron su ley, su influencia, o su dinero.

Más tarde hablaremos de las consecuencias económicas y administrativas de este proyecto político de integración de la clase obrera (una clase obrera decapitada de influencia política) en el nuevo Estado. Los meses de agosto y septiembre 1939 contienen disposiciones legales que desarrollan una estructura administrativa de bastante alcance en el Ministerio de Trabajo, y quizá sea ésta una de las causas de que tres o cuatro años más tarde se adjudicasen a los sindicatos funciones de intervención (o microintervención económica) sobre las empresas, cupos de materias primas, formación de precios en cada empresa hasta ser legalmente autorizados (o como se decía entonces, "escandallos", término que se prestaba a un fácil juego de palabras), desvirtuándose así la idea originaria (falangista) de unos sindicatos de conciliación de clases y de representatividad obrera y patronal, pero no más. Al final, en el decenio de 1940 a 1950 y en la primera mitad del decenio de 1950, los sindicatos resultaron un cajón de sastre rebotante de burocracia, oportunistas con camisa azul, gente de nivel intelectual más bien mediocre, y no pocos meros pixatinters (para usar una expresión catalana hoy olvidada). Solamente, en algunos periodos, las vicesecretarías de ordenación económica conocieron un tipo de acción que tenía trascendencia sobre decisiones empresariales o que hacía llegar al gobierno del Estado proyectos o reivindicaciones de interés para los empresarios y para el país.

Pues ésta es la otra cara de la moneda. Barcelona quedó fuertemente integrada en el orden jerárquico del nuevo sistema político, en un nivel, empero, inferior al que había tenido en decenios precedentes. Las grandes líneas del juego político entre las múltiples tendencias ideológicas y de intereses de toda índole que apoyaban al gobierno del nuevo Estado, se habían fraguado ya a través de acontecimientos y tensiones (a veces espectaculares, como sabemos hoy por el estudio de Stanley G. Payne) que tuvieron lugar en Salamanca y en Burgos a lo largo de los años 1937 a 1939. Barcelona había sufrido pocas destrucciones, en su aparato productivo, durante la guerra. Y ahora devenía un gigante económico, industrial, en el nuevo Estado, y un enano político. Lo que significa que desde septiembre de 1939, cuando estalla la Segunda Guerra Mundial y es obvio que el milagro de las exportaciones catalanas a Europa como el que aconteció entre 1914 y 1918, no va a repetirse, los empresarios catalanes deben ir a personarse periódicamente

a Madrid (o a San Sebastián en los meses de verano), peregrinaciones en las que se cifran negociación de ayudas, obtención de créditos, contratos estatales, licencias de importación o de exportación en acuerdos con firmas extranjeras que habían sido favorables a la causa nacionalista, etc. Empieza la época, que duró decenios, del viaje mensual o quincenal en coche-cama, en alguno de los expresos nocturnos de MZA (la Renfe no existía todavía: fué creada a finales de enero de 1941). Y con el coche-cama, la fantasía erótica propia de un colectivo de hombres con sed afectiva y con el síndrome de unos años de privación, o en otros términos, las confidencias sobre imaginarios y episódicos encuentros con alguna belleza internacional (resonancia tardía de famosas novelas de Maurice Dekobra, de gran éxito en los años veinte, novelas cuyos títulos he olvidado, salvo una, la pertinente para este caso: La Madone des sleepings).

Y empieza la época en la cual es de interés capital, para los empresarios catalanes de cierta importancia económica pero sin influencia política, conocer cuáles son los rasgos y las orientaciones del individuo que es titular de la cartera de Industria y Comercio. Pues, siendo evidente para todos, incluso para los analfabetos, que se había restaurado el capitalismo, era asimismo evidente que el hecho de dar trabajo constituía la principal función cívica (no sólo económica) de los empresarios. Por entonces nadie pensaba que debían crearse gigantescas fábricas estatales, al modo stalinista o al modo hitleriano, y uno de los aspectos contribuyentes al clima de buenas expectativas, era que el capitalismo que se restauraba tenía todavía un rostro familiar, casero (no digo un rostro humano, puesto que simultáneamente empezaba la represión contra los líderes obreros, la mayoría pequeños líderes: los grandes fueron al exilio).

En los primeros días de gestación del nuevo Estado los empresarios catalanes habían sido bastante solicitados. La Junta de Defensa Nacional, presidida por el General Cabanellas, nombró una Comisión de Industria y Comercio que debía asumir las funciones del ministerio de aquel nombre (Orden de 29 agosto 1936, firmada por el coronel Montaner; cf. Legislación del Nuevo Estado: disposiciones legales dictadas por el nuevo Estado español desde 24 de julio al 31 de diciembre de 1936, Burgos, 1937, Imprenta Aldecoa, pags. 57 y 58. Otra Orden, circular de 26 noviembre 1936, explicita el alcance de las funciones protoministeriales de la comisión). Ese organismo

era nominativamente designado, como es inevitable en tiempos de guerra o de revolución (sea de derechas o de izquierdas) en los cuales no es posible ejercer el principio electivo y su implícito el de representatividad. Lo interesante es, por tanto, no la no-representatividad de los siete miembros de la comisión de industria y comercio, sino su credibilidad respecto a los colectivos sociales, empresariales, con los que ella debía hallarse en relación de poder político-administrativo. Y en esta dimensión, tres de los siete miembros de la comisión debieron merecer una indudable credibilidad entre las clases propietarias (agrarias e industriales) catalanas. Estos tres miembros eran:

-- el presidente de la comisión, Joaquín Bau Nolla, miembro de una de las familias más importantes (sino la más importante) de la burguesía comercial de Tortosa y de toda la región del Bajo Ebro, y en la postguerra él mismo jefe de esa familia, presidente del Banco de Tortosa, etc.;

-- Juan Claudio Güell y Churruca, conde de ^{Rui} Riuseñada, miembro de una de las grandes familias de la burguesía barcelonesa, los Güell, consejero de un grupo de empresas más o menos controladas por esa familia, con fábricas (textiles, cemento, etc) en casi una docena de municipios catalanes;

-- Demétrio Carceller, el cual era considerado de hecho como un egarense (aunque había nacido en un pueblo de Teruel), pues había vivido y estudiado en Tarrasa, se había graduado en su Escuela Industrial, y tenía buenas relaciones con familias de la burguesía local egarense.

La Orden de 29 agosto 1936 especifica que Bau Nolla, que ejercía de presidente, era miembro de la comisión por el sector exportador, Güell por las industrias del cemento, y Carceller por el sector de petróleos, gasolinas y lubricantes. Hay que tener en cuenta que en aquellos momentos no se preveía una guerra de tres años, y que la comisión (compuesta de civiles) no había sido designada por los militares sublevados para crear una economía de guerra. La comisión duró, siempre presidida por Bau Nolla, hasta que el General Franco, actuando ya como Jefe de Estado, nombró su primer gobierno con atribución de carteras ministeriales propiamente dichas (31 enero 1938). En ese gobierno, el titular de Industria y Comercio fué un ingeniero de la Armada, Juan Antonio Suanzes, y el

hecho de nombrar a un militar técnico en armamentos refleja la nueva circunstancia: en enero de 1938 era visible que la guerra duraría bastantes meses y quizá más de un año todavía (el gobierno de la República había conseguido crear un verdadero, y disciplinado, ejército popular, en lugar de las milicias improvisadas y de comportamientos impredecibles).

Demetrio Carceller fué ministro de Industria y Comercio desde 17 de septiembre de 1940 a 20 de julio de 1945. Los empresarios catalanes habían esperado, según parece, que Carceller desarrollase una política de ayuda a la modernización industrial catalana. No fué así. (O por lo menos, es bastante unánime el juicio de que no fué así). Con su ministerio empezó a tejerse un grueso hilo de progresivo desencanto y de pérdida de credibilidad en el nuevo Estado, coyuntura que duró hasta 1951 (según algunos de mis informantes empresariales) o hasta 1957 (según otros), fechas cruciales por el cambio de política económica. Carceller había sido el primer jefe provincial de FET y de las JONS en Barcelona en 1939-1940, cargo que no estaba entonces necesariamente acumulado en la misma persona que el gobernador civil de la provincia. Cabe como plausible la hipótesis de que, siendo un hombre ambicioso, encontrase que la Barcelona de entonces constituía un marco demasiado pequeño y lleno de intrigas y de clanes. Oficialmente no existía la Lliga Catalana, pero había empresarios y abogados que mantenían contactos con Buenos Aires (donde residía Cambó), y eran los restos de la Lliga los verdaderos representantes del empresariado catalán de anteguerra. El caso es que Carceller buscó (según creo) el traslado a Madrid en lo que ^{de} hecho fué, para emplear una expresión política inglesa, caer escaleras arriba. La opinión de los falangistas barceloneses tampoco le fué muy favorable. De labios de uno de ellos oí (cuando Carceller ya no era ministro) que "su verdadera vocación era la de director de compañías de petróleo".

En esos años primerizos del decenio de 1940 se fraguó un proceso que no ha sido estudiado. Y es el que podemos designar como la continuada y creciente privatización de ciertos políticos de la Falange. Es éste un proceso ligado necesariamente al desarrollo de un Estado burocrático e intervencionista, a una situación de escasez y de guerra mundial, y al tráfico de influencias.

Algunos ocupantes de cargos de FET y de las JONS, cargos de apariencia estrictamente política por ser de ámbito estatal, encontraron que disponían de amplias redes de influencia en la administración del Estado, y que esta capacidad era su verdadero atributo político, no el poder. Todo el poder efectivo y real, en lo alto de la pirámide y en los niveles del gobierno y del partido único inmediatamente conexos al vértice, se hallaba en manos del General Franco. En los asuntos del gobierno el General aparecía, firmaba, y era escriturado, como Jefe del Estado. En los asuntos del partido único, lo era como Caudillo, jefe supremo del Movimiento. Esta distinción estilística es visible en los volúmenes de Legislación del Nuevo Estado publicados en Burgos y que he venido manejando; incluso a veces se produce otra diferenciación: los decretos sobre el partido único están firmados en Salamanca, y los estatales en Burgos (si bien el caso, siendo muy poco numeroso, pudiera ser accidental). Lo importante son los hechos: desde el decreto de creación del partido único con el nombre (de momento: sic, art. 1) de Falange Española Tradicionalista y de las JONS (19 de abril de 1937), hasta la legislación sobre el partido y sobre el Estado de 4 y 9 de agosto de 1939, pasando por los Estatutos (o pseudoestatutos, dada su vaguedad) del partido único (decreto de 4 agosto 1937), se desarrolla un proceso de total concentración del poder decisorio en la persona del General Franco. Los consejeros nacionales del partido único, primero 25, luego ampliados a 50, 75, y 100, eran nombrados por el Caudillo, jefe supremo, no estaban obligados a reunirse estatutariamente más que una vez al año, el 17 de julio, en un acto litúrgico, y si se reunían sus decisiones no eran vinculantes para nadie. Por tanto, como colectivo, carecían de poder, en el sentido preciso y riguroso de este término (véase nota al final de capítulo). Por el contrario, individualmente, poseían grados variables de influencia respecto de otros consejeros nacionales que eran a su vez altos cargos de la administración estatal (como los ministros, a partir de 1939). Así vemos aparecer en Barcelona, desde finales de 1939 y a lo largo del decenio de 1940, el personaje del intermediario cualificado entre el mundo de los negocios y el mundo político oficial. Con el paso del tiempo y con la decadencia del partido único, ese intermediario oficializa su situación entrando en los consejos de

administración de algunas grandes empresas catalanas, y en particular algunas grandes empresas de servicios públicos barcelonesas. Finalmente, se olvida que había sido consejero nacional del partido único, y queda como un miembro más de la burguesía de negocios, integrado en la vida local y con múltiples vínculos con ella. Es el término del proceso que designé como carrera de privatización de algunos políticos de la Falange. Ocioso es decir que el fenómeno se dió asimismo en Madrid y en Andalucía.

Esto nos encamina a las paradojas de aquel Régimen, lleno de contradicciones y de personajes que desempeñaban otros papeles que los que, oficialmente, les habían sido asignados.

+++